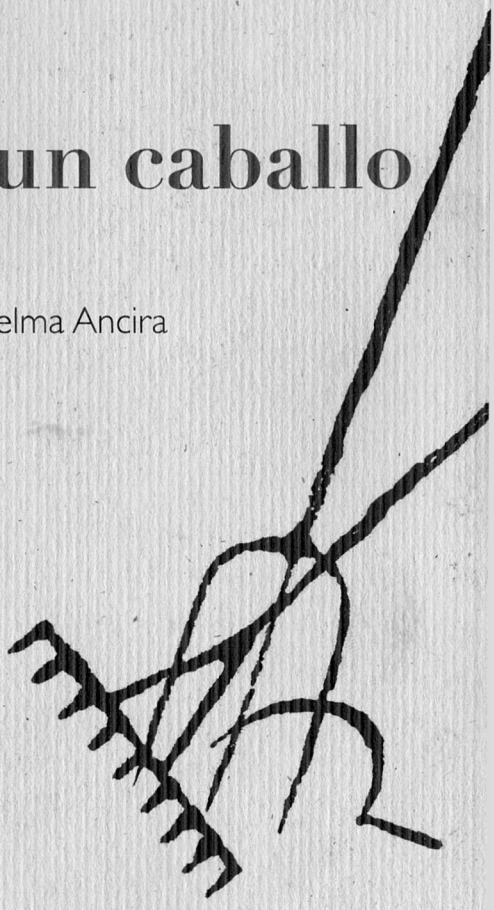
LEV TOLSTÓI

La mañana de un terrateniente

◆

Historia de un caballo

Traducción de Selma Ancira



La mañana de un terrateniente

◆

Historia de un caballo

LITERATURA

Primera edición en Clásicos para Hoy: 2016

Producción:
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

D.R. © 2016 de la presente edición
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Paseo de la Reforma 175
Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500
Ciudad de México

Este libro fue traducido con el apoyo del Sistema Nacional
de Creadores del Fonca/Secretaría de Cultura

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad
de la Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la
fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por
escrito de la Secretaría de Cultura/Dirección
General de Publicaciones

ISBN: 978-607-745-208-9

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Lev Tolstói

La mañana de un terrateniente

◆

Historia de un caballo

Traducción
Selma Ancira

cph CLÁSICOS PARA HOY

La mañana de un terrateniente

I

El príncipe Nejliúdov tenía diecinueve años cuando, al término de su tercer curso en la universidad, fue a pasar las vacaciones de estío en su aldea, donde permaneció todo el verano. En otoño, con su caligrafía infantil, no consolidada aún, escribió a su tía, la condesa Belorétskaia, a quien él consideraba no sólo su mejor amiga sino también la más genial de las mujeres sobre la faz de la tierra, la siguiente carta que nosotros traducimos aquí del francés:

> Mi querida tía:
>
> He tomado una decisión de la que seguramente dependerá el destino de mi vida. Abandono la universidad para consagrarme a la vida rural, porque siento que he nacido para ella. Por lo

que más quiera, tía querida, no se burle usted de mí. Seguramente me dirá que soy joven; quizás en realidad siga yo siendo un niño, pero esto no me impide sentir mi vocación, desear hacer el bien y amarlo.

Como le escribí en una carta anterior, hallé las cosas en un estado de desorden indescriptible. En un intento de arreglarlas, y habiéndolas visto ya de cerca, me di cuenta de que el mal principal radica en la situación verdaderamente lamentable y penosa de los campesinos y, también, de que es un mal que no se puede remediar sino mediante el trabajo y la paciencia. Estoy convencido de que si usted pudiera ver a Iván y a Davyd, dos de mis campesinos, y la vida que llevan con sus familias, la sola imagen de estos dos desdichados influiría en usted más que todo aquello que yo pueda decirle para explicar mi determinación. ¿Acaso no es mi deber más inmediato y sagrado ocuparme de la felicidad de estas setecientas personas de las que rendiré cuentas ante Dios? ¿Acaso no es un pecado abandonarlas al despotismo de los ordinarios síndicos y de los intendentes en aras de mis propios placeres y ambiciones? ¿Y por qué buscar en otra esfera la oportunidad de ser útil y hacer el bien cuando ahora tengo frente a mí un deber tan noble, tan brillante y tan inmediato? Me siento capaz de ser un buen patrón; y para serlo del modo en que yo entiendo esta palabra, no me hace falta ni un título universitario, ni esos grados que tanto anhela usted para mí. Querida tía, no haga planes ambiciosos para mí, hágase a la idea de que el camino que he emprendido es un camino peculiar, pero bueno, y que, así lo siento, me conducirá a la felicidad.

Una y otra vez he pensado en mis obligaciones futuras, he redactado reglas de conducta y, si Dios me presta vida y me concede la fuerza necesaria, tendré éxito en mi empresa.

No le muestre esta carta a mi hermano Vasia: temo sus burlas; él está acostumbrado a sentirse superior, y yo a someterme a él. En cambio Vania, si no aprueba mis intenciones, por lo menos las entenderá.

La condesa le respondió con la siguiente carta, que también aquí traducimos del francés:

Tu carta, querido Dmitri, no ha hecho sino demostrarme que tienes un corazón maravilloso, algo de lo que nunca he dudado. Pero, amigo mío, nuestras cualidades en la vida nos perjudican más que nuestros defectos. No te voy a decir que estás haciendo una tontería, ni que tu conducta me aflige, pero intentaré influir en tu decisión mediante aquello de lo que estoy convencida. Pensemos juntos, amigo mío. Dices que sientes vocación por la vida rural, que quieres la felicidad para tus campesinos y que esperas ser un buen patrón. Debo decirte: 1) que sólo cuando nos hemos equivocado de vocación, sabemos cuál es la verdadera; 2) que es más fácil conseguir la felicidad propia que la ajena, y 3) que para ser un buen patrón es necesario ser una persona fría y severa, algo que difícilmente conseguirás ser, aunque intentes parecerlo.

Piensas que tus razonamientos son incontestables e incluso los tomas por reglas en la vida; pero a mis años, amigo mío, no se cree ni en razonamientos ni en reglas, únicamente se

cree en la experiencia; y la experiencia me dice que tus planes son una niñería. Tengo casi cincuenta años, y he conocido a muchas personas respetables, pero jamás oí que un joven rico y dotado de capacidades, bajo el pretexto de hacer el bien, se enterrara en el campo. Siempre has querido parecer original, y tu originalidad no es sino un exceso de amor propio. ¡Ay, amigo mío!, será mejor que elijas los caminos trillados; ellos conducen de manera más directa al éxito, y éste, aun si no te es necesario como tal, sí te será indispensable para tener la posibilidad de hacer el bien que tanto amas.

La miseria de algunos campesinos es o bien un mal necesario o bien un mal que se puede aliviar sin olvidar todas las obligaciones que uno tiene con la sociedad, la familia y uno mismo. Con tu inteligencia, tu buen corazón y tu amor por el bien, no hay carrera en la que no puedas alcanzar el éxito; pero por lo menos, elige una que te sirva y esté a tu altura.

Yo creo en tu sinceridad, cuando dices que careces de ambición; pero te estás engañando. A tu edad y con los medios de los que dispones, la ambición es una virtud; sin embargo, se convierte en un defecto y en una bajeza cuando el hombre deja de ser capaz de satisfacer esa pasión. Será algo que experimentarás, si permaneces fiel a tus intenciones. Me despido, gentil Mitia. Tengo la impresión de amarte todavía más por este tu absurdo proyecto, que pese a todo es noble y generoso. Haz lo que te parezca mejor, pero quiero que sepas que no puedo estar de acuerdo contigo.

Después de recibir esta carta, el joven pasó mucho tiempo pensando en ella. Sin embargo, cuando finalmente decidió que aun una mujer genial podía equivocarse, solicitó su baja en la universidad y se quedó para siempre en el campo.

II

El joven terrateniente, tal y como le había escrito a su tía, había redactado unas reglas de conducta para su explotación: toda su vida y sus ocupaciones estaban programadas por horas, días y meses. Había reservado el domingo para recibir a quienes venían con alguna petición, a los criados y a los campesinos, para hacer la ronda de los haberes de los campesinos pobres y para valorar la ayuda que se les podría prestar con la aprobación del *mir*[1] que, reunido todos los domingos por la tarde, debía decidir a quién y qué ayuda había de prestarse. En esas ocupaciones transcurrió más de un año, y el joven terrateniente dejó de ser un novicio tanto en el conocimiento práctico como en el teórico de la explotación.

Era un domingo soleado de junio, cuando Nejliúdov, después de tomar su café y hojear un capítulo de la *Maison rustique*,[2] con su cuaderno de notas y un fajo de billetes en el bolsillo de su abrigo ligero, salió de aquella gran casa rural

[1] Comunidad rural a cuyo cargo estaba, entre otras cosas, la repartición de las tierras.

[2] J.A. Bixio, *Maison rustique du XIXe siècle*, París, 1837. Tratado de agronomía y de economía rural teórica y práctica, que también Tolstói consultaba.

con columnatas y terrazas, en la que ocupaba un cuartito pequeño de la planta baja y, por los caminos no desbrozados y cubiertos de yerba del viejo jardín inglés, se dirigió a la aldea, situada a ambos lados de la carretera. Nejliúdov era un muchacho alto, esbelto, con una abundante y espesa cabellera de color castaño oscuro, unos ojos negros que despedían un brillo luminoso, mejillas lozanas y labios encarnados sobre los que se dejaba ver un primer bozo juvenil. Todos sus gestos y su manera de andar denotaban fuerza, energía y la apacible suficiencia de la juventud. Los campesinos, en una abigarrada multitud, volvían de la iglesia; los viejos, las muchachas, los niños, las mujeres con bebés de pecho, endomingadas, saludando al señor con una profunda reverencia y apartándose para dejarlo pasar, se dispersaban por las isbas. Nejliúdov torció en una calle y se detuvo, sacó de su bolsillo su cuaderno de notas y en la última hoja, escrita con una caligrafía infantil, leyó los nombres de varios campesinos, acompañados por algunas observaciones. "Iván Churisionok pidió horcas", leyó y, adentrándose en la calle, se llegó hasta las puertas de la segunda isba a mano derecha.

La vivienda de Churisionok era un armazón hecho de troncos ahora ya medio podridos, con las esquinas roídas por la humedad, inclinado y con uno de sus costados sumido tanto en el suelo que una ventanita rota y roja con los postigos a medio arrancar, y otra, sellada con estopa, se dejaban ver al ras de un montón de estiércol. Rodeaban la isba principal una casucha medio derruida, con un zaguán sucio y una puerta baja, otro armazón de troncos, pero más pequeño, más viejo

y más bajo todavía que el zaguán, un cuchitril y un cobertizo. Todo esto alguna vez había estado cubierto por un solo techo irregular; hoy, sólo el cobertizo estaba recubierto de paja negra y podrida; en lo alto, en algunos sitios se podían distinguir las vigas y los maderos del techo. Delante del patio había un pozo cercado de maderos putrefactos, los restos del brocal y la polea y un charco sucio, pisoteado por el ganado, en el que chapoteaban unos patos. Cerca del pozo había dos sauces vetustos, desvanecidos y agrietados, con unas cuantas ramas de un verdor muy pálido. Debajo de uno de estos sauces, que atestiguaban que alguna vez alguien se había preocupado de engalanar el lugar, se hallaba sentada una niña rubia de unos ocho añitos que obligaba a otra, de tal vez dos, a gatear a su alrededor. Un cachorrito callejero que se encontraba por ahí cerca, al ver al señor, salió disparado por debajo de la puerta y desde ahí lanzó unos ladriditos sonoros y asustados.

—¿Está Iván en casa? —preguntó Nejliúdov.

La mayor de las niñas pareció quedarse pasmada cuando oyó la pregunta y, sin responder, iba abriendo cada vez más grandes los ojos; la menor se puso a hacer pucheros. Una viejecita menuda, con una falda a cuadros hecha trizas y sujetada por encima de la cintura con una vieja faja de un rojo desteñido, espiaba por detrás de la puerta y tampoco respondía. Nejliúdov se llegó hasta el zaguán y repitió la pregunta.

—En casa, patrono —articuló con voz temblorosa la vieja, inclinándose en profunda reverencia y con una agitación creciente que denotaba temor.

Cuando Nejliúdov, tras haberla saludado, atravesó el zaguán y se encontró en el estrecho patio, la vieja, apoyando la barbilla en la palma de la mano, se arrimó a la puerta y, sin quitar los ojos del señor, movió la cabeza con mansedumbre. En el patio reinaba la tristeza; por aquí y por allá había restos de viejo estiércol no recogido, ennegrecido; sobre el estiércol se hallaban desparramados un tronco podrido, una que otra horca y un par de rastrillos. Los cobertizos que daban la vuelta al patio, al abrigo de los cuales debían estar, aquí el arado, allá una carreta sin ruedas y más allá un montón de colmenas vacías e inservibles amontonadas unas encima de otras, estaban casi todos destechados, y uno de sus lados se había venido abajo, de modo que enfrente, los travesaños ya no se apoyaban en las horcas, sino en el estiércol. Churisionok demolía, con ayuda de un hacha y un mazo, la valla que el tejado había aplastado al caer. Iván Churis era un campesino que contaría a la sazón alrededor de cincuenta años, de estatura más baja de lo normal. Los rasgos de su cara alargada, tostada, enmarcada en una barba castaño oscuro ligeramente canosa y con una espesa cabellera del mismo color, eran agradables y expresivos. Sus ojos entornados, intensamente azules, miraban con expresión inteligente y apacible despreocupación. Su boca pequeña y bien formada que, cuando sonreía se delineaba de manera nítida por debajo del ralo bigote castaño, denotaba una seguridad serena y una indiferencia ligeramente burlona hacia todo lo que lo rodeaba. Por lo tosco de su piel, sus profundas arrugas, las muy marcadas venas en el cuello, en la cara y en los brazos, por lo encorvado de su espalda y lo arqueado

de sus piernas, se veía que había pasado la vida entera haciendo un trabajo demasiado duro, superior a sus fuerzas. Iba vestido con unos pantalones de grosera tela blanca con parches azules en las rodillas y una camisa sucia del mismo tejido y del mismo color, toda deshilachada en la espalda y en las mangas. Llevaba la camisa sujetada más abajo de la cintura con un cordón del que colgaba una llavecita de cobre.

—¡Que Dios te ayude! —dijo el señor cuando entró en el patio.

Churisionok volteó, lo miró y retomó su trabajo. Tras un gran esfuerzo, logró por fin sacar la valla que había aplastado el alero y sólo entonces, clavando el hacha en un tronco y ajustándose el cinturón, se dirigió al centro del patio.

—¡Buen domingo, Su Excelencia! —dijo haciendo una profunda reverencia y agitando los cabellos.

—Gracias, eres muy amable. He venido a ver tu explotación —dijo Nejliúdov con el gesto amistoso y tímido de un niño, mientras observaba el atuendo del campesino—. A ver, enséñame para qué quieres las horcas que me pediste en la asamblea.

—¿Las horcas? ¿Para qué sirven las horcas, Padrecito-Su-Excelencia? Quería que esto tuviera algo en qué apoyarse aunque fuera tantito, ya ve cómo está; endenantes se me derrumbó la esquina, menos mal que en ese momento no había ganado por ahí. Todo está como con alfileres —decía Churis, mirando con desprecio sus cobertizos desvencijados, destechados y hundidos—. Con que uno toque los cabrios, los travesaños o las vigas, ya se da cuenta de que no queda ni un

trozo de madera buena. ¿Y ónde conseguir madera hoy? Vaya usté a saber.

—¿Y de qué te sirven cinco horcas, cuando un cobertizo ya se te vino abajo, y los otros están a punto? Lo que necesitas no son horcas, sino cabrios, travesaños y vigas, todo nuevo —dijo el señor, al parecer haciendo gala de sus conocimientos.

Churisionok guardaba silencio.

—Lo que tú necesitas es madera de construcción y no horcas. Eso debiste haberme dicho.

—Claro que lo necesito, pero no tengo ónde haberlo: ¡no voy a estar acudiendo todo el tiempo al patio del señor! ¿Qué clase de campesinos seríamos si tuviéramos la costumbre de ir y hacer reverencias en el patio del señor por cualquier cosa? Pero si quiere concederme esta gracia, la de los troncos de encina que están tirados en el cobertizo de la casa señorial sin oficio ni beneficio —dijo inclinándose y balanceándose ya en uno ya en otro pie—, pues entonces a lo mejor trueco algunos, y otros los puedo recortar un poco y ya veré qué hago con los viejos.

—¿Cómo con los viejos? Pero si tú mismo dices que todo está podrido e inservible; hoy se hundió esta esquina, mañana será aquélla y pasado mañana la otra; si ya se va a hacer algo, habrá que hacerlo todo, para que el trabajo no sea en vano. Dime una cosa, ¿tú crees que el patio, tal como está, aguantará el invierno?

—¡Vaya usté a saber!

—No, ¿qué crees? ¿Se derrumbará o no?

—Sí, se va a derrumbar —dijo de pronto.

—Pues ahí lo tienes, eso es lo que deberías haber dicho en la asamblea, que necesitas reconstruir tu patio entero, en vez de pedir sólo unas horcas. Tú sabes que me complace ayudarte...

—Estamos muy contentos de su ayuda —respondió Churisionok con tono desconfiado y sin mirar al señor—. Me conformo con unas cuatro vigas y algunas horcas; a lo mejor así puedo arreglármelas, y si me queda madera, la podría usar para apuntalar la isba.

—¡¡También la isba está en mal estado!?

—Eso estamos esperando mi vieja y yo, que en cualquier momento aplaste a alguien —dijo Churis con indiferencia—. Endenantes se desprendió una viga del techo y dejó tiesa a mi vieja.

—¡¡Cómo que la dejó tiesa!?

—Así, la dejó tiesa, Su Excelencia: le dio tal golpe en la espalda que estuvo como muerta hasta la noche.

—¿Y ya pasó?

—De pasar pasó, pero sigue mala. Aunque es como si hubiera nacido mala.

—¿Estás enferma? —le preguntó Nejliúdov a la vieja que seguía de pie en la puerta y que al oír que el marido la mencionaba, había empezado a gimotear.

—Aquí me duele todo el tiempo, pero ni modo —dijo la mujer señalándose el sucio y raquítico pecho.

—¡Siempre lo mismo! —dijo el joven señor alzando los hombros—, si estás enferma, ¿por qué no has ido al hospital? Para eso abrimos uno. ¿O no les avisaron?

—Nos avisaron, sí, patrono, pero la cosa es que no hay tiempo: entre la faena, y la casa, y los niños, ¡y encima estoy sola! Es que nosotros, no tenemos ayuda...

III

Nejliúdov entró en la isba. En las paredes irregulares, ahumadas y ennegrecidas del rincón negro[3] de la isba había trapos y ropas colgando de clavos, y en las del rincón rojo, cientos de cucarachas color ocre pululaban alrededor de los iconos y del banco. En el centro de esta pequeña isba oscura y maloliente, que debía medir unas seis *arshinas*,[4] el techo tenía una profunda grieta y, pese a dos puntales, estaba tan combado que amenazaba con venirse abajo.

—Sí, la isba está en pésimo estado —dijo el señor, observando a Churisionok, quien al parecer no quería empezar a hablar del tema.

—Nos aplastará a nosotros y aplastará a nuestros muchachitos —comenzó a decir con voz llorosa la mujer, al tiempo que se recargaba en la estufa[5] bajo el altillo.

—¡Tú no hables! —dijo Churis con severidad y, con una

[3] El "rincón negro" era la parte de la isba reservada a las labores domésticas, y el "rincón rojo" era el lugar en donde la familia se reunía y donde estaban colocados los iconos.

[4] *Arshina* es una antigua medida rusa de longitud equivalente a 0.71 metros.

[5] Las estufas en las isbas rusas suelen estar hechas de ladrillo y emplazadas en el centro de la vivienda. Su parte superior suele servir como cama.

sonrisa apenas perceptible que se dibujó bajo el movimiento de sus bigotes, se dirigió a su señor:

—De veras no sé qué hacer, Su Excelencia, con esta isba; le he puesto puntales, le he puesto soportes, y de nada sirve.

—¡¡Cómo vamos a pasar aquí el invierno!? ¡Ay, ay, ay! —gimoteó la mujer.

—Si ponemos otros soportes y le colocamos una techumbre nueva —la interrumpió su marido con expresión serena pero diligente—, y si cambiamos aquí y allá algunas vigas, tal vez podremos pasar el invierno. Bueno, de pasarlo lo pasaremos, pero la isba va a estar abarrotada de puntales, eso sí; y pues mejor ni tocarla, porque no se va a poder encontrar ni una astilla en buen estado. Si se sostiene es sólo gracias a que todavía está en pie —añadió visiblemente satisfecho de haber tenido esa ocurrencia.

A Nejliúdov le molestaba y le dolía que Churis hubiese llegado a esos extremos, y que no hubiera acudido a él antes. Nunca, desde que había llegado, les había negado nada a los campesinos y estaba empeñado en conseguir que fueran a verlo directamente a él y le dijeran qué necesitaban. Llegó incluso a sentir cierta irritación contra el campesino, alzó los hombros enojado y frunció el entrecejo; pero la visión de la miseria que tenía alrededor, y en medio de esa miseria, el aspecto tranquilo y satisfecho de Churis, transformaron su enfado en algo parecido a un sentimiento de tristeza y desesperanza.

—¿Pero cómo has podido no decirme nada antes, Iván? —dijo en tono de reclamo, sentándose en el banco ladeado y sucio.

—No me atreví, Su Excelencia —respondió Churis con esa misma sonrisa apenas perceptible, apoyando sobre el suelo de tierra ora uno de sus pies descalzos y sucios, ora el otro; pero lo dijo con tanta osadía y tanta serenidad, que resultaba difícil creer que no se hubiese atrevido a ir a ver al señor.

—Sólo somos campesinos: ¡cómo nos íbamos a atrever!... —comenzó la vieja lloriqueando.

—¡Tú a callar! —se dirigió de nuevo a ella Churis.

—No puedes vivir en esta isba, ¡es absurdo! —dijo Nejliúdov, tras un breve silencio—. Esto es lo que vamos a hacer, muchacho...

—Lo que usté mande —respondió Churis.

—¿Has visto las isbas de piedra, las Gherard,[6] que he mandado construir en el nuevo caserío? ¿Las que apenas son sólo paredes?

—Claro que las he visto —respondió Churis, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes blancos, aún enteros—, ¡no nos hemos cansado de ver y admirar cómo iban armando esas isbas tan curiosas! Los muchachos bromeaban con que a lo mejor iban a resultar bodegas para guardar ahí los granos y que no se los comieran las ratas. ¡Vaya isbas! —concluyó moviendo la cabeza con una expresión de burlona perplejidad—, más parecen cárceles.

—Las isbas están muy bien, son secas y calientes, y corren menos peligro de incendiarse —respondió el señor frunciendo

[6] Isbas construidas según un modelo inventado por el terrateniente A.I. Gherard, muerto en 1830.

su rostro joven, visiblemente descontento de la ironía del campesino.

—No cabe duda, Su Excelencia, son muy buenas isbas.

—Y bien, una de ellas ya está terminada. Es una de diez *arshinas*, con zaguán y trastero, que ya está completamente acabada. Te la voy a dar a crédito en lo que cuesta: algún día me la reembolsarás —dijo el señor contento de sí mismo y con una sonrisa que no había podido evitar al pensar que estaba haciendo una buena acción—. Puedes derribar la vieja —continuó— o dejarla para granero. Y trasladaremos todo tu patio. El agua allá es espléndida, sembraremos los huertos en tierras novales, y tus parcelas te las asignaré ahí, justo al lado, en los tres terrenos. ¡Vivirás maravillosamente bien! Pero... ¿no te gusta la idea? —preguntó Nejliúdov al darse cuenta de que en cuanto había comenzado a hablar de traslado, Churis se había hundido en una inmovilidad absoluta y, ya sin sonreír, no despegaba la vista del suelo.

—Como Su Excelencia ordene —respondió, sin levantar la mirada.

La vieja dio unos pasos hacia delante, como si le hubieran echado sal en una herida abierta, y se preparó para decir algo, pero el marido se le adelantó.

—Como Su Excelencia ordene —repitió con un tono decidido y al mismo tiempo sumiso, mirando al señor y sacudiendo la cabellera—, pero nosotros no podemos vivir en el nuevo caserío.

—¿Por qué?

—No, Su Excelencia, aquí ya vivimos mal, pero si nos traslada para allá, jamás seríamos campesinos de verdad. ¿Qué

clase de campesinos seríamos? ¡No se puede vivir allí, aunque usté diga lo que diga!

—Pero, ¿por qué?

—Porque para nosotros sería la ruina, Su Excelencia.

—¿Por qué no se puede vivir allí?

—¿Qué vida es esa? Piense usté: un lugar deshabitado, un agua que vete a saber lo que es, no hay pasturajes. Aquí tenemos y siempre hemos tenido nuestros cañamares para el abono, pero ¿allá? ¿Qué hay allá? ¡Nada! Ni palizadas, ni dónde poner las gavillas a secar, ni graneros, ni nada de nada. Sería la ruina, Su Excelencia, si nos manda usté allá, para nosotros sería la ruina. Es un lugar nuevo, desconocido... —repitió pensativo, pero moviendo la cabeza con decisión.

Nejliúdov intentó convencer al campesino de que el traslado, al contrario, le resultaría provechoso, de que se construirían vallados y cobertizos, de que el agua era buena, etcétera, pero el obstinado silencio de Churis lo desconcertaba, y de alguna manera tenía la sensación de no estar diciendo lo que debía decir. Churisionok no lo contradecía; pero cuando el señor guardó silencio comentó, con una apenas perceptible sonrisa en el rostro, que lo mejor sería que instalara en ese nuevo caserío a los viejos criados y a Aliosha-el-Tonto para que vigilaran el centeno.

—¡Qué bien estaría eso! —observó, y sonrió de nuevo—. ¡Lo otro no tiene ni pies ni cabeza, Su Excelencia!

—Pero, ¿qué importa que sea un lugar deshabitado? —insistió Nejliúdov con paciencia—, también éste fue alguna vez un lugar deshabitado, y ahora bien que vive aquí la gente; lo

mismo pasará allá, bastará con que tú te instales... Tienes que mudarte...

—¡Ay!, Padrecito-Su-Excelencia, ¡acaso se puede comparar! —respondió Churis con viveza, como con miedo de que el señor no fuera a aceptar su decisión—. Aquí vivimos todos juntos, es un lugar alegre, conocido: tenemos un camino, y hay un estanque para cuando las mujeres tienen que lavar la ropa, o el ganado tomar agua, y aquí tenemos, de toda la vida, nuestros haberes campesinos, y tenemos la era y el huerto y los sauces, éstos, los que sembraron mis padres; aquí le entregaron su alma a Dios mi abuelo y mi abuela, y lo único que quiero es terminar aquí mis días, Su Excelencia, no pido nada más. Si tienes la bondad de arreglar la isba estaremos muy contentos de tu bondad; si no, ya nos las arreglaremos para vivir lo que nos falta. Le rezaremos siempre a Dios —continuó haciendo una profunda reverencia—, ¡no nos eches de nuestro nido, padrecito!...

Mientras Churis hablaba, del lugar en donde se encontraba su esposa debajo del sobradillo, llegaban cada vez más y más fuertes unos sollozos, y cuando el marido dijo "padrecito", la mujer de pronto dio un salto adelante y, bañada en lágrimas, cayó a los pies del barin.[7]

—¡No nos condenes a la muerte, bienhechor! ¡Para nosotros eres nuestro padre, nuestra madre! ¿Cómo vamos a mudarnos? Somos viejos, estamos solos. Así como Dios, tú... —gritó de pronto.

[7] Término ruso para "hidalgo" o "señor".

Nejliúdov se levantó precipitadamente del banco y quiso poner a la vieja de pie, pero ella, con una especie de voluptuosa desesperación se golpeaba la cabeza contra el suelo de tierra y retiraba la mano del barin.

—¡Qué haces! ¡Levántate, por favor! Si no quieren, no se muden; no los voy a obligar —decía agitando los brazos y reculando hacia la puerta.

Cuando Nejliúdov volvió a sentarse en el banco y en la isba de nuevo se hizo el silencio interrumpido sólo por los sollozos de la vieja que había vuelto a ponerse bajo el sobradillo y se limpiaba las lágrimas con la bocamanga de la camisa, el joven terrateniente se dio cuenta de lo que para Churis y su mujer significaba aquella destartalada isba, el desvencijado pozo con su sucio charco, los cobertizos, los establos podridos y los sauces agrietados que podían verse desde el ventanuco ladeado. Se sintió mal, triste y un poco avergonzado.

—Pero Iván, ¿por qué no dijiste en la asamblea del domingo pasado que necesitabas una isba? Ahora no sé qué hacer para ayudarte. A todos les dije la primera vez que nos reunimos, que me había instalado en la aldea para consagrarles mi vida; que estoy dispuesto a privarme de todo con tal de que ustedes estén contentos y sean felices, y a los ojos de Dios juro que cumpliré mi palabra —decía el joven terrateniente sin saber que ese tipo de efusiones no pueden inspirar confianza en nadie, pero menos aún en el hombre ruso que ama los hechos y no las palabras, y que además no gusta de expresar sus sentimientos, por más bellos que sean.

Pero aquel ingenuo muchacho se sentía tan feliz de la emoción que experimentaba, que no podía evitar explayarla.

Churis ladeó la cabeza y, parpadeando lentamente, escuchaba con forzada atención a su señor como se escucha a una persona a la que uno no puede no prestar atención, aun cuando diga cosas no del todo convenientes y que no nos atañen en absoluto.

—Es que no puedo darles a todos todo lo que me piden. Si nunca dijera que no a quienes me piden madera, por ejemplo, en poco tiempo yo mismo ya no la tendría, y no podría dársela a quien verdaderamente la necesita. Justo para eso, para reparar las construcciones campesinas, separé una reserva y se la entregué a la comunidad. Esa madera ya no me pertenece, es de ustedes, los campesinos, y yo ya no puedo disponer de ella; la asamblea del pueblo es la que la distribuye como mejor le parece. Ven hoy a la reunión; hablaré en la asamblea de lo que pides; si la decisión es darte una isba, mejor que mejor, pero yo en este momento no tengo madera para ti. Con toda mi alma quiero ayudarte, pero si te niegas al traslado, pues ya no es asunto mío, ya es asunto del *mir*. ¿Me estás entendiendo?

—Muy agradecidos de su bondad —respondió Churis confundido—. Si usted nos da un poco de madera para el patio, ya nos las arreglaremos. Porque... ¿qué va a hacer el *mir*? Ya se sabe cómo va eso...

—No, debes ir a la reunión.

—Como usté mande. Iré, ¿por qué no? Pero al *mir* no voy a pedirle nada.

IV

Era obvio que el joven terrateniente quería preguntarles algo a los propietarios; no se levantaba del banco y miraba, dubitativo, ya a Churis, ya al vacío, ya a la estufa apagada.

—¿Ya comieron? —preguntó por fin.

Bajo el bigote de Churis se dibujó una sonrisa burlona, como si le pareciera divertido que el patrón hiciera esas preguntas tan tontas; no respondió.

—¿Que si comimos, bienhechor? —con un suspiro hondo profirió la vieja—. Un trozo de pan, ésa es nuestra comida. Ni siquiera pude ir a juntar podagrarias, así que no tengo con qué hacer el *schi*,[8] y el *kvas*[9] que quedaba, se lo di a los niños.

—Son días de ayuno, Su Excelencia —intervino Churis, para explicar las palabras de la vieja—, pan y cebolla, ésos son nuestros alimentos campesinos. Y a Dios gracias que el pan, debido a la bondá de usté, no nos ha faltado, porque en todos los contornos los campesinos están sin pan. En cuanto a la cebolla, pues la cosecha no ha sido buena. Mijaíl el verdulero, el otro día mandamos a comprar con él, da el manojo a un *grosh*,[10] y pues no hay con qué. Llevamos desde la pascua sin ir casi a la iglesia, no hay para comprarle una vela a san Nicolás.

Desde hacía mucho tiempo Nejliúdov conocía, no de oídas, no por dar crédito a las palabras de otros, sino en la práctica,

[8] Sopa de col, muy popular en Rusia.
[9] Bebida que se elabora a base de pan negro fermentado.
[10] Moneda que equivalía a medio kópek.

el grado extremo de pobreza en la que se encontraban sus campesinos; pero esta realidad era tan contraria a toda su educación, a la estructura de su mente y a su manera de vivir que a pesar suyo la olvidaba, y cada vez que como ahora se la recordaban de una forma tan viva y tan palpable, su corazón se llenaba de una pena y una tristeza insoportables, como si lo atormentara el recuerdo de un crimen cometido y no expiado.

—¿Por qué son ustedes tan pobres? —dijo sin querer, dando voz a sus pensamientos.

—¿Qué quiere que seamos, Padrecito-Su-Excelencia, si no pobres? Usté conoce bien la tierra que tenemos: barro, cerros, y además, yo creo que hemos de haber ofendido a Dios, porque desde el cólera que ya no crece el trigo. Tenemos menos prados y menos bosques: unos se los adjudicaron a la reserva y otros fueron a dar a los campos del señor. Estoy solo, estoy viejo... me gustaría trabajar duro, pero ya no tengo fuerzas. Mi vieja está enferma, y encima año con año lo que trae al mundo son hijas: y a todos hay que alimentarlos. El resultado es que sólo yo trabajo, y son siete bocas las que comen en esta casa. Que Dios me perdone, pero a menudo pienso: "¿No se podría llevar algunas?" Para mí sería más fácil y ellas estarían mejor allá que penando en estas miserias...

—¡Ay! —suspiró ruidosamente la vieja, como en apoyo a las palabras de su marido.

—No tengo más ayuda que ésta —continuó Churis, señalando a un muchachito de cabellos rubios y enorme barriga que no debía tener más de siete años, y que justo en ese

momento entraba tímido en la isba con un chirrido apenas audible de la puerta. Miró al señor con sus ojos sorprendidos y con ambas manitas se agarró a la camisa de Churis—. Aquí está toda mi ayuda —continuó con voz sonora Churis, pasando su mano áspera por los rubios cabellos del pequeño—, ¿cuánto habrá que esperar? Y cada vez tengo menos fuerzas para la faena. Ya no por la vejez, sino por esta hernia mía que me está matando. Cuando el frío aprieta podría gritar. Hace ya mucho que tenía que haberme retirado, haberme ido con los viejos. Ahí tiene a Ermílov, a Demkin, a Ziábrev, todos son menores que yo y hace ya mucho que han dejado las tierras. Pero yo no tengo en quién apoyarme, ésa es mi desgracia. Hay que comer: por eso lucho, Su Excelencia.

—Me gustaría hacerte la vida más fácil, de verdad. ¿Qué podemos hacer? —dijo el joven terrateniente mirando al campesino con compasión.

—¿Pero cómo más fácil? Ya se sabe que cuando uno tiene tierras, tiene que afanarse, así son las cosas. El niño acabará por crecer. Sólo que le pido por favor que no me lo obligue a ir a la escuela. El otro día vino un agente de la policía para decir que usté, Su Excelencia, exigía que fuera a la escuela. A él, por favor, libérelo: ¿qué cabeza puede tener? Es muy pequeño, no entiende nada.

—No, eso sí que no —replicó Nejliúdov—. Te guste o no, el pequeño ya entiende las cosas y debe ir a la escuela. Lo digo por tu bien. Date cuenta, cuando él crezca la casa estará a su cargo y si sabe leer y escribir, podrá leer en la iglesia y con la ayuda de Dios todo en tu casa irá mejor —dijo Nejliúdov,

intentando expresarse de la manera más comprensible y al mismo tiempo sonrojándose y vacilando.

—No discuto, Su Excelencia; usté quiere nuestro bien, pero entonces no habrá quién se quede en casa: mi vieja y yo estamos todo el día trabajando, y él, aunque sea pequeño, algo ayuda: mete el ganado, da de beber a los caballos. Sea como sea, es un campesino. —Y Churisionok sonriendo agarró con sus toscos dedos la nariz del muchachito para que se sonara.

—Pues mándalo cuando estés en casa y él tenga tiempo, ¿me oyes? Sin falta.

Churisionok exhaló un profundo suspiro y no respondió.

V

—Y también quería preguntarte —dijo Nejliúdov—, ¿por qué no han sacado el estiércol?

—¿El estiércol? ¡Cuál estiércol, Padrecito-Su-Excelencia! ¡No hay nada que sacar! ¿Acaso tengo ganado? Una yegua y un potrito. La becerra que me había quedado de los terneros se la regalé en otoño al guardia, ése es todo el ganado que tengo.

—Y con tan poco ganado, ¿regalaste la becerra? —preguntó sorprendido el señor.

—¿Y con qué la iba a alimentar?

—¿No te alcanza la paja para dar de comer a una vaca? A los otros les alcanza.

—Los otros han abonado sus tierras, la mía es pura arcilla, no se da nada.

—Pues abónala, para que no sea pura arcilla; si la abonas, te dará trigo y tendrás con qué alimentar a tu ganado.

—Pero es que no tengo ganado, ¿de dónde saco el estiércol?

"Extraño *cercle vicieux*", pensó Nejliúdov, sin lograr imaginar qué consejo dar al campesino.

—Le quiero decir una cosa, Su Excelencia. Lo que hace que el trigo germine no es el abono, es Dios —continuó Churis—. Mire, este año por ejemplo, mi pequeña parcela sin abonar dio ocho haces, y en cambio no recogí nada de la que había abonado. ¡Nadie como Dios! —añadió con un suspiro—. Además los animales en nuestro patio no prosperan. Desde hace cinco años todos se nos mueren. El año pasado se nos murió una ternerita, y a otra la vendí: no teníamos para comer; y el año antepasado se me murió una vaca preciosa; la trajeron del rebaño, sanita sanita, y de pronto empezó a tambalearse y a tambalearse, y ahí se quedó. ¡Mi mala suerte!

—A ver, hermano, para que no digas que no tienes ganado porque no tienes con qué alimentarlo, y que no tienes con qué alimentarlo porque no tienes ganado, toma, aquí tienes una vaca —dijo Nejliúdov ruborizándose mientras sacaba del bolsillo del pantalón un fajo de billetes arrugados y los iba desarrugando—, cómprate una vaca a mi salud, y coge el pienso en mi era, daré la orden. Que el próximo domingo ya tengas tu vaca: pasaré a ver.

Churis se quedó un buen rato sonriendo, balanceándose ya sobre un pie, ya sobre el otro, sin extender la mano para tomar el dinero, de modo que Nejliúdov lo dejó en el borde de la mesa y se sonrojó aún más.

—Le agradecemos mucho su bondad —dijo Churis con su sonrisa habitual, ligeramente sarcástica.

La vieja suspiró muy hondo varias veces allá, debajo del sobradillo y parecía que estuviera rezando.

El joven terrateniente se sintió incómodo; se levantó del banco con prisa, salió al vestíbulo y le hizo a Churis una señal para que lo siguiera. Era para él tan grato estar con una persona a la que había hecho un bien, que no quería separarse tan pronto de ella.

—Me da gusto ayudarte —dijo, deteniéndose junto al pozo—, a ti te puedo ayudar porque sé que no te vas a cruzar de brazos. Mientras tú trabajes, yo te voy a ayudar; y con la ayuda de Dios saldrás adelante.

—Deje lo de salir adelante, Su Excelencia, me conformo con no hundirme del todo —dijo Churis adoptando de pronto una expresión seria, casi severa, como si estuviera verdaderamente descontento de que el señor supusiera que podría salir adelante—. Cuando vivíamos con mi padre, a mis hermanos y a mí jamás nos faltó nada; pero desde que él murió y nosotros nos separamos, todo se nos empezó a venir más y más torcido cada vez. ¡Cosas de la soledad!

—¿Y por qué se separaron?

—Pues por las viejas, Su Excelencia. En ese entonces el abuelo de usted ya no vivía, porque en vida de él ni quien se hubiera atrevido; en su época sí que había orden. Él, igual que usted, se ocupaba de todo él mismo, a nadie se le habría ocurrido separarse. Al difunto no le gustaba que los campesinos agarraran las riendas; pero después del padre de usted, vino

a gobernarnos Andréi Ilich (descanse en paz) que era borracho y poco serio. Fuimos a verlo una vez, dos veces (las mujeres nos hacían la vida imposible), y le dijimos: "Permítenos separarnos"; no quería, no quería, pero al final cedió. Las viejas se salieron muy con la suya y empezamos a vivir cada quien por su lado; ¡y ya sabe usté lo que es un campesino solo! Y encima no había ningún orden: Andréi Ilich hacía de nosotros lo que le daba la gana. "Arréglate como puedas para tener lo que necesitas", pero no se preguntaba de dónde lo iba a sacar el campesino. Aumentó la capitación, y también hubo más provisiones para la mesa, pero la tierra fue menos y se dejó de sembrar trigo. Pero luego tuvo lugar la concentración parcelaria, y anexó nuestras tierras abonadas a la parcela del señor, el muy canalla, y nos dejó en la inopia. El padre de usté (que Dios lo tenga en la gloria) era un hombre de buen corazón, pero no lo veíamos jamás: todo el tiempo vivía en Moscú; y pues para allá empezaron a mandarse carros con provisiones. A veces los caminos estaban intransitables, no había con qué alimentar a los animales, pero las provisiones de todos modos había que mandarlas. No está bien que un señor se prive de ellas. No nos habríamos atrevido a que eso nos contrariara, pero no había ningún orden. Ahora que Su Excelencia le permite a todo el mundo acercarse, hemos cambiado, y hasta el intendente se ha vuelto otro. Ahora por lo menos sabemos que tenemos un barin. Y no sabe lo agradecidos que le estamos los campesinos. Eso es lo que nos hacía falta, sentirnos bajo la tutela de un verdadero barin. Todos eran barines: el tutor lo era, Ilich lo era, y su mujer también, y hasta el

escriba de la comuna lo era. ¡Hemos tenido a muchos! ¡Pero cómo hemos padecido!

Nejliúdov volvió a experimentar un sentimiento parecido a la vergüenza o al remordimiento de conciencia. Alzó ligeramente su sombrero y siguió su camino.

VI

"Yujvanka-el-Raro quiere vender su caballo", leyó Nejliúdov en su cuaderno y atravesó la calle para dirigirse al patio de Yujvanka-el-Raro. La isba de Yujvanka, cuidadosamente recubierta de paja procedente de la era del amo, y construida con leños frescos de álamo gris claro (también tomados del bosque del amo), tenía dos postigos pintados de rojo en las ventanas, un porche con alero y una barandilla de madera graciosamente tallada. La entrada y la isba fría también se encontraban en buen estado; pero la apariencia de bienestar y holgura que tenía aquel conjunto se veía un poco perjudicada por un cuchitril que estaba junto al gran portal, una palizada sin terminar y un cobertizo abierto que se dejaba ver detrás. En el momento mismo en que Nejliúdov se acercaba a la escalinata por un lado, por el otro llegaban dos mujeres campesinas con una cubeta de agua colgando de una vara. Una de ellas era la mujer de Yujvanka-el-Raro, la otra era su madre. La primera era una hembra fuerte, de cachetes rojos, pecho voluminoso y pómulos anchos y carnosos. Llevaba puesta una camisa impecable, con bordados en las mangas y en el cuello, un delantal

también muy limpio, una falda campesina, botas, un collar y un elegante tocado cuadrado, bordado con algodón rojo y decorado con lentejuelas.

Uno de los extremos de la vara de la que pendía la cubeta no se balanceaba, sino que reposaba firmemente sobre su hombro ancho y fornido. La ligera tensión que traslucía su rostro colorado, la curvatura de su espalda y el movimiento regular de sus brazos y sus piernas, revelaba una salud poco común y una fuerza masculina. La madre de Yujvanka, que llevaba el otro extremo de la vara era, por el contrario, una de esas ancianas que parecen haber llegado a ese extremo límite de la edad y de la decrepitud que puede alcanzar un ser humano. Su huesuda carcasa, sobre la que llevaba una blusa negra deshilachada y una falda campesina desteñida, estaba tan encorvada que la vara descansaba más sobre la espalda que sobre el hombro. Sus dos manos de dedos deformados con los que, más que agarrarse se aferraba a la vara, tenían un extraño color pardo oscuro y parecía que ya no pudieran enderezarse; su cabeza caída, envuelta en algo parecido a un trapo, mostraba unas huellas monstruosas de miseria y de la más absoluta vejez. Debajo de su estrecha frente, surcada en todas direcciones por profundas arrugas, dos ojos rojos de mirada apagada y faltos de pestañas estaban clavados en el suelo. Un diente amarillo se movía por debajo del hundido labio superior y a veces rozaba incluso el agudo mentón. Las arrugas que cubrían la parte inferior del rostro y las del cuello eran como una especie de bolsas que se balanceaban acompañando cada uno de sus movimientos. Respiraba con dificultad y haciendo ruido; pero sus desnudos y

deformados pies, aunque pareciera que apenas podían moverse por el suelo, iban avanzando uniformemente uno tras otro.

VII

La joven campesina que había estado a un tris de chocar con el señor, dejó la cubeta en el suelo con aire resuelto, bajó la mirada, se inclinó, y luego, con sus ojos resplandecientes miró al amo de soslayo. Intentando ocultar con la manga bordada de su camisa una ligera sonrisa, corrió escaleras arriba haciendo ruido con sus botas.

—Mamita, llévale tú el agua a la tía Nastasia —le dijo a la vieja deteniéndose en la puerta.

El recatado joven terrateniente lanzó una mirada severa pero atenta a la colorada campesina, frunció el entrecejo y se dirigió a la anciana que, tras haber desenganchado la vara de sus torcidos dedos, se la había echado sobre los hombros y se dirigía dócilmente a la isba vecina.

—¿Está en casa tu hijo?

La anciana, doblando todavía más su encorvada espalda, se inclinó y quiso decir algo pero, tapándose la boca con la mano tosió de tal manera que Nejliúdov, sin esperar la respuesta, entró en la isba. Yujvanka, que estaba sentado sobre un banco en el rincón rojo, al ver al señor se precipitó hacia la estufa como si no quisiera ser visto, aventó algo al tapanco y, moviendo compulsivamente la boca y los ojos, se pegó a la pared como cediendo el paso al señor. Yujvanka era un muchacho

castaño, cuya edad frisaba en los treinta años, flaco, bien proporcionado, con una barba pequeña terminada en punta, bastante bien parecido a no ser por sus inquietos ojuelos café oscuro que miraban de manera desagradable por debajo de sus fruncidas cejas, así como por la falta de dos dientes delanteros que de inmediato saltaba a la vista, ya que tenía los labios cortos y los movía sin cesar. Llevaba puesta una camisa de fiesta con sobaqueras de un rojo muy vivo, un pantalón de percal a rayas y unas botas pesadas con las cañas plisadas. En su interior, la isba de Yujvanka no era ni tan estrecha ni tan lóbrega como la de Churis, aunque también en ella hacía un calor sofocante, olía a humo y a piel de carnero, y las ropas y los diversos utensilios domésticos también estaban desperdigados en absoluto desorden. Dos cosas llamaban la atención de forma curiosa: un pequeño samovar ligeramente combado que estaba en la repisa y, colgado cerca de la ventana, un marco negro con restos de un vidrio sucio que contenía el retrato de un general en uniforme rojo. Nejliúdov, tras echar una mirada hostil al samovar, al retrato del general y al tapanco desde donde asomaba, por debajo de una ramita, el extremo de una pipa con embocadura metálica, se dirigió al campesino:

—Buenas, Epifán —le dijo mirándolo a los ojos.

Epifán se inclinó, farfulló: "Muy buenas, Suelencia", pronunciando con una ternura especial la última palabra, y sus ojos recorrieron rápidamente la figura toda del barin, la isba, el suelo y el techo, sin detenerse en nada; luego se acercó con paso apresurado al tapanco, cogió un caftán y comenzó a ponérselo.

—¿Para qué te lo pones? —preguntó Nejliúdov sentándose en el banco y esforzándose por mirar a Epifán de la manera más estricta posible.

—¡Cómo no me lo iba a poner, Suelencia! ¿Cómo no? Nosotros también sabemos de maneras...

—He venido a averiguar por qué necesitas vender tu caballo, y cuántos caballos tienes, y cuál de ellos quieres vender —soltó con sequedad el barin, obviamente repitiendo las palabras que había preparado.

—Mucho le agradezco a Suelencia que se haya dignado venir a visitarme a mí, un campesino —respondió Yujvanka, lanzando fugaces miradas ya al retrato del general, ya a la estufa, ya a las botas del amo y a todos los demás objetos, con excepción de la cara de Nejliúdov—, siempre le rezamos al buen Dios por Suelencia...

—¿Por qué quieres vender el caballo? —repitió Nejliúdov, levantando la voz y aclarándose la garganta.

Yujvanka suspiró, sacudió la cabellera (su mirada de nuevo recorrió la isba) y, al reparar en el gato que, echado en el banco ronroneaba dulcemente, le gritó: "¡Largo, tarado!", y de inmediato se giró hacia el barin:

—Es un caballo que de nada le sirve a usted, Suelencia... Si fuera un buen animal, no pensaría en venderlo, Suelencia.

—¿Y cuántos caballos tienes en total?

—Tres caballos, Suelencia.

—¿Y no tienes potros?

—Por supuesto que sí, Suelencia. También tengo un potro.

VIII

—Vamos, enséñame tus caballos. ¿Los tienes en el patio?

—Así es, Suelencia; eso me ordenaron, y eso fue lo que hice, Suelencia. ¿Acaso puede uno desobedecer a Suelencia? A mí Yákov Ilich me ordenó que no sacara, dijo, mañana los caballos al campo que porque el príncipe quería verlos; y pues no salieron. Nadie osaría desobedecer a Suelencia.

Mientras Nejliúdov se dirigía a la puerta, Yujvanka rescató la pipa que había lanzado al tapanco y la metió detrás de la estufa; sus labios continuaban moviéndose espasmódicamente aun en los momentos en que el barin no lo miraba.

Una yegua flacucha de color pardo rebuscaba entre la paja podrida bajo el cobertizo; a su lado, un potrito de dos meses y color indefinido, con las largas patas y el morrito azulados, no se separaba de su rala cola llena de cardos. En medio del patio, con los ojos semicerrados y la cabeza pensativamente caída, se hallaba un castrado ventrudo y bayo, que parecía ser un buen caballito campesino.

—¿Éstos son todos tus caballos?

—De ninguna manera, Suelencia; tengo también esa otra yegua y ese otro potrillo —respondió Yujvanka, señalando a los caballos que el barin no podía no haber visto.

—Ya los veo. ¿Y cuál quieres vender?

—Pues éste, Suelencia —respondió siempre con los mismos movimientos convulsos de labios y ojos, y agitando el bajo de su caftán delante del amodorrado caballo. El castrado abrió los ojos y se volvió perezosamente, poniéndole la cola enfrente.

—No parece viejo, y se ve macizo —dijo Nejliúdov—. A ver, agárralo y enséñame sus dientes. Ya veré yo si es viejo o no.

—No puedo agarrarlo yo solo, Suelencia. Es un animal que no vale un céntimo, y es brusco, muerde y da coces, Suelencia —respondió Yujvanka, sonriendo muy contento y lanzando miradas aquí y allá.

—¡Qué tontería! Agárralo, te estoy diciendo.

Yujvanka siguió sonriendo un buen rato, balanceándose sobre uno y otro pie, y sólo cuando Nejliúdov le gritó enojado: "¿Pero qué estás esperando?", se lanzó al cobertizo, cogió una cuerda y se puso a correr con el caballo, asustándolo y acercándosele por detrás, y no de frente.

El joven terrateniente se hartó, quizá, de ese espectáculo o tal vez quiso demostrar sus habilidades.

—¡Dame la cuerda! —dijo.

—¡Válgame Dios! ¿Cómo puede Suelencia? Ni se le ocurra...

Pero Nejliúdov se llegó hasta la cabeza del caballo y, agarrándolo de pronto por las orejas, la bajó con tanta fuerza, que el castrado, que resultó ser un caballito campesino de una gran docilidad, se tambaleó y resopló intentando zafarse. Cuando Nejliúdov se dio cuenta de que tales esfuerzos no hacían ninguna falta, volteó a ver a Yujvanka que no paraba de sonreír, y entonces se le ocurrió la idea más humillante de toda su vida: que Yujvanka se reía de él y lo consideraba un niño. Se sonrojó, soltó las orejas del caballo y, sin ayuda del cabestro, le abrió la boca y le miró los dientes: los colmillos estaban enteros y los alveolos en buen estado, cosas que el joven propietario ya había tenido tiempo de aprender: el caballo era joven.

Yujvanka, mientras tanto, había vuelto al cobertizo y, al darse cuenta de que el rastrillo no estaba en su lugar, lo recogió y lo apoyó contra la bardita.

—¡Ven acá! —gritó el barin con una expresión de contrariedad infantil en el rostro y casi con lágrimas de despecho y cólera en la voz—. ¿Qué? ¿A esto llamas un caballo viejo?

—Cómo no, Suelencia, y muy viejo, ha de tener unos veinte años... es un caballo que...

—¡A callar! Eres un mentiroso y un bribón, porque un campesino honrado no mentiría: ¡no tendría por qué! —dijo Nejliúdov, asfixiado por las lágrimas de cólera que se le atragantaban. Guardó silencio, para no cubrirse de vergüenza al llorar delante de un campesino. Yujvanka también estaba callado y, resoplando con la nariz y haciendo pequeños movimientos convulsos con la cabeza, parecía estar a punto de echarse a llorar—. ¿Cómo vas a arar si vendes este caballo? —continuó Nejliúdov una vez que se había tranquilizado lo suficiente como para hablar con un tono de voz normal—: A ti a propósito se te encargan faenas que puedes realizar a pie para que tus caballos estén en la labranza, ¿y quieres vender el último que te queda? Pero, sobre todo, ¿por qué mientes?

En cuanto el barin se calmó, Yujvanka también se calmó. Estaba de pie y, sin dejar de mover los labios convulsivamente, iba con la mirada de un objeto a otro.

—No trabajaré peor que los otros, Suelencia —dijo.

—¿Y con qué vas a trabajar?

—Usté no se preocupe, el trabajo de Suelencia se hará —res-

pondió Yujvanka, gritándole al castrado para alejarlo—. Si no necesitara dinero, ¿a poco cree que lo vendería?

—¿Para qué necesitas dinero?

—No tengo nada, pero nadita de trigo, Suelencia, y tengo que saldar mis deudas con los campesinos, Suelencia.

—¿Cómo que no tienes trigo? ¿Por qué otros, los que tienen familia, aún tienen y tú que estás solo ya no? ¿Qué hiciste con él?

—Me lo comí, Suelencia, y no me queda ni tantito. En otoño compraré otro caballo, Suelencia.

—¡Que ni se te ocurra vender el caballo!

—Pues bueno, Suelencia, pero entonces, ¿de qué voy a vivir? No tengo trigo y no puedo vender nada —respondió mirando para otro lado, moviendo de forma convulsa los labios e hincando de pronto una mirada insolente en plena cara del señor—: Está bien, nos moriremos de hambre.

—¡Cuidadito, amigo! —gritó Nejliúdov palideciendo y con un sentimiento de hostilidad personal contra el campesino—. Los campesinos como tú no me hacen falta. Acabarán mal las cosas para ti.

—Como usté mande, Suelencia —respondió, cerrando los ojos con una expresión fingidamente sumisa—, puesto que no le parece cómo le he servido. Pero yo creo que no se me puede reprochar nada. Claro que si le he desagradado a Suelencia, es usté quien decide; pero la verdad no sé por qué debo sufrir.

—Pues por esto: porque tu patio no está cubierto, tu abono no está esparcido, tus setos están rotos, y tú te quedas en casa fumando tu pipa y no trabajas; porque no le das ni un trozo

de pan a tu madre, que te cedió íntegra la explotación, porque permites a tu mujer que la golpee y has dejado que las cosas lleguen hasta el punto de que ella tenga que venir a quejarse conmigo.

—Válgame Dios, Suelencia, no sé de qué pipa me habla —respondió turbado Yujvanka a quien lo que seguramente más había molestado era que se le hubiese acusado de fumar pipa—. ¡Lo que se puede llegar a inventar de una persona!

—¡Otra vez estás mintiendo! Te vi con mis propios ojos...

—¡Cómo podría atreverme, Suelencia!

Nejliúdov calló y, mordiéndose el labio, se puso a andar de un lado al otro del patio. Yujvanka, de pie en el mismo lugar, sin levantar la vista, seguía el movimiento de los pies del amo.

—Escucha, Epifán —dijo Nejliúdov con una voz dulce, infantil, deteniéndose de pronto delante del campesino y haciendo un esfuerzo por disimular su turbación—, no puedes vivir así, vas a acabar muy mal. Reflexiona. Si quieres ser un buen campesino, cambia tu forma de vida, abandona tus malos hábitos, no mientas, no te emborraches, respeta a tu madre. Nada ignoro de ti, ya lo sabes. Dedícate a tu explotación, y no a robar la madera común y a perderte en las tabernas. Piensa, ¿qué hay de bueno en eso? Si necesitas algo, ven a verme, pídeme directamente lo que necesites y dime para qué, sin mentir, diciendo toda la verdad y yo haré por ti cuanto esté en mis manos, no te negaré nada.

—¡Vaya, Suelencia, yo creo que así sí podemos entendernos, Suelencia! —respondió Yujvanka sonriendo como si realmente apreciara la gracia de la broma del barin.

Esa sonrisa y esa respuesta bastaron para quitarle a Nejliúdov la ilusión de que el campesino reaccionaría con sus palabras y retomaría el buen camino. Además, le parecía que no estaba bien que él, que era quien tenía el poder, fuera quien exhortara a su campesino y, finalmente, sintió que no estaba diciendo nada de lo que debía decir. Bajó acongojado la cabeza y salió al porche. En el umbral estaba sentada la vieja quejándose a gritos, como para dar a entender que estaba de acuerdo con las palabras del barin que acababa de oír.

—Aquí tienen para el trigo —le dijo Nejliúdov al oído, poniéndole un billete en la mano—, pero cómpralo tú, no se lo vayas a dar a Yujvanka, porque se lo beberá.

La anciana se aferró con su huesuda mano al marco de la puerta para ponerse de pie y dar las gracias al barin. Su cabeza empezó a balancearse, pero para cuando logró levantarse, Nejliúdov ya estaba del otro lado de la calle.

IX

"Davydka-el-Blanco pidió trigo y estacas", era lo que estaba escrito en el cuaderno después de Yujvanka.

Unos cuantos patios más adelante, Nejliúdov dio vuelta en una callecita y se encontró con su intendente, Yákov Alpátich quien, al ver de lejos al barin, se había quitado su gorra de hule y había sacado su pañuelo de seda con el que ahora se secaba su cara gorda y coloradota.

—¡Ponte la gorra, Yákov! ¡Que te la pongas, te digo!

—¿Dónde andaba, Su Excelencia? —preguntó Yákov, usando su gorra para protegerse del sol, pero sin ponérsela.

—Vengo de la casa del Raro. Dime una cosa, ¿por qué se ha vuelto así? —preguntó el barin, sin dejar de caminar.

—¿A qué se refiere, Su Excelencia? —preguntó a su vez el intendente quien se mantenía a una distancia respetuosa y que, tras haberse puesto la gorra, se atusaba los bigotes.

—¿Cómo que a qué? Es un bribón redomado, un haragán, un ladrón, un mentiroso, atormenta a su madre y, por lo que vi, está tan arraigada en él la infamia, que no se corregirá jamás.

—No sé, Su Excelencia, por qué le ha parecido así...

—Y su esposa —lo interrumpió el barin—, parece una mujer de lo peor. La anciana va vestida como la última de las mendigas, no tienen de comer, pero ella va toda peripuesta y no se diga él. No sé qué hacer con él, no lo sé.

Fue evidente que Yákov se sintió desconcertado cuando Nejliúdov mencionó a la esposa de Yujvanka.

—Pues, si las cosas han llegado a esos extremos, Su Excelencia —empezó—, habrá que tomar medidas. Es cierto que vive en la pobreza, como todos los campesinos separados, pero, con todo, se preocupa por su bienestar, no como los otros. Es un campesino inteligente, instruido y, pues, parece honrado. Siempre acude a la capitación. Y mientras yo he sido intendente, él ha sido síndico tres años. Nada que reprochar. El año antepasado el tutor decidió cesarlo, y él no dejó de pagar sus impuestos. Aunque es cierto que cuando estuvo trabajando en el correo, allá en el pueblo, a veces se le pasaban los tragos, y había que tomar medidas. En ocasiones hacía de las

suyas, pero bastaba con meterle un poquito de miedo para que entrara en razón: él estaba bien y en la casa había paz. Pero como usted no quiere utilizar esas medidas, no sé qué vamos a hacer con él. Es cierto que se ha desmandado. Para soldado ya no sirve porque como usted habrá tenido a bien darse cuenta, le faltan dos dientes. Pero él no es el único, si me lo permite, que no tiene miedo...

—Olvídalo, Yákov —respondió Nejliúdov sonriendo apenas—, de eso hemos hablado tú y yo hasta el cansancio. Sabes muy bien lo que pienso al respecto; me digas lo que me digas, seguiré pensando igual.

—Por supuesto, Su Excelencia, que usted está al tanto de todo —dijo Yákov alzando los hombros y mirando por la espalda al barin de tal manera que parecía que lo que estaba viendo no anunciaba nada bueno—. Pero no hace falta que tenga usted a bien preocuparse por la anciana —continuó—, es cierto que ella alimentó a los huérfanos y que los educó; que casó a Yujvanka y todo lo que usted guste y mande; pero así son las cosas entre los campesinos: cuando el padre o la madre les dan la explotación, el hijo y la nuera pasan a ser los patrones, y la vieja debe procurarse el pan como mejor le permitan sus fuerzas. Ya sabe usted que ellos carecen de esos sentimientos tiernos y, además, entre campesinos eso no se estila. Por lo tanto, permítame decirle que en vano lo importunó la vieja. Es una vieja lista y buena ama de casa; ¿pero por qué tenía que importunar al señor por una tontería? Se peleó con la nuera y aquélla tal vez le dio un empujón, ¡cosas de mujeres! Mejor hacer las paces que ir a molestarlo a usted. Ya sin eso se lo toma usted todo

demasiado a pecho —dijo el intendente, mirando con cierta ternura y condescendencia al barin quien, sin decir ni media palabra, caminaba a grandes zancadas calle arriba.

—¿Vuelve usted a casa? —preguntó.

—No, voy a ver a Davyd-el-Blanco, o Cabro... ¿Cómo se llama?

—Otro que bien cantó, quiero decirle. Toda esta estirpe de los Cabro es así. Haga yo lo que haga con él, de nada sirve. Ayer me di una vuelta por las tierras de los campesinos, y él ni siquiera ha sembrado todavía el grano; ¿qué se puede hacer, le pregunto a usted, con gente así? Si por lo menos le enseñara algo a su hijo, pero les importa un rábano: no lo hacen ni por ellos, ni por la faena. Todo va con una lentitud pasmosa. ¡¡Qué no se nos habrá ocurrido para él al tutor y a mí!? Lo hemos mandado al campamento, lo hemos castigado en casa, eso que a usted tanto le disgusta, lo...

—¿A quién? ¿No estarás hablando del viejo?

—Del viejo. La de veces que lo habrá castigado el tutor, y públicamente, delante de toda la asamblea; ¿me creería, Su Excelencia, si le dijera que es como si nada?: se sacude, se va y sigue en lo mismo. Y Davydka, para que lo sepa, es un campesino tranquilo, y no es estúpido, no fuma, quiero decir no bebe —explicó Yákov—, pero es peor que un borracho. Habría que enviarlo de soldado o deportarlo, no hay más que hacer. Toda esa estirpe de los Cabro es así: Matriushka, la que vive en la isba negra, también es de esa familia y es otra a la que todo le importa un maldito rábano. ¿Ya no me necesita, Su Excelencia? —añadió el intendente, dándose cuenta de que el barin ya no lo estaba escuchando.

—No, vete —respondió distraído Nejliúdov y se dirigió a la vivienda de Davydka-el-Blanco.

La isba de Davydka, torcida y solitaria, se encontraba en el extremo de la aldea. No tenía patio, ni era, ni granero. Sólo una especie de corrales inmundos para el ganado que parecían adheridos a uno de sus costados. Del otro lado había amontonada una pila de ramas secas y de vigas, ya listas para levantar una cerca. Las malas yerbas crecían muy altas en ese lugar que antaño había sido un patio. Salvo un cerdo que, echado en el fango gruñía junto al umbral, no había nadie cerca de la isba.

Nejliúdov tocó en el cristal roto de la ventana, pero como no obtuvo respuesta, se acercó a la entrada y gritó: "¿Hay alguien?" Tampoco a esto respondió nadie. Atravesó el umbral, echó un ojo a los corrales vacíos y entró en la isba abierta. Un viejo gallo rojo y dos gallinas, sacudiendo sus collares y repiqueteando con sus uñas, correteaban por el suelo y por los bancos. Al ver aparecer a una persona, con un cacareo desesperado y batiendo las alas se precipitaron contra los muros y una de las gallinas incluso se encaramó en la estufa. La pequeña isba de seis *arshinas* estaba totalmente ocupada por una estufa con el tiro roto, un telar que pese a lo veraniego del tiempo no había sido trasladado al exterior y una mesa ennegrecida cuyo tablero estaba entre hundido y curvado.

Aunque el patio estaba seco, en el umbral de la isba había un charco de agua sucia causado por las goteras. No había tapanco. Era difícil imaginar que aquello fuera un lugar habitado, tan grande era la apariencia de abandono y de desorden que reinaba en el interior y en el exterior de la isba. Y, sin embargo,

en esta isba vivía Davydka-el-Blanco con toda su familia. En ese momento, a pesar del calor de un día de junio, Davydka, hecho un ovillo en un rincón encima de la estufa, con la cabeza envuelta en una pelliza, dormía profundamente. La asustada gallina que se había encaramado encima de la estufa, seguía muy alborotada brincoteando por la espalda de Davydka sin despertarlo.

Al no ver a nadie en la isba, Nejliúdov se disponía a salir, cuando un largo y húmedo suspiro delató la presencia del dueño de la isba.

—¡Eh! ¿Quién está ahí? —gritó el barin.

Desde la estufa llegó otro prolongado suspiro.

—¿Quién está ahí? ¡Sal!

Otro suspiro, un mugido y un sonoro bostezo fueron la respuesta al grito del barin.

—Pero, ¿qué esperas?

Algo se movió lentamente encima de la estufa y de pronto aparecieron los bajos de una pelliza raída; bajó primero un pie grande que llevaba puesto un *lapti*[11] hecho trizas, luego el otro y, finalmente, con aire descontento apareció Davydka-el-Blanco entero, sentado sobre la estufa, restregándose perezosamente los ojos con su basto puño. Inclinó la cabeza con extrema lentitud, examinó la isba mientras bostezaba y, al darse cuenta de la presencia del barin, comenzó a moverse un

[11] Calzado tejido con fibra extraída de la corteza del olmo o el abedul, por su fácil manufactura y bajo costo fue usado en Rusia hasta el siglo XX por campesinos y gente pobre.

poco más rápido que antes, pero de todas maneras la lentitud era tanta, que Nejliúdov tuvo tiempo de ir tres veces del charco al telar y del telar al charco, antes de que Davydka se hubiera bajado de la estufa.

Davydka-el-Blanco era efectivamente blanco: la cabellera, el cuerpo y la cara, todo era de una blancura extrema. Era alto y muy grueso, pero grueso como suelen ser los campesinos, es decir, no con la gordura concentrada en el vientre, sino repartida por todo el cuerpo. Su gordura, sin embargo, era fofa, malsana. Su cara, bastante bella, de serenos ojos azules y poblada barba en abanico, denotaba algo enfermizo. No parecía haber estado expuesto al sol, ni tenía color en las mejillas. Su semblante presentaba una palidez amarillenta, y una sombra lilácea cercaba sus ojos. Daba la impresión de estar abotargado de grasa o hinchado. Sus manos, cubiertas de un fino vello blanco, se veían aumentadas, amarillentas, como las manos de aquellas personas enfermas de hidropesía. Se había quedado tan profundamente dormido que ahora le costaba abrir los ojos y tenerse en pie sin balancearse o bostezar.

—¡Cómo no te da vergüenza —empezó Nejliúdov— estar durmiendo a plena luz del día cuando ni has levantado la verja ni tienes qué comer!

En cuanto Davydka logró despertar y se dio cuenta de que frente a él estaba el barin, se puso las manos sobre la barriga, dejó caer la cabeza ladeándola ligeramente, y se quedó como petrificado. Callaba, pero la expresión de su cara y la postura toda de su cuerpo decían: "Lo sé, lo sé, no es la primera vez que lo oigo. Pégueme si hace falta, lo aguantaré". Parecía querer

que el barin dejara de hablar, que lo golpeara cuanto antes, que hiriera sus flácidas mejillas dolorosamente, pero que lo dejara en paz. Al darse cuenta de que Davydka no lo entendía, Nejliúdov se puso a hacerle diversas preguntas intentando sacar al campesino de su paciente y sumiso silencio.

—¿Para qué me pediste madera si hace ya un mes que la veo por ahí tirada, y aun cuando tienes tiempo libre sigue ahí, eh?

Davydka callaba obstinado y permanecía inmóvil.

—¡Contéstame!

Davydka emitió un vago mugido y parpadeó con sus blancas pestañas.

—Hay que trabajar, amigo: ¿qué pasaría si no trabajáramos? Mira, ahora ya no tienes trigo, y todo, ¿por qué? Porque tu tierra está mal labrada y no se ha vuelto a arar ni se ha abonado a tiempo, y todo ¿por qué? Por pereza. Me pides trigo. De acuerdo, digamos que te lo doy porque no puedo dejarte morir de hambre, pero así no funcionan las cosas. ¿El trigo de quién te voy a dar? ¿Qué crees tú, eh? Contesta: ¿el trigo de quién te voy a dar? —repetía Nejliúdov con insistencia.

—El del señor —farfulló Davydka, alzando una mirada tímida e interrogadora.

—¿Y de dónde viene el trigo del señor? Piensa un poco, ¿quién ha arado la tierra?, ¿quién la ha sembrado?, ¿quién la ha cosechado? Los campesinos, ¿no? Pues entonces hay que dar más a quienes más han trabajado, y tú eres quien menos ha trabajado. De ti se quejan también en la prestación: eres quien menos se empeña y quien más trigo solicita al señor. ¿Por qué debería dártelo a ti y no a otros? Si todos estuvieran

echados como tú, hace mucho que todo el mundo se habría muerto de hambre. Hay que trabajar, amigo, si no, las cosas no funcionan. ¿Me oyes, Davyd?

—Lo que usté mande —balbució lentamente entre dientes.

X

En ese momento pasó frente a la ventana la cabeza de una mujer campesina que llevaba un montón de ropa en una palancana, y al cabo de un minuto entró en la isba la madre de Davydka, una mujer alta que a la sazón contaría poco más de cincuenta años, todavía lozana y llena de vida. Su rostro, cacarañado y lleno de arrugas, no era bello, pero su nariz recta, sus labios finos y apretados y sus rápidos ojos grises hablaban de inteligencia y energía. Los hombros angulosos, el pecho plano, los brazos enjutos y los desarrollados músculos en las piernas desnudas y morenas atestiguaban que hacía mucho tiempo que había dejado de ser mujer para convertirse únicamente en una trabajadora. Entró resuelta en la isba, entrecerró la puerta, se arregló la falda y miró con enojo a su hijo.

Nejliúdov le quiso decir algo, pero ella le dio la espalda y comenzó a persignarse frente al icono de madera ennegrecida que asomaba por detrás del telar. Cuando terminó, se arregló la sucia tela a cuadros que cubría su cabeza e hizo una profunda reverencia delante del barin.

—Buen domingo, Su Excelencia —dijo—, Dios te guarde, padre nuestro...

La confusión de Davydka al ver a su madre fue evidente. Inclinó la espalda un poco más y dejó caer más la cabeza.

—Gracias, Arina —respondió Nejliúdov—. Acabo de estar hablando con tu hijo de su economía.

Arina, o como la llamaban los campesinos en la aldea antes de que se casara, Arishka Burlak, apoyó el mentón sobre su puño derecho y el codo derecho en la palma de su mano izquierda y sin darle al barin tiempo de que terminara, se puso a hablar con un tono tan resuelto y un volumen tan alto que su voz retumbaba en toda la isba, tanto que en el patio podrían haber pensado que eran varias las voces femeninas que hablaban todas al mismo tiempo.

—¡Qué sentido tiene, padre mío, hablar con él! Es incapaz de hablar como persona. Mírelo nada más cómo está, parece un idiota —continuó ella haciendo con la cabeza un gesto de desprecio en dirección a la lamentable silueta maciza de Davydka—. ¡Mi economía! ¿Qué economía tengo, Padrecito-Su-Excelencia? Vivimos en la miseria, no hay en todo el caserío nadie que viva peor que nosotros: no tenemos nada ni para nosotros, ni para la comunidad, ¡es una vergüenza! Y todo por éste. Lo traje al mundo, le di de comer, le di de beber, no veía la hora de verlo hecho un muchacho. ¡Ay, y la vi! ¡Cómo la vi! De comer, come, pero lo que es trabajar, trabaja lo mismo que el tronco podrido ese de ahí. Lo único que sabe es estar echado sobre la estufa, o de pie rascándose su estúpida cabeza —dijo imitándolo—. Al menos tú podrías meterle un poco de miedo. Soy yo quien te lo pide: castígalo en nombre del Cielo o mándalo al ejército, ¡da igual! Yo ya no tengo fuerzas para batallar con él.

—Pero, ¿cómo no te da vergüenza llevar a tu madre a este estado, Davydka? —dijo Nejliúdov, dirigiéndose al campesino con un tono de reproche.

Davydka seguía inmóvil.

—Si por lo menos estuviera enfermo —con la misma viveza y los mismos gestos continuó Arina—, pero no, no hay más que verlo, parece un cerdo castrado saliendo del molino. Con lo gordo que está ya podría trabajar. Pero no, se pasa el día haraganeando sobre la estufa. Y cuando se pone a hacer alguna cosa, preferiría no verlo: ¡le pide permiso a un pie para mover el otro! —decía alargando las palabras y moviendo torpemente sus angulosos hombros—. Mire ahora, el viejo se ha ido al bosque a buscar leña seca y le pidió que mientras tanto cavara unos agujeros; pero qué va, ni siquiera ha cogido la pala. —Guardó silencio un momento...— ¡Me está llevando a la tumba, a mí, una pobre huérfana! —De pronto miró a su alrededor agitando violentamente los brazos mientras con gesto amenazador avanzaba hacia su hijo—. ¡Cabeza de chorlito! ¡Y que Dios me perdone! —Se giró hacia él con una expresión de desprecio y de desesperación al mismo tiempo, escupió y de nuevo se dirigió al señor con la misma animación y lágrimas en los ojos, sin dejar de agitar los brazos—. Es que estoy sola, patrón. Mi viejo está enfermo, acabado, y también es un bueno para nada, estoy sola, sola. Hasta una piedra se rajaría. Ojalá la palmara yo pronto, sería un alivio: sería el final. ¡Ha acabado conmigo el canalla! ¡Padre nuestro! ¡No tengo ya fuerzas! Mi nuera se dejó la vida trabajando, ¡y a mí me pasará lo mismo!

XI

—¿Cómo que se dejó la vida trabajando? —preguntó incrédulo Nejliúdov.

—Fue el esfuerzo, Dios es testigo, el que la mató. La trajimos hace dos años de Baburin —continuó, cambiando de pronto su expresión de enfado por otra de compungido llanto—. Era una campesinota joven, fresca, apacible, querido amo. En su casa, en casa de su padre, con un montón de cuñadas, vivía con holgura, no conocía la necesidad, pero en cuanto llegó aquí, supo lo que era trabajar en el campo, en la casa y en todos lados. Ella y yo solas, no había más. ¿Yo qué? Yo estoy acostumbrada, pero ella sí que lo pasaba mal, patrón, y encima preñada. Y con todo, trabajaba siempre con ahínco hasta que un día, pues, se derrumbó la pobrecita. Ese verano tuvo la desgracia de parir un varoncito para la festividad de San Juan, y pues no había trigo, apenas comíamos, patrón, y se nos echó encima la época del trabajo inaplazable, y sus pechos se secaron. Era el primer niñito, y no teníamos vaca, y además nosotros somos campesinos, ¡no lo íbamos a alimentar con biberón! Y ya conoce a las mujeres y sus boberías, esto la mortificaba todavía más. Y pues cuando murió el chiquito, ya no se recuperó de esa pena, lloraba y lloraba, y gritaba y se lamentaba, y encima la miseria, y encima el trabajo, y ella cada vez iba a peor: se desmejoró mucho durante el verano, la pobrecita, y murió para la Asunción. ¡Este monstruo acabó con ella! —dijo, dirigiéndose de nuevo hacia su hijo con una rabia desesperada...— Lo que yo quería pedirte, Su Excelencia —continuó

después de un instante de silencio, bajando la voz y haciendo una reverencia...

—¿Qué? —preguntó distraído Nejliúdov, alterado como estaba por el relato de ella.

—Es que, pues él todavía es un campesino joven. Y de mí ya no se puede esperar trabajo. Hoy estoy viva, mañana no. ¿Y cómo saldrá adelante sin esposa? ¿Qué campesino va a ser así para ti? Échanos la mano, patrón.

—¿Lo que quieres es casarlo? ¿Por qué no? ¡Me parece bien!

—Haznos ese favor, en nombre de Dios; tú eres nuestro padre y nuestra madre.

Le hizo una señal a su hijo y ambos cayeron a los pies del barin.

—¿Por qué te pones de rodillas? —dijo Nejliúdov, levantando los hombros con enojo—. ¿No me lo puedes pedir de otra manera? Ya sabes que eso no me gusta. Casa a tu hijo, no tengo nada en contra; al contrario, si ya tienes alguna muchacha vista, me alegra que lo hagas.

La anciana se levantó y con la manga de la camisa se puso a enjugarse sus secos ojos. Davydka siguió su ejemplo, se restregó los ojos con su fofo puño y en la misma actitud paciente y sumisa se puso a escuchar lo que decía Arina.

—Novias hay, ¡cómo no iba a haber! Ahí está Vasiutka Mejeikina, no es mala muchacha, pero sin tu consentimiento no accederá.

—¿O sea que no está de acuerdo?

—No, buen patrón, ¡como si fuera a casarse por gusto!

—¿Y qué podemos hacer? Yo no la puedo obligar; busquen

otra: si no hay en la aldea, encuéntrenla en otro pueblo; la compraré, pero a condición de que se case por gusto, porque no se puede obligar a nadie a que se case. No hay una ley que lo diga, pero es un pecado, y muy grande.

—¡Eh, patrón! ¿Quién va a querer casarse viendo la miseria en que vivimos? Ni la última soldada[12] querría echarse encima una pobreza como la nuestra. ¿Qué campesino querrá darnos a su hija? ¡Ni el más desesperado! Saben que vivimos en la inopia, peor que en la indigencia. "A una ya la dejaron morir de hambre —dirán— y a la mía le pasará lo mismo." ¿Quién querrá darnos a su hija? —añadió moviendo la cabeza con incredulidad—. Date cuenta tú mismo, Excelencia.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Échanos una mano, patroncito querido —repitió con tono persuasivo Arina—, ¿qué podemos hacer nosotros?

—¿Qué mano quieren que les eche? No puedo hacer nada por ustedes en este caso.

—¿Quién si no tú nos puede sacar de este atolladero? —dijo Arina, dejando caer la cabeza y extendiendo los brazos a los lados en un gesto de desconsolada perplejidad.

—Me pidieron trigo, daré orden de que se los den —dijo el barin después de unos segundos de silencio, durante el cual Arina suspiraba y Davydka la imitaba—. No puedo hacer nada más.

Nejliúdov salió de la isba. La madre y el hijo salieron detrás, haciendo reverencias.

[12] Esposa o viuda, en general con mala reputación, del campesino que había sido enviado al servicio militar durante veinticinco años.

XII

—¡Oh, qué desamparo el mío! —dijo Arina, suspirando pesadamente.

Se detuvo y le lanzó a su hijo una mirada enfurecida. Davydka en ese momento se dio la media vuelta y, franqueando el umbral con su gorda pierna calzada en un *lapti* enorme y mugriento, desapareció por la puerta opuesta.

—¿Qué voy a hacer con él, padre? —continuó Arina, dirigiéndose al barin—. ¡Acabas de ver por ti mismo cómo se porta! No es un mal chico, no es borracho ni peleonero, no le haría daño a un niño, sería mentira acusarlo de eso: no se le puede reprochar nada, sabe Dios qué le habrá pasado para que se haga tanto daño a sí mismo. Él es el primero en pasarlo mal. Me creas o no, padrecito, se me parte el corazón cuando veo qué mal lo pasa. Él será como sea, pero yo lo llevé en las entrañas: ¡lo compadezco, ay, cómo lo compadezco! No es que haga nada en contra de mí o de su padre o de las autoridades, es un muchacho miedoso, podríamos decir un niño pequeño. ¿Cómo va a vivir si se queda siempre viudo? Échanos una mano, patrón —repetía intentando borrar la mala impresión que sus insultos podían haber causado en el barin—. Yo, Padrecito-Su-Excelencia —continuó en una especie de murmullo confidencial—, no sabe la de vueltas que le he dado a esto, así, así: no entiendo por qué es así. Lo único que se me ocurre es que me lo hayan echado a perder las malas gentes. —Guardó silencio un momento—. Si encontráramos a alguien, lo podríamos curar.

—¡Qué tonterías estás diciendo, Arina! ¿Cómo se puede echar a perder a alguien?

—¡Por supuesto que se puede, patrón, y echarlo a perder de tal manera que jamás vuelva a ser persona! ¡No falta la gente mala! Por pura maldad agarra un puñado de la tierra de usted... o lo que sea... y ahí tiene que no vuelve a ser persona, dicho y hecho. A veces pienso si no me convendría ir a ver a Dunduk, el viejo, el que vive en Voroviovka: él sabe muchos hechizos, y sabe de muchas yerbas, y quita el mal de ojo, y hasta saca agua de la cruz; ¿me lo podrá curar? —decía la mujer—, quién quita y me lo cura.

"Esto es la miseria y la ignorancia", pensaba el joven terrateniente mientras caminaba a grandes pasos por la aldea, con la cabeza gacha. "¿Qué hacer con él? Dejarlo en la situación en la que está no es posible ni para mí, ni por el ejemplo que da, ni por él mismo", se decía, enumerando estas razones con los dedos de la mano. "Me duele verlo en esta situación, pero ¿cómo puedo ayudarlo a salir? Es capaz de acabar con mis mejores planes para la economía rural. Mientras queden campesinos como éste, mis sueños no se realizarán", pensó con despecho y rabia contra el campesino por la destrucción de sus planes. "¿Mandarlo a alguna colonia de trabajo, como dice Yákov, sabiendo que él mismo no quiere estar bien, o al servicio militar? Bueno, quizá sí, al menos me lo habré sacado de encima y además lo habré sustituido por un buen campesino", pensaba.

Pensaba en eso con gusto; sin embargo, al mismo tiempo tenía una vaga conciencia de estar pensando sólo con un lado de la inteligencia. Algo no funcionaba. Se detuvo. "A ver, ¿qué

estoy pensando?, se dijo a sí mismo, ah sí, el servicio militar o la deportación. ¿Por qué? Es un buen hombre, mejor que muchos otros, y además, cómo se yo... ¿Darle la libertad?, pensó viendo la cuestión ya no sólo con un lado de la inteligencia, como antes, es injusto, y además es imposible." Pero de pronto se le ocurrió una idea que le procuró un gran júbilo; sonrió con la expresión de una persona que ha encontrado la solución a un problema difícil. "Tomarlo como criado, se dijo, y observarlo personalmente; a base de buen trato y exhortación, eligiendo bien las tareas que se le encomienden, acostumbrarlo al trabajo y corregirlo."

XIII

"Eso voy a hacer", pensó Nejliúdov con regocijo, satisfecho de sí mismo y recordando que aún debía pasar a ver al rico campesino Dutlov, tomó el camino de una isba grande y espaciosa con dos chimeneas, que se encontraba en medio de la aldea. Cuando ya estaba cerca, al pasar frente a la isba vecina, se encontró con una aldeana de unos cuarenta años, alta y vestida sin ninguna elegancia, que venía en dirección contraria.

—Buen domingo, padrecito —dijo la mujer sin ningún empacho deteniéndose junto a él e inclinándose con una alegre sonrisa en la cara.

—Buenos días, nodriza —respondió él—, ¿cómo estás? Yo voy a ver a tu vecino.

—Qué bien, Padrecito-Su-Excelencia, buena cosa. Y por nuestra casa, ¿no pasará? ¡A mi viejo le daría mucho gusto verlo!

—Pues entonces pasaré y así podremos conversar, nodriza. ¿Ésta es tu isba?

—Esta misma, padrecito.

Y la nodriza corrió adelantándose. Nejliúdov la siguió, y una vez que estuvo dentro, se sentó en una cubeta volteada al revés, sacó un cigarro y lo encendió.

—Dentro hace mucho calor; mejor nos sentamos aquí y aquí platicamos —respondió a la invitación que la nodriza le hacía de entrar en la isba. La nodriza era una mujer todavía joven y bonita. Los rasgos de su cara, y sobre todo sus grandes ojos negros, eran muy parecidos a los del barin. Cruzó los brazos por encima del delantal y, mirando al barin con audacia y moviendo la cabeza constantemente, se puso a hablar con él:

—¿Y para qué, padrecito, va a ver a Dutlov?

—Quiero que me alquile algo de tierra, unas treinta *desiatinas*,[13] y que las explote él por su cuenta. Y también quiero proponerle que compremos juntos algo de bosque. Él tiene dinero, ¿por qué no ponerlo en circulación? ¿Qué te parece, nodriza?

—¿Qué te puedo decir? Ya se sabe que los Dutlov son gente pudiente; yo creo que es el campesino más boyante de toda la aldea —respondió la nodriza moviendo la cabeza—. Este año construyeron con su propia madera, sin solicitar la ayuda del señor, una segunda isba. Tienen caballos, sin contar a los potrillos y a todos los caballos jóvenes, han de tener como

[13] Una *desiatina* equivalía más o menos a una hectárea.

para unas seis troikas. ¡Y ganado! Cuando las vacas y las ovejas vuelven de los campos y las mujeres salen para hacerlas entrar en el establo, las ves apelotonarse tanto en la entrada que aquello es una desgracia; y bueno, de las abejas ni te cuento, han de tener unas doscientas colmenas, si no es que más. Es un campesino de veras pudiente, y seguro tiene dinero.

—¿Crees que tenga mucho dinero? —preguntó el barin.

—La gente dice, ya sabes, a lo mejor por pura envidia, que el viejo tiene su buen guardadito; pero claro que él no lo anda pregonando, ni siquiera a sus propios hijos se lo dice, pero sí, seguro que sí ha de tener. ¿Por qué no iba a querer comprar bosque? Sólo si le diera miedo que se hable de su dinero. Ha de hacer unos cinco años se asoció con Shkalik el posadero para alquilar unos prados. Éste le empezó a pedir de poquito en poquito, yo creo que lo engañó, y el viejo perdió unos trescientos rublos, y desde entonces ya no anda en eso. Pero cómo no va a estar boyante, Padrecito-Su-Excelencia —continuó la nodriza—, si vive en tres tierras, tiene una familia grande, todos trabajan, y el viejo, todo hay que decirlo, sabe llevar muy bien su casa. Está en todo, tanto que la gente se maravilla: se preocupa del trigo, de los caballos, del ganado y de las abejas, y también de la felicidad de sus hijos. Los ha casado a todos. A los mayores con muchachas de la aldea, y hace poco casó a Iliusha con una campesina libre, él mismo la compró. Y también resultó una buena mujer.

—¿Y se llevan bien? —preguntó el barin.

—Cuando hay un buen cabeza de familia, las cosas funcionan bien. Basta con ver a los Dutlov. Aunque ya sabe lo que son

las mujeres; las nueras a veces se dan sus agarrones junto al fogón, pero todo el mundo obedece al viejo y los hijos viven en paz.

La nodriza guardó silencio un momentito.

—Ahora el viejo, dicen, quiere poner al frente de la casa a Karp, su hijo mayor. "Ya me he hecho viejo, dice, mi lugar está con las abejas." Karp es un buen campesino, un campesino consciente, pero si se compara con el viejo, como patrón no vale. ¡No tiene su cabeza!

—¿O sea que tal vez Karp quiera ver lo de la tierra y los bosques? ¿Crees que pueda ser? —preguntó el barin deseando sacarle a la nodriza todo lo que supiera de los vecinos.

—No lo creo, padrecito —continuó la nodriza—, el viejo no le ha hablado al hijo de su dinero. Mientras esté vivo y él tenga el dinero, será él quien decida; además ellos se dedican más al acarreo.

—¿Y el viejo no querrá?

—Le dará miedo.

—¿De qué?

—Pero ¿cómo quiere, padrecito, que un campesino-siervo hable del dinero que tiene? De pronto algo se tuerce y adiós dinero. Ya le pasó así con Shkalik el posadero, quiso hacer un trato y salió quemado. ¡Y pues ni pensar en llevarlo a los tribunales! Así que el dinero se perdió. Si hubiera sido con el señor, estarían en paz las cosas.

—Sí, por eso... —dijo Nejliúdov ruborizándose—. Adiós, nodriza.

—Adiós, Padrecito-Su-Excelencia. Y muchas gracias.

XIV

"¿No sería mejor que volviera a casa?", pensó Nejliúdov casi a punto de llegar a la puerta de los Dutlov y con un vago sentimiento de tristeza y agotamiento moral.

Pero justo en ese momento, la flamante puerta de madera se abrió dando un chirrido frente a él, y un muchacho, que no debe haber tenido más de dieciocho años, rubio, de sonrosadas mejillas y vestido de cochero, apareció llevando el tiro de una troika de caballos de piernas fuertes, sudorosos aún y desgreñados. El muchacho, tras sacudir impetuoso su rubia cabellera, se inclinó delante del señor.

—Dime, Iliá, ¿está tu padre en casa? —preguntó Nejliúdov.

—En las colmenas, detrás del patio —respondió el muchacho, haciendo que los caballos se introdujeran de uno en uno por la puerta entreabierta.

"Debo mantenerme firme, se lo voy a proponer, haré cuanto de mí dependa", pensó Nejliúdov y, dejando que pasaran los caballos, entró en el espacioso patio de Dutlov. Se veía que no hacía mucho que se habían llevado el estiércol del patio: la tierra todavía estaba negra, húmeda, y en algunos lugares, sobre todo junto a la puerta, había unas bolas rojas y fibrosas. En el patio, al resguardo de los altos aleros, había una hilera de carretas, arados, trineos, rastrillos, cubetas y demás utensilios del quehacer campesino; las palomas revoloteaban y zureaban en la sombra, debajo de los anchos y sólidos cabrios; olía a estiércol y a alquitrán. En un rincón del patio, Karp e Ignat estaban poniéndole un asiento nuevo a una carreta

grande, recubierta de hierro y tirada por tres caballos. Los tres hijos de Dutlov se parecían mucho. El menor, Iliá, el que se había encontrado con Nejliúdov en la puerta, no tenía barba todavía, era un poco más bajo de estatura, de mejillas más coloradas e iba mejor vestido que los mayores; el segundo, Ignat, era más alto, más oscuro de piel, tenía una barba en punta, y aunque también llevaba botas, una camisa de cochero y una gorra de fieltro, no tenía el aspecto festivo y despreocupado de su hermano menor. El mayor, Karp, era todavía más bajito, iba calzado con *lapti* y llevaba puesto un caftán gris y una camisa sin sobaqueras, tenía una barba espesa y pelirroja y un aire no sólo serio, sino casi triste.

—¿Quiere que mandemos a buscar a papá, Su Excelencia? —dijo, acercándose al barin y haciendo una ligera y torpe reverencia.

—No, yo mismo iré a buscarlo al colmenar, aprovecharé para ver lo que ha hecho; pero quisiera hablar contigo un momento —dijo Nejliúdov, dirigiéndose hacia el lado opuesto del patio, para que Ignat no pudiera escuchar lo que quería decirle a Karp.

El aplomo y cierta arrogancia, perceptible en las maneras de estos dos campesinos, aunadas a lo que le había dicho la nodriza, desconcertaban a tal punto al joven barin, que le costaba trabajo decidirse a hablar con ellos del supuesto asunto. Tenía una sensación como de culpabilidad y le resultaba más fácil hablar con uno de los hermanos, sin que el otro escuchara. Karp pareció sorprenderse de que el barin lo llevara a un lado, pero lo siguió.

—Se trata de lo siguiente —comenzó Nejliúdov, vacilando—. Te quería preguntar si tienen muchos caballos.

—Como para cinco troikas, y además están los potros —respondió Karp muy desenvuelto, rascándose la espalda.

—¿Y tus hermanos van al correo?

—El correo lo repartimos en tres troikas, e Iliusha se dedica al acarreo; acaba de llegar.

—¿Y les sale a cuenta? ¿Cuánto ganan haciendo esto?

—¿A cuenta, Su Excelencia? Nos alcanza para comer nosotros y que coman los caballos, y ya nos damos de santos.

—¿Y por qué no se dedican a otra cosa? Podrían comprar madera o alquilar tierra.

—Por supuesto, Su Excelencia que podríamos alquilar tierra, si la hubiera por aquí.

—Pues miren qué les quiero proponer: en vez de dedicarse al acarreo y tener apenas lo suficiente para alimentarse, ¿por qué no me alquilan unas treinta *desiatinas* de tierra? Les puedo arrendar la parcela que tengo detrás de Sapov para que la trabajen.

Y Nejliúdov, dejándose llevar por el proyecto de una granja campesina, que tantas veces se había repetido a sí mismo, transformándolo y perfeccionándolo, ya sin trastabillar se puso a explicárselo al campesino.

Karp escuchaba al barin con mucha atención.

—Le estamos muy mucho agradecidos —dijo, una vez que Nejliúdov acabó de hablar y se le quedó mirando en espera de una respuesta—. Por supuesto que no hay nada de malo en eso. Para un campesino es mejor laborar la tierra que andar

viajando látigo en mano. Eso de vivir siempre entre extraños y de ver a todo tipo de gente acaba por echarnos a perder. Lo mejor para un campesino es cultivar la tierra.

—Y entonces, ¿qué opinas?

—Mientras mi padre esté vivo, Su Excelencia, ¿qué importa lo que yo opine? Quien decide es él.

—Llévame al colmenar, voy a hablar con él.

—Por aquí, por favor —dijo Karp, dirigiéndose lentamente hacia la troje del fondo. Abrió una puertecita baja que conducía al colmenar y, haciendo pasar al barin antes de volver a cerrarla, regresó hasta donde estaba Ignat y retomó el trabajo interrumpido.

XV

Nejliúdov se agachó, pasó por la puerta baja, caminó a la sombra del alero y llegó al colmenar que se encontraba al fondo del patio. El reducido espacio, cercado por una verja de paja trenzada, en el que se encontraban simétricamente colocadas las colmenas tapadas con trozos de tablas, alrededor de las que revoloteaba ruidosa una nube dorada de abejas, estaba bañado por los rayos radiantes y ardientes del sol de junio. Desde la puertecita salía un sendero que llevaba al centro del colmenar, en el que se levantaba una pequeña construcción de madera coronada por un icono chiquito de lámina de metal que refulgía al sol. Unos cuantos tilos jóvenes, cuyos troncos se elevaban muy erguidos por encima de la techumbre de paja

del patio vecino, balanceaban sus rizadas cimas dejando oír el ligero rumor de su fresco follaje verde oscuro que acompañaba al zumbido de las abejas. Todas las sombras, la de la verja de paja, las de los tilos y la de las colmenas tapadas con tablas, caían cortas y negras sobre la yerba fina y rizada que crecía entre las colmenas. Entre los tilos, cerca de la puerta del pequeño cobertizo de tablas cubierto de paja fresca, se veía la silueta menuda y encorvada del viejo, calvo con una corona de pelo cano que brillaba al sol. Al oír el chirrido de la puerta, el viejo se giró y, limpiándose con el faldón de la camisa la cara curtida y sudorosa, se echó a andar en dirección del barin con una sonrisa que denotaba mansedumbre y contento.

El colmenar era de verdad acogedor y transmitía una muy grande sensación de bienestar, alegría, serenidad, transparencia... la figura del viejo que con sus canas y sus innumerables arrugas como rayos alrededor de los ojos, sus pies desnudos metidos en unas botas anchas y el rostro iluminado por una sonrisa bonachona y satisfecha daba la bienvenida al barin a sus dominios exclusivos, era tan afectuosamente sencilla que Nejliúdov se olvidó al instante de las penosas impresiones de aquella mañana y su tan acariciado sueño se le representó de nuevo muy vivamente. Ya veía a todos sus campesinos igual de ricos y benévolos que el viejo Dutlov, sonriéndole cariñosos y alegres porque a él y sólo a él le debían su riqueza y su felicidad.

—¿No quiere una red, Su Excelencia? Las abejas son malas en esta época, pican —dijo el viejo, descolgando de la verja un sucio saco de tela, cosido a un armazón de corteza de tilo, y

ofreciéndoselo al barin—. A mí las abejas me conocen, no me pican —añadió con una sonrisa humilde que casi nunca desaparecía de su bronceado rostro.

—No, si usted no la necesita, yo tampoco. Dígame una cosa, ¿ya comienzan a enjambrar? —preguntó Nejliúdov sonriendo sin saber por qué.

—Lo que es a enjambrar, padrecito Mitri Mikoláich —respondió el viejo, poniendo una ternura especial en esto de llamar al barin por el nombre y el patronímico—, apenitas se están preparando. La primavera ha sido fría, ya lo sabe usted.

—Leí en un libro —empezó Nejliúdov ahuyentando a una abeja que se le había enredado en los cabellos y le zumbaba justo al lado de la oreja—, que si las celdillas están en vertical, como las varillas, la abeja enjambra antes. Para eso se hacen una especie de colmenas con tablas... como con travesaños...

—Por favor, no tenga a bien ahuyentarlas, es peor —dijo el viejito—, ¿de verdad no quiere una red?

A Nejliúdov le hacían daño, pero una especie de amor propio infantil le impedía reconocerlo y, rechazando una vez más la red, continuó relatándole al viejo cómo estaban colocadas aquellas colmenas sobre las que él había leído en la *Maison rustique* y que, en su opinión, debían enjambrar dos veces más; pero una abeja le picó en el cuello, se distrajo y perdió el hilo en plena explicación.

—Así justo es, padrecito Mitri Mikoláich —dijo el viejo con un tono de condescendencia paternal en relación con el barin—, así como dice el libro. Pero a lo mejor escribieron eso a propósito, para que, digamos, uno haga las cosas como ellos dicen, y

luego tengan de qué reírse. ¡A veces pasa! ¿Acaso se les puede enseñar a las abejas dónde deben de fijar sus celdillas? Son ellas las que escogen en el cuadro, unas veces de través, otras derechito. Mire, sírvase ver —añadió alzando uno de los cuadros que tenía más cerca y asomándose por la abertura cubierta de abejas que zumbaban pegadas a las celdillas oblicuas—, éstas son jóvenes; tienen a la abeja reina a la cabeza, y hacen sus celdillas o bien rectas o bien sesgadas, como les acomode mejor en el cuadro —decía el viejito, dejándose llevar por el tema que tanto le gustaba y sin darse cuenta de lo que al barin le ocurría—. Mire, ahora traen el polen; el día es cálido, se puede ver todo —añadió, volviendo a cerrar la colmena, y empujando con un trapo a una abeja que se había quedado fuera y después arrastrando con la tosca palma de su mano algunas abejas que se habían posado sobre su arrugado cuello. Las abejas no lo picaban; en cambio Nejliúdov apenas lograba contener las ganas de salir corriendo del colmenar; las abejas lo habían picado en tres lugares distintos y zumbaban todo alrededor de su cabeza y de su cuello.

—¿Tiene usted muchos panales? —preguntó, encaminándose ya a la puerta.

—Los que Dios me dio —respondió Dutlov, con una sonrisa irónica—, no hay que contarlas, padrecito: a las abejas no les gusta. Oiga, Su Excelencia, le quería pedir un gran favor —continuó señalando los panales delgaditos que estaban al lado de la verja—, se trata de Ósip, el marido de la nodriza; si pudiera ordenarle que... no está bien portarse como él se porta en su propia aldea, es feo.

—¿Qué hace feo?... ¡Ay, cómo pican! —respondió el barin, ya con la mano puesta en la manija de la puerta.

—Pues es que desde hace casi un año deja que sus abejas se metan en las colmenas de las mías, de las jóvenes. Cuando las mías deberían reponerse, llegan las otras y les quitan la cera y les estropean el trabajo —decía el viejo, sin reparar en los aspavientos del barin.

—De acuerdo, luego; ahora... —articuló Nejliúdov y, no pudiendo aguantar más, espantando las abejas con ambas manos, salió corriendo por la puerta.

—Frótate con tierra y se te pasará —dijo el viejo, saliendo al patio como acababa de hacerlo el barin.

Nejliúdov se frotó con tierra ahí donde las abejas lo habían picado y, ruborizándose, echó una mirada hacia Karp e Ignat, que no lo estaban viendo y, malhumorado, se enfurruñó.

XVI

—Lo que le quería pedir para los muchachos, Su Excelencia —dijo el viejo sin darse cuenta o fingiendo no darse cuenta del aire de furia del barin.

—¿Qué es?

—Pues es que, lo que es caballos, gracias a Dios, sí tenemos, y también tenemos un obrero, así que la prestación personal no nos preocupa.

—¿Y entonces?

—Si usted quisiera hacernos el favor de condonarles el tributo,

Iliusha e Ignat, con tres troikas, podrían dedicarse al acarreo durante todo el verano: a lo mejor podrían ganar algo de dinero.

—¿Adónde van a ir?

—Asegún —intervino Iliusha que, en ese momento, después de haber atado a los caballos bajo el alero, se acercaba a su padre—. Los muchachos de Kadm se fueron con ocho troikas a Romny,[14] y asegún dicen ganaron para vivir y encima trajeron unos treinta rublos por troika; o a Odest[15] donde, por ahí dicen que el forraje no es caro.

—Justo de eso quería yo hablar contigo —dijo el barin, dirigiéndose al viejo e intentando encontrar una manera hábil de tratar con él el tema de la granja—. Dime, por favor, ¿tiene más ventajas dedicarse al acarreo que trabajar la propia tierra?

—¡Muchas más, Su Excelencia! —de nuevo intervino Iliá, sacudiendo con ímpetu su cabellera—, en casa no hay con qué alimentar a los caballos.

—¿Y cuánto ganas durante el verano?

—Pues ahora en primavera, y el forraje estaba bien caro, llevamos mercancías a Kiev, luego en Kursk cargamos cereales para Moscú, y eso nos dio para vivir nosotros y para alimentar a los caballos, y encima llegué con quince rublos.

—No está mal dedicarse a un oficio honesto, sea el que sea —dijo el barin dirigiéndose de nuevo al viejo—, pero yo creo que se podría encontrar otra ocupación; además, este trabajo

[14] En Ucrania. Importante encrucijada de rutas comerciales hacia los puertos del Mar Negro.

[15] Deformación de Odesa, el puerto ruso más grande del Mar Negro.

hace que un muchacho joven ande por todos lados, que vea todo tipo de cosas, y puede echarse a perder —añadió repitiendo las palabras de Karp.

—¿Y a qué otra cosa se puede dedicar un campesino si no es al acarreo? —refutó el viejo con su dulce sonrisa—. Cuando el viaje es bueno, uno come abastanza, los caballos comen abastanza; y en cuanto a eso de echarse a perder, no es el primer año que mis hijos han rodado por los caminos, yo mismo he viajado y nunca vi nada malo, puras cosas buenas.

—Hay un montón de cosas de las que podrían ocuparse en la propiedad: la tierra, los prados...

—¡Pero cómo se le ocurre, Su Excelencia! —rebatió animado Iliusha—. Nosotros hemos nacido aquí, con todo esto, conocemos las reglas, sabemos bien de qué se trata, pero lo que más nos gusta, Su Excelencia, es andar viajando por los caminos.

—Háganos el honor, Su Excelencia, ¿no quiere pasar? Aún no se ha dignado visitar nuestra nueva isba —dijo el viejo haciendo una profunda reverencia y guiñándole un ojo a su hijo. Iliusha salió corriendo hacia la isba y Nejliúdov, acompañado del viejo, lo siguió.

XVII

Al entrar en la isba, el viejo hizo una nueva reverencia, con el faldón de su caftán limpió el banco que estaba en la esquina más próxima y, sonriendo, preguntó:

—¿Qué le puedo ofrecer, Su Excelencia?

La isba era blanca[16] (con chimenea), espaciosa, con tapancos y catres. Los troncos de álamo, todavía frescos, entre los cuales aún podía verse el musgo recientemente marchitado, no habían tenido tiempo de ennegrecerse; los bancos y los tapancos todavía no estaban pulidos, y el suelo no había recibido golpes todavía. Una campesina joven, flacucha, de cara alargada y aire pensativo, la mujer de Iliá, estaba sentada en un catre meciendo con el pie una cuna que colgaba del extremo inferior de una pértiga suspendida del techo. En la cuna, con los ojitos cerrados y los brazos extendidos, respirando muy quedito, dormía un niño de pecho; otra, una campesina corpulenta y de cachetes colorados, la mujer de Karp, picaba cebolla frente a la estufa sobre un cacharro de madera y con las mangas arremangadas hasta los codos, dejaba al descubierto sus manos bronceadas sólo hasta la muñeca. Una mujer encinta, de pie junto a la estufa, se cubría el rostro cacarañado con la manga de su camisa. En la isba, además del calor del sol, hacía calor por la estufa y el olor a pan recién horneado era muy fuerte. Desde el tapanco, las cabecitas rubias de dos niños y una niña que se habían trepado ahí en espera de la comida, miraban con curiosidad hacia abajo, al barin.

Nejliúdov se alegraba de ver tanta abundancia pero, al mismo tiempo, por alguna razón se sentía cortado frente a las mujeres y a los niños que no dejaban de mirarlo. Se sentó en el banco, ruborizándose.

[16] Por oposición a la isba negra, en la que el humo se evacua directamente a través de un orificio en el techo.

—Ofréceme un trocito de pan caliente, me gusta —dijo y se ruborizó aún más.

La mujer de Karp cortó un trozo grande de pan y lo puso en un platito para dárselo al señor. Nejliúdov guardó silencio sin saber qué decir; las mujeres también guardaban silencio; el viejo sonrió dulcemente.

"¿De qué me avergüenzo? Es como si fuera culpable de algo, pensó Nejliúdov, ¿por qué no les propongo lo de la granja? ¡Qué tontería!" Pero siguió sin proferir palabra.

—¿Y entonces, padrecito Mitri Mikoláich, qué ordena para mis hijos? —preguntó el viejo.

—Lo que yo te aconsejaría es que no los dejaras irse, que les encontraras aquí un trabajo —dijo Nejliúdov de pronto, llenándose de valor—. ¿Sabes qué se me ha ocurrido para ti? Que compres a mitades conmigo una parcela del bosque público y algo de tierra...

La dulce sonrisa desapareció del rostro del viejo.

—¡¿Cómo, Su Excelencia?! ¡¿Con qué dinero quiere que los compre?! —interrumpió al barin.

—Una parcela pequeña, de unos doscientos rublos —observó Nejliúdov.

El viejo sonrió molesto.

—Estaría de acuerdo, si los tuviera, ¿por qué no la iba a comprar? —dijo.

—¿Acaso no tienes ese dinero? —preguntó con reproche el barin.

—¡Oh, Padrecito-Su-Excelencia! —con un dejo de tristeza en la voz respondió el viejo, mirando hacia la puerta—, me

contento con alimentar a la familia, ¡no estamos para comprar bosques!

—Pero si tienes dinero, ¿por qué no lo inviertes? —insistía Nejliúdov.

El viejo de pronto sintió una gran inquietud; sus ojos brillaron, sus hombros se sacudían.

—Quién sabe lo que la mala gente le habrá dicho de mí —dijo con voz temblorosa—, pero Dios es testigo —siguió, animándose cada vez más y volviendo los ojos hacia el icono—: que me revienten los ojos, que me trague la tierra si tengo algo más, aparte de los quince rublos que trajo Iliusha, y todavía hay que pagar la capitación; usted ya sabe: construimos una isba.

—Bueno, está bien, está bien —dijo el barin levantándose del banco—. Me despido, adiós.

XVIII

"¡Dios mío! ¡Dios mío!, pensaba Nejliúdov caminando a grandes pasos a lo largo de las alamedas sombreadas del parque invadido de vegetación, y arrancando distraídamente las hojas y las ramitas con las que se topaba por el camino, ¿será posible que todos mis sueños sobre el objetivo y las obligaciones de mi vida no sean sino un absurdo? ¿Por qué me siento mal, triste, como si estuviera descontento de mí mismo? Yo, que imaginaba que una vez hallado el camino, continuamente experimentaría la plenitud de ese sentimiento de satisfacción moral que me invadió cuando por primera

vez se me ocurrieron estas ideas..." Y de una manera muy viva y clara llevó su imaginación hasta ese minuto de felicidad que había tenido hacía ya más de un año.

Se levantó muy temprano por la mañana, antes que todos en casa, y dolorosamente inquieto por esos secretos impulsos no expresados de la juventud, salió al jardín sin un objetivo concreto. De ahí fue al bosque y estuvo caminando solo en medio de esa naturaleza rebosante de energía y de savia, pero serena, del mes de mayo. Deambuló durante mucho rato, sin pensamientos, cautivo de un exceso de sentimiento que no sabía cómo expresar. Por momentos, con todo el encanto de lo desconocido, su joven imaginación le presentaba la imagen voluptuosa de una mujer, y a él le parecía que aquello era ese deseo no expresado. Pero otro sentimiento, más elevado, le decía *no, no es eso*, y de nuevo lo obligaba a buscar otra cosa. En otros momentos, su espíritu ardiente e inexperto, elevándose más y más alto en la esfera de la abstracción, parecía descubrirle las leyes de la existencia, y él se detenía en esos pensamientos con un deleite orgulloso. Pero de nuevo un sentimiento más elevado le decía *no, no es eso* y de nuevo lo obligaba a buscar y a inquietarse. Sin pensamientos y sin deseos, como siempre ocurre después de una actividad intensa, se acostó bocarriba debajo de un árbol y se puso a mirar las nubes transparentes de la mañana que corrían por encima de él en la infinitud del cielo azul. De pronto, sin ninguna razón, sus ojos se llenaron de lágrimas y, Dios sabe por qué caminos, tuvo un pensamiento muy claro que le colmó el alma y al que se aferró con deleite, el pensamiento de que el amor y el bien

eran la verdad y la felicidad, la única verdad y la única felicidad posibles en este mundo. Ningún sentimiento más elevado le decía *no, no es eso*; se levantó y se puso a comprobar este pensamiento. "¡Es eso! ¡Es eso! ¡Sí!", se decía con entusiasmo, midiendo todas sus convicciones anteriores, todas las realidades de la vida con esta verdad absolutamente nueva que le parecía estar descubriendo. "¡Qué tontería todo lo que yo sabía, en lo que creía y lo que amaba!", se decía a sí mismo. "El amor, la abnegación, ésa es la única verdadera felicidad, la que no depende del azar", se repetía sonriendo y agitando los brazos. Aplicando de todas las maneras posibles este pensamiento a la vida, y hallándole una confirmación tanto en la vida real como en la voz interior que le decía que era justamente *eso*, experimentaba un sentimiento, nuevo para él, de alegre emoción y entusiasmo. "Por lo tanto, debo hacer el bien para ser feliz", pensaba, y todo su futuro, ya no de una manera abstracta, sino en imágenes, bajo la forma de una vida de terrateniente rural, se dibujaba nítidamente ante sus ojos.

Veía frente a sí una inmensa carrera que duraría toda su vida, misma que él consagraría al bien y en la cual, por consiguiente, sería feliz. No tenía necesidad de buscar una esfera de actividad: ahí estaba, lo estaba esperando; tenía una obligación directa: tenía campesinos... ¡Y qué tarea tan noble y agradable imaginaba para sí mismo: "Actuar sobre esta clase de la población, simple, maleable, no echada a perder, sacarla de la pobreza, asegurarle un bienestar, transmitirle la instrucción que, por fortuna, yo tengo, corregir los vicios engendrados por la ignorancia y la superstición, desarrollar su sentido de

la ética, hacer que amen el bien! ¡Qué futuro brillante y dichoso! Y a cambio de todo esto, yo, que estaré haciéndolo por mi propia felicidad, me deleitaré con su gratitud, día con día veré cómo me acerco al objetivo que me he propuesto. ¡Futuro maravilloso! ¿Cómo he podido no verlo antes?

"Y además, pensaba al mismo tiempo, ¿quién me impide ser feliz por mí mismo amando a una mujer, disfrutando de la felicidad de la vida conyugal?" Y su imaginación juvenil dibujaba para él un futuro todavía más seductor: "Yo con mi mujer, a la que amo como nadie nunca ha amado a otro ser, viviendo en medio de esta apacible y poética naturaleza rural, con nuestros hijos y quizá también con mi vieja tía; tenemos el amor que nos profesamos, el amor que sentimos por nuestros hijos, y ambos sabemos que nuestra misión es el bien. Nos ayudamos mutuamente para conseguir ese fin. Yo me encargo en general de dar las órdenes, distribuyo las ayudas comunes conforme a la justicia, creo granjas, cajas de ahorro, talleres; y ella, con su linda cabecita va, en medio del barro, levantando su sencillo vestido blanco sobre su fino piececito, a la escuela, al hospital, a visitar al campesino desgraciado que según la justicia no merece ser ayudado, y en todos lados consuela, socorre... Los niños, los viejos, las mujeres la adoran y la consideran una especie de ángel, una providencia. Luego, cuando vuelve, no me dice que ha ido a ver al campesino desgraciado y le ha dado dinero, pero yo lo sé todo, y la abrazo con fuerza, y beso con fuerza y con ternura sus maravillosos ojos, sus mejillas que se ruborizan con pudor y sus labios rojos que sonríen".

XIX

"¿Dónde están estos sueños?", pensaba ahora el joven, de vuelta a casa después de todas sus visitas. "Hace ya más de un año que busco la felicidad por ese camino, ¿y qué he encontrado? A veces siento, es cierto, que puedo estar contento de mí; pero es una satisfacción seca, racional. Pero no, ¡lo que estoy es descontento de mí mismo! Estoy descontento porque no conozco la felicidad, y la deseo, anhelo fervientemente ser feliz. No conozco el placer y he apartado de mí todo lo que puede darlo. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Quién se beneficia con eso? ¡Qué razón tenía mi tía cuando me escribió que es más fácil encontrar la felicidad para uno mismo que dársela a los demás! ¿Acaso mis campesinos ahora son más ricos? ¿Han recibido instrucción o han crecido moralmente? Ni un poquito. Ellos no se han beneficiado y para mí todo es cada día más y más difícil. Si yo viera que mi empresa tiene éxito, si viera gratitud... pero no, todo lo que veo es una rutina errónea, el vicio, la desconfianza, el desamparo... En vano estoy perdiendo los mejores años de mi vida", pensó, y de pronto se acordó de que sus vecinos, según había oído decir a la nodriza, lo llamaban "el niñato"; que ya no le quedaba dinero en la caja local; que el día que por primera vez y delante de un gran número de espectadores había echado a andar la nueva máquina trilladora que él había inventado, ésta no había hecho sino soltar silbidos, sin trillar nada, para regocijo de los campesinos; que había que esperar de un día para otro la visita del juez de paz para lo del inventario de la propiedad, visita que él mismo había pospuesto, ocupado

como estaba en todo tipo de nuevas iniciativas agrícolas. Y de pronto se vio tan vivamente como antes había visto su paseo por el bosque y su sueño de llevar una vida como joven terrateniente de campaña, a la edad de dieciséis años en Moscú, muy tarde por la noche en su pequeña habitación de estudiante, alumbrada sólo por una vela, con su compañero de estudios y amigo adorado. Habían estado estudiando unas cinco horas seguidas, repasando los aburridos apuntes de derecho civil y, cuando terminaron, mandaron traer la cena, compraron entre los dos una botella de champán y se pusieron a hablar del futuro que les esperaba. ¡Cuán distinto veía el futuro el joven estudiante! En aquel entonces el futuro estaba lleno de placeres, de diversas actividades, de brillo, de éxitos y sin duda alguna los conduciría a ambos al bien supremo en el mundo: la gloria.

"Él va, y va rápido por ese camino, pensó Nejliúdov de su amigo, en cambio yo..."

Pero para ese momento ya había llegado al umbral de su casa, cerca del cual había una decena de campesinos y criados, esperando al amo para hacerle diversas peticiones, y tuvo que abandonar sus sueños para volver a la realidad.

Había una mujer campesina vestida de harapos, desgreñada y ensangrentada que, llorando, se quejaba de su suegro, quien, según decía, había querido matarla; había también dos hermanos que hacía poco más de un año se habían repartido la explotación de la hacienda y se miraban con una furia desesperada; había también un viejo criado de cabellos blancos y barba sin rasurar, con manos temblorosas por el alcohol, a quien su hijo, el jardinero, había llevado hasta el señor, que-

jándose de su comportamiento disipado; había también un campesino que había echado a su mujer de casa porque no había dado golpe en toda la primavera; y también estaba la esposa, una campesina enferma que, sollozando y sin decir ni una palabra, estaba sentada en la yerba junto al umbral, enseñando su pierna hinchada e inflamada, envuelta de cualquier manera en un trapo sucio...

Nejliúdov escuchó todas las peticiones y las quejas y, tras haber aconsejado a unos, apaciguado a otros y hecho promesas a los terceros, con un sentimiento en el que se mezclaba el cansancio, la vergüenza, la impotencia y el arrepentimiento, se dirigió a su habitación.

XX

En la pequeña habitación que ocupaba Nejliúdov había un viejo sofá de cuero, guarnecido con clavitos de cobre, varios sillones de ese estilo, una vieja mesa de juego con incrustaciones, refuerzos y engastada en cobre sobre la que había unos papeles, y un viejo y amarillento piano de cola inglés, abierto, con unas teclas estrechas y combadas. Entre las ventanas estaba colgado un espejo grande con un marco viejo de madera esculpida y dorada. En el suelo, cerca de la mesa, había pilas de papeles, libros y cuentas. En general, toda la habitación tenía un aspecto falto de carácter y de orden. Y este vivo desorden estaba en violento contraste con la severidad del mueblaje antiguo y señorial de las otras alcobas de la gran casa. Al entrar

en su habitación, Nejliúdov lanzó malhumorado su sombrero sobre la mesa y se sentó en la silla que estaba frente al piano, con la cabeza gacha y las piernas cruzadas.

—¿Va a desayunar, Su Excelencia? —le preguntó la mujer que entró en ese momento, vieja, alta, flaca, llena de arrugas, con una cofia, un pañuelo grande y un vestido azul.

Nejliúdov la miró unos instantes sin decir nada, como volviendo a la realidad.

—No, no quiero, nana —dijo y de nuevo se enfrascó en sus pensamientos.

La nana movió molesta la cabeza y suspiró:

—Eh, padrecito Dmitri Nikoláich, ¿por qué tan triste? Hay desgracias mucho peores, y todo pasa... de verdad...

—Pero si no estoy triste. ¿De dónde sacas eso, madrecita Malania Finogenovna? —respondió Nejliúdov, intentando sonreír.

—Cómo que no está triste, ¿acaso no me doy cuenta? —dijo la nodriza acalorada—, pasa un día y luego otro día y siempre está solito. Y encima todo se lo toma usted a pecho, se ocupa de todo usted mismo; casi hasta ha dejado de comer. ¿Lo encuentra razonable? Si por lo menos se diera una vuelta a la ciudad, o fuera a visitar a los vecinos; pero así, ¿dónde se ha visto? Con los años que tiene y ¡afligiéndose por todo! Con su permiso, padrecito, pero me voy a sentar —continuó la nana, sentándose cerca de la puerta—, lo que pasa es que les ha dado tanta manga ancha, que ya nadie le tiene miedo. ¿Acaso así se comportan los señores? No hay nada de bueno en eso: usté se hace daño y a la gente la echa a perder. Porque así es nuestro pueblo: no se da cuenta, de veras. Por lo menos

debería ir a visitar a su tía: tenía razón en su carta... —lo exhortó la nana.

Nejliúdov estaba cada vez más triste. Su mano derecha, apoyada sobre su rodilla, rozaba lánguidamente las teclas. Sonó un acorde, luego otro, y otro más... Nejliúdov se acomodó, sacó la otra mano de su bolsillo y se puso a tocar. Los acordes que tocaba eran a veces improvisados, incluso algo incorrectos, con frecuencia eran tan ordinarios que resultaban banales y no demostraban que tuviera ningún talento musical, pero hacer esto le procuraba una especie de deleite vago y triste. Cada vez que cambiaba de armonía, esperaba con el corazón en un puño qué saldría de aquello, y cuando salía algo, corregía mentalmente de modo instintivo lo que faltaba. Le parecía oír cientos de melodías: podía ser un coro o una orquesta, según la armonía. Pero lo que mayor placer le procuraba era la intensificada actividad de su imaginación, que en ese momento le presentaba sin ilación ninguna y de forma fragmentaria pero con una claridad sorprendente, imágenes y cuadros de lo más diversos, entremezclados y absurdos, tanto del pasado como del futuro. De pronto es la figura regordeta de Davydka-el-Blanco, parpadeando asustado con sus blancas pestañas a la vista del puño negro y nudoso de su madre, su espalda redondeada y sus enormes manos, cubiertas de blanca pelusa, que a las torturas y a las privaciones respondían mediante la paciencia y la sumisión al destino. O es la despabilada nodriza, envalentonada frente a los sirvientes, la que aparece; por alguna razón se la imagina recorriendo las aldeas y predicando a los campesinos que hay que ocultar el dinero a los terratenientes, y

él, involuntariamente, repite: "Sí, hay que ocultar el dinero a los terratenientes". O bien ve surgir la castaña cabecita de su futura esposa, que por alguna razón llora, posándose sobre su hombro presa de una pena muy honda; o los ojos azules y llenos de bondad de Churis, mirando con ternura a su único hijito de muy grande barriguita. Sí, en él no sólo ve a un hijo, ve a un ayudante y a un salvador. "¡Eso es el amor!", susurra. Luego se acuerda de la madre de Yujvanka, de la expresión de paciencia y misericordia que, pese a su único diente y sus rasgos monstruosos, logró distinguir en su rostro. "Probablemente en sus setenta años de vida, yo haya sido el único que lo ha visto", piensa y susurra: "¡Qué extraño!", mientras sigue apretando mecánicamente las teclas del piano y oyendo su sonido. Luego se acuerda vivamente de su huida del colmenar y de la expresión en los rostros de Ignat y Karp que, era obvio, tenían ganas de reír, pero fingen no haberlo visto. Se sonroja y mira sin querer a la nana, que sigue sentada cerca de la puerta y lo observa sin proferir palabra, moviendo sólo de vez en cuando su canosa cabeza. De pronto aparece la troika de sudorosos caballos y la bella y fuerte figura de Iliusha con sus rubios rizos, sus brillantes y rasgados ojos azules, el carmín fresco de sus mejillas y el vello claro que apenas comenzaba a cubrirle labios y barbilla. Recuerda el miedo que Iliushka había tenido de que no lo dejaran dedicarse al acarreo y el ardor con el que había defendido ese trabajo que amaba; y ve la mañana gris y brumosa, la ancha carretera ligeramente resbalosa y una larga fila de carretas pesadamente cargadas y cubiertas de burdas telas marcadas con grandes letras negras.

Los caballos bien alimentados, de fuertes patas, hacen sonar los cascabeles, doblando el espinazo y tensando las riendas, mientras tiran juntos y en armonía cerro arriba, aferrándose con los ramplones de sus herraduras al resbaladizo suelo. Al encuentro del convoy, bajando el cerro, corre ligero el correo, haciendo tintinear sus cascabeles que, resonando por el inmenso bosque, esparcen su sonido a ambos lados del camino.

—¡E-e-eh! —levantando el látigo por encima de su cabeza grita muy alto y con una aguda voz juvenil el cochero principal, que lleva puesta una gorra de lana de cordero con una chapa.

Al lado de la rueda delantera del primer carro del convoy, calzado con unas botas enormes, camina pesadamente Karp, con su barba rojiza y su mirada sombría. En el segundo carro se asoma la hermosa cabeza de Iliusha quien, arrebujado en la tela que cubre el asiento delantero, va calientito en medio del frescor matutino. Tres troikas cargadas de maletas los han dejado atrás haciendo un ruido estrepitoso con las ruedas, los cascabeles y el griterío. Iliusha vuelve a esconder su hermosa cabeza debajo de la tela y se queda dormido. La tarde es clara y cálida. Frente a las exhaustas troikas, agolpadas al lado del albergue, crujen las puertas de madera, y una tras otra, traqueteando sobre las tablas puestas frente a la puerta, los carros pesadamente cargados desaparecen bajo los amplios aleros. Iliushka saluda jovial a la patrona de rostro claro y robusto pecho, que pregunta: "¿Vienen de lejos? ¿Serán muchos a cenar?", mientras mira complacida al apuesto muchacho de ojos brillantes y dulces. Y él, una vez guardados los caballos, se dirige a la caldeada isba, repleta de gente, se persigna, se sienta

delante de una escudilla de madera bien llena, conversa animadamente con la patrona y los compañeros. Ahí suele pasar la noche, bajo el cielo estrellado que uno ve cuando está debajo del alero, sobre el heno fragante, cerca de los caballos que, resoplando y apoyándose ya en una pata ya en otra, trían el forraje en los pesebres de madera. Iliusha se acerca al heno, se pone de cara al oriente y, haciendo unas treinta veces seguidas la señal de la cruz sobre su fuerte y ancho pecho, y sacudiendo sus rubios rizos, reza una vez el Padrenuestro y una veintena de veces el Miserere, y luego, arropándose muy bien en su tosco abrigo, se queda dormido con ese sueño saludable y despreocupado del hombre fuerte, lozano. Sueña con la ciudad de Kiev, con sus santos y sus multitudes de peregrinos, con Romny y sus mercaderes y mercancías, con Odest y el lejano mar azul cubierto de velas blancas, y con la ciudad de Constantinopla, con sus casas de oro y sus mujeres turcas de blancos pechos y negras cejas, adonde vuela, llevado por invisibles alas. Vuela, vuela libre y ligero, lejos, cada vez más lejos y abajo ve las ciudades de oro zambullidas en un vivo resplandor, y el cielo azul con sus reiteradas estrellas, y el mar azul con sus blancas velas, y disfruta y goza volando cada vez más y más lejos...

"¡Qué dicha!", susurra Nejliúdov para sí mismo; y se pregunta por qué él no será Iliusha.

[1856]

Historia de un caballo

A la memoria de M.A. Stajóvich

(El argumento de este relato fue pensado por M.A. Stajóvich, autor de "Nocturno" y de "Los jinetes", y me fue entregado por él.

L. Tolstói)

I

El cielo parecía estar cada vez más alto, la aurora cada vez más extendida, la plata mate del rocío cada vez más blanca y la hoz de la luna cada vez más débil. El bosque se hacía más sonoro, la gente comenzaba a levantarse, y en la cuadra de la casa señorial se oían cada vez con más frecuencia los resoplidos, los rumores de la paja y hasta los relinchos enfadados y estridentes de los caballos que se agolpaban enardeciéndose.

—¡Oh! ¡Calma! ¡Qué hambre tienen! —dijo el viejo pastor de la caballada abriendo el portón con un chirrido—. ¿Adónde vas? —amenazó a una yegua que hizo ademán de salir.

Néster, el pastor de los caballos, llevaba puesta una casaca atada a la cintura con una correa de hebilla, un látigo cruzado en bandolera y, en el cinturón, un pan envuelto en un trapito. Tenía en las manos una silla de montar y una brida.

Los caballos ni se asustaron ni se ofendieron por el tono burlón de su pastor, fingieron que les daba igual y, sin prisa ninguna, se alejaron de la puerta; sólo una vieja yegua parda de larga crin bajó las orejas y, con un movimiento brusco, le dio la espalda. Entretanto, una yegua joven que estaba detrás y a la que todo esto no concernía de ninguna manera, relinchó y con la grupa dio un empujón al caballo que tenía más cerca.

—¡Eh! —gritó el pastor aún más alto y con voz aún más amenazante y se encaminó a un rincón de la cuadra.

De todos los caballos que se encontraban en ese recinto (y eran cerca de un centenar), el que menos impaciencia mostraba era un pío castrado que estaba solo, alejado, en una esquina bajo el alero y que, con los ojos entornados, lamía un poste del cobertizo. Quién sabe qué gusto encontraría en eso el pío castrado, pero mientras lo lengüeteaba su expresión era en extremo seria y pensativa.

—¡Mimado! —le dijo con el mismo tono el pastor, acercándose hasta él y poniendo sobre un montón de estiércol que había ahí al lado, la silla y el sudadero lustroso por el roce.

El castrado pío dejó de lamer el poste y, sin moverse, estuvo largo rato mirando a Néster. No sonrió, no se enfadó, no

frunció el ceño, sólo aspiró muy hondo, dejó escapar un lastimero suspiro y luego se giró hacia él. El pastor le rodeó el cuello con el brazo y le colocó la brida.

—¿Por qué suspiras? —dijo Néster.

El castrado movió la cola, como diciendo: "Por nada, Néster; así, sólo porque sí". Néster le puso el sudadero y la silla, y el castrado bajó las orejas expresando, seguramente, su descontento, pero lo único que consiguió fue que lo trataran de "haragán" y que le apretaran la cincha. Entonces el castrado se infló, pero le metieron un dedo en la boca y le dieron un rodillazo en el vientre para que soltara el aire. Pese a todo, cuando le apretaron la sobrecincha, bajó de nuevo las orejas e incluso se giró para ver. Sabía que aquello no ayudaría, pero de todas formas consideró necesario dar a entender que aquello le resultaba desagradable y que siempre lo demostraría. Cuando estuvo ensillado, adelantó su hinchada pata derecha y se puso a masticar el bocado, movido quién sabe por qué consideraciones, puesto que ya había tenido tiempo de darse cuenta de que los bocados no tienen ni pueden tener ningún sabor.

Néster puso el pie en el estribo y se subió en el castrado. Desenrolló el látigo, liberó de debajo de sus rodillas la casaca que se había quedado atorada, se sentó en la silla a la manera de los cocheros, los cazadores y los caballerizos, y tiró de las riendas. El castrado levantó la cabeza, anunciando que estaba dispuesto a ir a donde le ordenaran, pero no se movió. Él sabía que antes de partir, todavía habría algunos gritos, que el hombre que iba sentado encima suyo daría órdenes a Vaska, el otro pastor, y a los caballos. Y, en efecto, Néster comenzó a

gritar: "¡Vaska! ¡Eh, Vaska! ¿Dejaste salir a las yeguas? Pero, ¿qué haces, demonio? ¡Hombre! Estás dormido. Abre, deja a las yeguas que salgan", etcétera.

El portón rechinó. Molesto y amodorrado, sujetando a un caballo por la brida, Vaska estaba de pie junto a la puerta dando paso a los caballos. Uno a uno, pisando con cuidado las briznas de paja y olisqueándolas, iban pasando: yeguas jóvenes, potrillos de crines esquiladas, mamantones y yeguas preñadas que, con cuidado y de una en una, deslizaban sus abultados vientres por la puerta. Las yeguas jóvenes a veces se apretujaban dos o hasta tres, poniéndose mutuamente la cabeza en el lomo y, al llegar a la puerta, apresuraban el paso, por lo que cada vez recibían las palabras injuriosas de los caballerizos. Los mamantones a veces se precipitaban a las patas de madres ajenas y emitían unos relinchos sonoros, respondiendo a la breve llamada de sus madres.

Una yegua joven y traviesa, en cuanto hubo atravesado el portón, bajó ladeando la cabeza, alzó la grupa y relinchó; pero, con todo, no se atrevió a adelantar a la gris Zhuldyba, una yegua vieja salpicada de trigo sarraceno, que a paso lento y pesado, balanceando de un lado al otro su vientre, avanzaba circunspecta, como siempre, a la cabeza de la yeguada.

En apenas minutos, el hasta entonces muy animado corral quedó desconsoladamente desierto; los postes se alzaban tristes bajo el cobertizo vacío, y lo único que se veía era la paja pisoteada y maculada de estiércol. Por más familiar que fuera para el pío castrado esa imagen de vaciamiento, no dejó de afectarle. Muy despacio, como si estuviera saludando, bajó y

alzó la cabeza, suspiró tanto como se lo permitía la ceñida sobrecincha y, moviendo sus patas entumecidas y torcidas, caminó pesadamente en pos de la yeguada llevando sobre su huesudo lomo al viejo Néster.

"Ya sé lo que va a pasar: ahora, en cuanto salgamos al camino, encenderá su yesquero y fumará su pipa de madera, la que tiene una montura de cobre y una cadenita", pensó el castrado. "Me da gusto, porque este olor me agrada así, temprano por la mañana, con el rocío, y me recuerda muchas cosas gratas; lo único malo es que cuando el viejo tiene la pipa entre los dientes, se da postín, quién sabe qué se imagina que es y se sienta de lado, sólo de un lado; y ése es el lado que me duele. Pero bueno, para mí no es nuevo esto de sufrir para que otros disfruten. Incluso he empezado a encontrar una especie de deleite equino en esto. ¡Pobre, dejémoslo que fanfarronee! Sólo puede hacerlo cuando no hay nadie enfrente, cuando nadie lo ve. ¡Que se siente de lado!", razonaba el castrado y, pisando cauteloso con sus piernas torcidas, avanzaba por el medio del camino.

II

Una vez que había llevado los caballos al río en cuyos alrededores debían pastar, Néster se apeó y quitó la silla. Entretanto, la caballada se había ido dispersando poco a poco por los prados aún sin hollar, cubiertos de rocío y de una neblina ligera que subía desde la pradera y también del río que la rodeaba.

Néster le quitó la brida al pío castrado y le rascó el cuello, y el caballo, en señal de agradecimiento y deleite, cerró los ojos.

—¡Le gusta al sinvergüenza! —dijo Néster.

No, al castrado no le gustaba que lo rascaran, sólo por delicadeza fingía que le agradaba; sin embargo, movió la cabeza en señal de asentimiento. Pero de pronto, inesperadamente y sin ningún motivo, Néster, suponiendo que quizá tanta familiaridad podría dar al castrado una idea falsa de su importancia, apartó con un movimiento brusco la cabeza del animal, alzó el freno y le asestó con el bocado un doloroso golpe en la pata enjuta. Después, sin decir palabra, enfiló hacia un tronco en un cerrito, junto al que solía sentarse.

Esto afligió al pío castrado, pero no lo demostró de ninguna de las maneras y, moviendo lentamente la rala cola y olisqueando aquí y allá y arrancando alguna yerbecita para distraerse, se encaminó al río. Sin prestar la menor atención a lo que hacían alrededor las yeguas jóvenes, los potros y los mamantones, a los que la mañana había puesto de buen humor, y sabiendo que lo mejor para la salud, sobre todo a su edad, era beber abastanza en ayunas y sólo después comer, eligió un punto donde la orilla era más ancha y menos abrupta y, mojándose los cascos y las cernejas, hundió el hocico en el agua y empezó a sorberla con sus labios agrietados, moviendo los ijares conforme se llenaban y agitando de placer la cola floja y pinta, de maslo pelado.

Una yegua alazana, buscapleitos, que siempre hacía rabiar al viejo y le daba toda clase de disgustos, también en esta ocasión se acercó al caballo por el agua, fingiendo que también

ella quería beber, aunque en realidad sólo era para enturbiarle el agua que tenía frente al hocico. Pero el pío ya había bebido y, aparentando no darse cuenta de las intenciones de la alazana, sacó tranquilamente de una en una sus hundidas patas, sacudió la cabeza y, apartándose de la juventud, se puso a comer.

Con las patas separadas de distintas formas para no aplastar más yerba que la necesaria, y sin levantar apenas la cabeza, comió durante tres horas seguidas. Una vez que hubo comido tanto que la panza colgaba como un saco de sus enjutas y salidas costillas, se posó sobre sus cuatro patas enfermas de tal manera que el dolor fuera lo menos intenso posible, sobre todo para la pata delantera derecha, que era de todas la más débil, y se quedó dormido.

La vejez puede ser majestuosa, puede ser repulsiva o puede ser lamentable. A veces puede ser majestuosa y lamentable al mismo tiempo. La vejez del pío castrado era precisamente así.

El castrado era alto, medía no menos de dos *arshinas* y tres *vershoks*.[1] Su pelaje era pío negro, o más bien había sido pío negro, porque ahora las manchas negras se habían vuelto de un color bayo percudido. Tenía tres manchas: una en la cabeza que le llegaba hasta la mitad del cuello, con un trozo que no tenía ni forma ni pelo a un lado de la nariz. La larga crin envedijada y revuelta con bardana era blanca por aquí y castaña por allá. Otra de las manchas se extendía a todo lo largo del flanco derecho y llegaba hasta la mitad del vientre.

[1] *Vershok* es una antigua medida rusa de longitud equivalente a 4.4 centímetros.

La tercera estaba en la grupa y cubría la parte alta de la cola y la mitad de las ancas. El resto de la cola era blancuzca, mezclada.

Su cabeza grande y huesuda, de cuencas hundidas, y su belfo, antaño negro y hoy caído y agrietado desde quién sabe cuándo, colgaba pesadamente, como si fuera de madera, del vencido de tan flaco cuello. Detrás del caído belfo se podía vislumbrar la lengua negruzca, mordisqueada en uno de sus lados, y los restos amarillentos y podridos de los dientes inferiores. Las orejas, una de las cuales estaba mocha, caían a los lados y sólo de vez en cuando se movían perezosamente para ahuyentar a las moscas que se le pegaban. Un mechón aún largo del copete colgaba detrás de una de las orejas. La frente descubierta era áspera y estaba hundida. La piel colgaba formando bolsas encima de las amplias quijadas. Sobre el cuello y la cara, gruesas venas dibujaban nudos que se estremecían y temblaban cada vez que una mosca lo rozaba. La expresión de su cara era grave, meditabunda y dolorosa.

Las patas delanteras, a la altura de las rodillas, estaban arqueadas; en ambos cascos había excrecencias, y una de las patas, aquella en la que la mancha llegaba hasta la mitad del muslo, tenía un bulto del tamaño de un puño junto a la rodilla. Las patas traseras daban la impresión de estar menos fastidiadas, pero habían perdido el pelo en las ancas, al parecer desde hacía mucho tiempo, y éste ya no volvería a crecer en esos lugares. Las cuatro patas parecían desmesuradamente grandes a causa de la flacura del cuerpo. Las costillas, aunque fuertes, estaban tan separadas y tan salidas, que la piel parecía

adherida a los intersticios que las separaban. La cruz y el lomo estaban surcados por las marcas de antiguas tundas, y en la grupa llevaba una llaga reciente, que se había inflamado y supuraba. El negro maslo de la cola, en el que se marcaba cada vértebra, se mostraba largo y casi pelado. Sobre la grupa color castaño, cerca de la cola, se veía una herida grande como la palma de una mano, cubierta de pelos blancos y que parecía una mordida. Otra herida, ya cicatrizada, lucía en una de las escápulas anteriores. Las corvas traseras y la cola estaban sucias debido a los frecuentes trastornos estomacales del animal. El pelo de todo el cuerpo, aunque corto, era hirsuto. Y, sin embargo, pese a la repugnante vejez de este caballo, al verlo, uno involuntariamente pensaba —y un conocedor sin duda de inmediato habría afirmado— que en sus buenos tiempos, aquél debió haber sido un ejemplar espléndido.

Un conocedor incluso habría dicho que en Rusia sólo hay una raza capaz de dar una osamenta tan ancha, unos omóplatos tan grandes, unos cascos tan fuertes, una delicadeza tan destacada en los huesos de las patas, un cuello tan bien plantado y, sobre todo, un cráneo como ése, unos ojos tan grandes, negros y luminosos, esa tersura del pelo y de la piel y esos nudos de venas cerca de la cabeza y del cuello, signo indiscutible de buena raza.

Sí, efectivamente había algo majestuoso en la figura de este caballo, y en la terrible combinación de los repelentes signos de decrepitud que el pelaje manchado acentuaba, con la actitud serena y segura de un animal consciente de su fuerza y su belleza.

Como un vestigio viviente se alzaba solitario en medio de la pradera cubierta de rocío, mientras no lejos de él se oían las pisadas, los resoplidos, los relinchos jóvenes, el alboroto de la yeguada dispersa.

III

El sol ya se había levantado por encima del bosque y brillaba radiante sobre la yerba y los meandros del río. El rocío se secaba condensándose en gotas diminutas; en algunos lugares, cerca del pantano y arriba del bosque, el último vapor de la mañana se disipaba como un humo ligero. Una que otra nubecilla se aborregaba por ahí, pero no había viento todavía. Más allá del río, el centeno verdeaba erizado, y olía a yerba fresca y a flores. Del bosque llegaba el canto enronquecido de un cuclillo y Néster, acostado de espaldas, contaba los años que aún le quedaban por vivir.[2] Las alondras revoloteaban sobre el centeno y la pradera. Una liebre rezagada se vio de pronto en medio de la manada y de un salto huyó, se sentó al lado de un arbusto y empinó las orejas. Vaska dormitaba con la cabeza apoyada en la yerba; las yeguas lo evitaban al pasar y se dispersaban camino abajo. Las más viejas iban resoplando, dejando sus pisadas transparentes sobre el rocío, en busca siempre de un lugar donde nadie las molestara, pero no comían,

[2] Los rusos suelen contar los trinos del cuclillo, y calcular así los años que les quedan por vivir. Cada trino equivale a un año.

sólo paladeaban una que otra apetitosa yerbita. Toda la manada avanzaba imperceptiblemente en una misma dirección. Y, de nuevo, la vieja Zhuldyva, muy circunspecta, se adelantaba a las otras y les mostraba la posibilidad de ir más allá. Mushka, la joven yegua negra que había parido por primera vez, no paraba de relinchar levantando la cola, y de llamar a su potrillo alilado que, con rodillas temblonas, retozaba muy cerca de ella. Lástochka, una yegua joven, soltera aún, retinta y con un pelaje tan liso y reluciente que parecía de raso, bajaba la cabeza de tal modo que su negro y sedoso copete acababa cubriéndole la frente y los ojos; jugueteaba con la yerba: la arrancaba, la soltaba y la pisoteaba con su pezuña de cerneja esponjosa, húmeda de rocío. Uno de los potrillos mayores, seguramente imaginándose algún juego, con su colita corta y rizada levantada como si fuera un penacho, había dado veintiséis veces la vuelta alrededor de su madre, que pacía tranquilamente, acostumbrada ya al carácter de su hijo, y que sólo de vez en cuando le lanzaba una mirada de soslayo con su ojo negro y grande. Un mamantón de los más pequeños, negro, con una cabecita grande de copete curiosamente erizado entre ambas orejas y una cola todavía ladeada como lo había estado en el vientre materno, con las orejitas tiesas y los ojitos sin expresión, sin moverse de su sitio, miraba fijamente al mamantón que no paraba de retozar, tal vez envidiándolo o tal vez preguntándose por qué hacía eso.

Algunos maman, dando empujoncitos con la nariz, otros, quién sabe por qué, pese a las llamadas de las madres, corren con un trote lento y torpe en la dirección exactamente opuesta,

como buscando algo, y luego, también quién sabe para qué, se detienen y relinchan con una voz aguda y penetrante. Otros están tumbados todos juntos de lado, otros aprenden a pastar, otros se rascan detrás de la oreja con su patita trasera. Dos yeguas, preñadas, van aparte, por su lado y, moviendo las patas muy lentamente, siguen comiendo. Se ve que las otras respetan su estado y ninguno de los jóvenes se anima a acercarse y molestarlas. Y si a alguna potranca traviesa de pronto se le ocurre aproximarse a ellas, basta un movimiento de la oreja o de la cola para señalarle lo inconveniente de su conducta.

Los potrillos de crin esquilada y las potrancas de un año se dan aires de mayores y formales, y rara vez retozan y se juntan con las bulliciosas pandillas. Comen ceremoniosamente la yerba, arqueando sus cuellos esquilados de cisne y, como si también ellos tuvieran colas, menean sus escobillas. Imitando a los adultos, algunos se echan, se revuelcan o se rascan mutuamente. Pero la pandilla más bulliciosa es la de las potrancas de dos o tres años que aún no han parido. Andan casi todas juntas, separadas de los demás, formando un jubiloso y femenino tropel. Se oyen sus pisadas, sus bufidos, sus relinchos, sus coces. Se buscan unas a otras, posan sus cabezas las unas en el lomo de las otras, se olisquean, saltan y, a veces, sacudiendo y alzando muy recta la cola, medio a galope medio a trote, orgullosas y coquetas, pasan frente a sus compañeras.

La bella más bella y más ocurrente de toda esta juventud era una alazana traviesa. Inventara lo que inventara, las otras la imitaban; fuera a donde fuera, allá iban todas en tropel.

Aquella mañana la traviesa estaba en un estado de ánimo particularmente juguetón. Se sentía contenta sin saber por qué, como a veces ocurre a las personas. Ya en el abrevadero, después de haber embromado al viejo, se puso a trotar a lo largo del agua, de pronto fingió que algo la había asustado, soltó un bufido y salió corriendo a campo traviesa a todo lo que daban sus patas, tanto que Vaska tuvo que ir a todo galope a buscarla, a ella y a las otras que la habían seguido. Luego, cuando hubo comido un poco, se puso a revolcarse, y luego a incordiar a las más viejas, interponiéndose en su camino; luego apartó a un pequeñín y se puso a corretearlo, como si quisiera morderlo. La madre se asustó y dejó de comer, el mamantón gritaba con voz lastimera, pero la bella traviesa ni siquiera lo había rozado, sólo lo asustaba montando un espectáculo para sus compañeras que, compasivas, contemplaban sus andanzas. Luego se le ocurrió trastornar a un caballito gris que, del otro lado del río, llevaba a un campesino con su arado. Se detuvo, levantó la altiva cabeza, ladeándola ligeramente, se sacudió y lanzó un largo, dulce y tierno relincho. En ese relincho se mezclaba la travesura, y la emoción y cierta tristeza. En él había deseo y una promesa de amor y también nostalgia del amor.

Allá, en el espeso cañaveral, el rascón llama apasionadamente a su amiga corriendo de un lado a otro, y más allá, el cuclillo y la codorniz cantan el amor, y las flores, unas a otras, se envían a través del viento su aromático polen.

"Yo también soy joven, y bella, y fuerte —decía el relincho de la traviesa—, pero aún no me ha sido dado probar la dulzura de este sentimiento, y no sólo no me ha sido dado pro-

barla, sino que aún ningún amante me ha visto, ni uno sólo siquiera."

Y ese relincho, que tantas cosas significaba, resonó fresco y melancólico a través de los campos y llegó hasta el caballito gris. Éste levantó las orejas y se detuvo. El campesino lo picó con sus *lapti*, pero el caballito gris estaba encantado con el sonido argentino de aquel lejano relincho y también relinchó. El campesino se enojó, tiró de las riendas y con sus *lapti* lo espoleó de tal manera en el vientre que, sin haber terminado siquiera el relincho, prosiguió su camino. Pero la dulzura y la tristeza ya se habían apoderado del caballito gris, y desde los lejanos campos, durante mucho tiempo siguieron llegando hasta la yeguada los ecos del inconcluso relincho apasionado y de la voz del enojado campesino.

Si el solo sonido de esa voz hizo que el caballito gris perdiera la cabeza al punto de olvidar sus obligaciones, qué habría ocurrido con él si hubiera visto a la bella traviesa, si hubiera visto cómo lo llamaba, parando las orejas, dilatando los ollares, aspirando muy hondo el aire y temblando con su joven y hermoso cuerpo que, impetuoso, se lanzaba en pos de algo.

Pero la traviesa no se detuvo demasiado tiempo en sus impresiones. Cuando la voz del gris calló, ella relinchó burlona una vez más y, bajando la cabeza, escarbó con su pata la tierra y luego fue a despertar y a incordiar al pío castrado. El pío castrado era la víctima habitual y el hazmerreír de esa juventud feliz. Ellos lo hacían sufrir más que las personas. Ni a unos ni a otros les había hecho ningún mal. Las personas lo necesitaban, ¿pero por qué lo atormentaban los caballos jóvenes?

IV

Él era viejo y ellos eran jóvenes; él era flaco y ellos robustos; él era soso y ellos joviales. Por tanto, era un ser absolutamente ajeno, extraño, del todo distinto, y no había razón para compadecerlo. Los caballos se compadecen sólo de sí mismos y rara vez de aquellos en cuyo pellejo pueden imaginarse sin mayor dificultad. Pero ¿acaso el pío castrado tenía la culpa de ser viejo y enjuto y esperpéntico? Uno diría que no. Y, sin embargo, según el parecer equino, era culpable, y la razón estaba siempre y solamente del lado de los fuertes, de los jóvenes y los felices, de aquellos que aún tenían la vida por delante, de aquellos en los que cada músculo se estremecía por una tensión inútil y cuyas colas se levantaban como si fueran estacas. Quizás el propio pío castrado entendía y, en minutos de serenidad, admitía que era culpable de haber vivido ya su vida, y que debía pagar por esa vida; pero de todos modos era un caballo y a menudo no podía evitar sentirse humillado, triste e indignado al mirar a esa juventud que lo castigaba por aquello que ella misma se vería condenada a sufrir al final de su vida. La crueldad de los caballos se debía, también, a un sentimiento aristocrático de la raza caballar. Cada uno de ellos descendía, por parte de su padre o de su madre, del famoso Smetanka, mientras que del pío no se conocía el origen; el pío era un advenedizo, comprado en una feria hacía tres años, por ochenta rublos en papel moneda.

La yegua alazana, fingiendo dar un paseo, se acercó hasta la nariz misma del pío castrado y lo empujó. Él ya sabía de qué se trataba y, sin abrir los ojos, empinó las orejas y enseñó los

dientes. La jaca le dio la espalda y simuló querer darle una coz. Él abrió los ojos y se apartó. Se le habían quitado las ganas de dormir y se puso a comer. La traviesa, acompañada de sus amigas, volvió a acercarse al castrado. Una potranca de dos años, pelona, muy tonta, que en todo imitaba y secundaba a la alazana, se acercó con ella y, como hacen siempre los imitadores, fue más allá que la instigadora. La yegua alazana se acercaba como movida por algún asunto propio y pasaba justo delante de la nariz del castrado, sin mirarlo, de modo que éste no sabía si debía enojarse o no y era divertido. Lo mismo hizo ahora, pero la pelona, que iba detrás de ella y estaba de particular buen humor, golpeó al castrado directamente en el pecho. Él volvió a enseñar los dientes, soltó un bufido y, con una velocidad que nadie habría esperado en él, se le fue encima y la mordió en el muslo. La yegua pelona lanzó una coz y golpeó con fuerza al viejo en las enjutas y salidas costillas. El viejo dejó escapar un ronquido, quiso responder al ataque, pero luego lo pensó mejor y, con un profundo suspiro, se hizo a un lado. Seguramente los jóvenes de la manada tomaron como una ofensa personal la insolencia que el pío castrado se había permitido en relación con la yegua pelona, y por eso durante el resto del día le impidieron que pastara y no le dieron un minuto de paz, tanto fue así, que el pastor intentó varias veces calmarlos sin lograr entender qué les ocurría. El castrado estaba tan ofendido, que él mismo se acercó hasta Néster cuando el viejo se dispuso a recoger la manada, y se sintió mucho más contento y más tranquilo cuando le puso la silla y se montó en él.

Sólo Dios sabe lo que estaría pensando el castrado, mientras llevaba al viejo Néster sobre la espalda. ¿Pensaría con amargura en la fastidiosa y cruel juventud, o perdonaría a sus ofensores con el orgullo despectivo y silencioso propio de los viejos? Fuera lo que fuera, no reveló sus cavilaciones sino hasta que estuvieron en casa.

Esa tarde habían llegado los compadres de Néster a visitarlo y éste, mientras arreaba a la manada por delante de las isbas de los siervos, reparó en un carro cuyo caballo estaba atado en el cobertizo de su casa. Una vez guardado el ganado, fue tanta su prisa que, sin desensillar al castrado, lo hizo entrar en el patio, le gritó a Vaska que le quitara la silla, cerró el portón y corrió a reunirse con sus compadres.

Quizá debido a la ofensa infligida a la yegua pelona, la bisnieta de Smetanka, por esa "inmundicia sarnosa" comprada en una feria y de cuyos padres no se tenía noticia, razón por la que se había visto lastimado el sentimiento aristocrático de todo el establo, o tal vez debido a que la visión del castrado, con una silla alta y sin jinete, era un espectáculo curiosamente funambulesco para los caballos, el caso es que esa noche en el establo sucedió algo extraordinario. Todos los caballos, jóvenes y viejos, enseñando los dientes, corrían detrás del castrado, persiguiéndolo; se oía el ruido de las coces contra sus enjutos flancos y sus dolorosos lamentos. El castrado ya no podía seguir soportando aquello, ni podía seguir esquivando los golpes. Se detuvo de pronto en la mitad del patio y en su rostro se dibujó el enojo asquerosamente débil de la vejez impotente, y luego la desesperación; paró las orejas y de pronto

se produjo algo que hizo que todos los caballos se calmaran de súbito. Viazopúrija, la yegua más vieja, se le acercó, lo olisqueó y suspiró. El castrado también suspiró.

V

En medio del patio iluminado por la luna, estaba la figura alta y enjuta del castrado, con una silla alta y el pomo elevándose por encima del arnés. Los caballos, inmóviles y guardando un profundo silencio, se habían agrupado a su alrededor, como si se hubieran enterado por él de algo nuevo, extraordinario. Y sí, justamente por él se enteraron de algo nuevo y extraordinario.

Esto es de lo que se enteraron:

Primera noche

"Sí, yo soy el hijo de Liubezny I y de Baba. Mi nombre según la genealogía es Muzhik I. Muzhik I por mi abolengo, pero mejor conocido como Jolstomer, El Medidor de Telas, apodo que recibí del vulgo por mi paso amplio y alargado, que no tenía igual en Rusia. Por mi ascendencia, no hay en el mundo un caballo con sangre más noble que yo. Esto no se los habría dicho jamás. ¿Para qué? Jamás me habrían reconocido. Como no me había reconocido Viazopúrija, que estuvo conmigo en Jrénovo, y que apenas ahora se ha dado cuenta de quién soy. Incluso ahora no me creerían, si no fuera por el testimonio

de Viazopúrija. No se los habría dicho jamás. No. No me hace falta la compasión equina. Pero ustedes lo han querido. Sí, yo soy ese Jolstomer que los aficionados buscan y no encuentran, ese Jolstomer a quien el propio conde conocía y a quien él mismo echó del acaballadero por haber dejado atrás a Lébed, su favorito.

"Cuando nací, no sabía qué significaba pío, pensaba que yo era un caballo. La primera observación que hicieron sobre mi pelaje, recuerdo, nos sorprendió mucho a mi madre y a mí. Nací, al parecer, de noche; por la mañana, ya bien lamido por mi madre, me levanté sobre mis patas. Recuerdo que todo el tiempo tenía ganas de alguna cosa, y que todo me parecía extraordinariamente sorprendente y extraordinariamente simple a la vez. Nuestras caballerizas estaban en un corredor largo y tibio, las puertas tenían unas rejas y nosotros podíamos verlo todo a través de ellas. Mi madre me acercaba sus tetillas, pero yo era tan inocente todavía, que ponía el hocico ora bajo sus patas delanteras, ora bajo el comedero. De pronto mi madre miró hacia la puerta enrejada y, pasando su pata por encima de mí, se hizo a un lado. El caballerango miraba nuestra celda a través de la reja.

"—¡Mira nomás! Baba nos parió un potrito —dijo mientras descorría el pestillo; entró pisando la paja recién puesta y me abrazó—. ¡Tarás, mira —gritó—, es pío como una urraca!

"Me zafé de sus brazos y fui a dar de rodillas.

"—¡Vaya pillastre! —dijo.

"Mi madre se inquietó, pero no me defendió, sólo lanzó un suspiro muy hondo y luego se apartó ligeramente. Llegaron los

mozos de cuadra y se pusieron a mirarme. Uno corrió a comunicárselo al guardián de la caballeriza. Todos se reían al mirar mis manchas, y me daban nombres extraños. No sólo yo, tampoco mi madre entendía el significado de esas palabras. Hasta entonces nunca había habido entre nosotros ni en nuestra familia un solo caballo pío. No pensamos que hubiera nada de malo en eso. Más aún porque todos alababan mi constitución y mi fuerza.

"—¡Qué vivaracho! —dijo el mozo de cuadra—, no se está quieto un momento.

"Al cabo de un tiempo llegó el caballerizo y no hizo sino asombrarse de mi color, incluso pareció disgustarle.

"—¿A quién habrá salido este espantajo? —comentó—, el general no querrá dejarlo en el acaballadero. ¡Ay, Baba, buena me la has hecho! —se dirigió a mi madre—. ¡Mejor hubiera sido que lo parieras calvo! ¡Vaya con el pío!

"Mi madre no respondió nada y, como siempre en casos semejantes, volvió a lanzar un suspiro.

"—¿A quién habrá salido? Parece un *muzhik* —continuó—, en el acaballadero será imposible dejarlo, sería una vergüenza, y es bueno, muy bueno —decía él y todos decían lo mismo cuando me veían.

"Al cabo de unos días llegó a verme el general en persona y otra vez algo hizo que se horrorizaran, que me insultaran, a mí y a mi madre por el color de mi pelaje. 'Y qué buen ejemplar, qué bueno', repetía todo el que me veía.

"Mientras no llegó la primavera vivimos aparte, en el establo de las yeguas de cría, cada uno con su madre, y sólo cuando

la nieve en los tejados de los establos empezó a derretirse por el sol, comenzaron a dejarnos salir con nuestras madres al amplio patio, cubierto de paja fresca. Fue entonces cuando vi por primera vez a todos mis parientes, cercanos y lejanos. Fue entonces cuando vi salir, por las distintas puertas, seguidas de sus potrillos, a las célebres yeguas de aquel momento. Ahí estaba la vieja Golanka, y Mushka, la hija de Smetanka, y Krasnuja, y también Dobrojótina, la jaca de silla. Todas las celebridades de aquel momento reunidas allí con sus potrillos paseaban al sol, se revolcaban en la paja fresca y se olisqueaban unas a otras, como los caballos comunes y corrientes. La visión de ese establo, repleto de las beldades de aquella época, es algo que todavía no he podido olvidar. A ustedes les resultará extraño pensar y más aún creer que alguna vez fui joven e impetuoso, pero así era. Allí estaba Viazopúrija, esta misma, que entonces era una potranca de un año, dulce, alegre y vivaracha; pero, y sin ánimo de ofenderla, a pesar de que aquí entre ustedes se la estime por la pureza de su sangre, entonces era uno de los peores caballos de aquella generación. No me dejará mentir.

"Mi capa pinta, que tanto desagradaba a las personas, agradaba inmensamente a los caballos; todos me rodeaban, me admiraban y jugaban conmigo hasta dejarme agotado. Incluso empezaban a olvidárseme las palabras de la gente sobre mi capa pinta y me sentía feliz. Pero pronto conocí la primera gran tristeza de mi vida, y la causa fue mi madre. Cuando la nieve había comenzado por fin a derretirse, y los gorriones piaban bajo el cobertizo, y en el aire se sentía la primavera

cada vez con mayor ímpetu, mi madre comenzó a cambiar de actitud conmigo. Su manera de ser dio un giro: podía ponerse a jugar sin ningún motivo, corriendo de un lado a otro del patio, lo que no casaba para nada con su respetable edad; o se quedaba pensativa y lanzaba algún relincho, o le daba por mordisquear y lanzar coces a sus hermanas yeguas; o me olisqueaba y resoplaba descontenta; o, cuando salía a tomar el sol, apoyaba la cabeza en el hombro de su prima Kupchija y, ensimismada, se pasaba mucho tiempo rascándole el lomo, sin permitir que me acercara a sus tetillas. Un día llegó el caballerizo, ordenó que le pusieran el cabestro y se la llevaron. Ella relinchó, yo le contesté y me precipité tras ella, pero mi madre ni siquiera volteó a verme. El caballerizo Tarás me apretó en un abrazo en el momento en que cerraban la puerta detrás de mi madre, a la que ya se habían llevado. Me zafé, aventé al caballerizo sobre la paja, pero la puerta ya se había cerrado y yo sólo oía el relincho cada vez más lejano de mi madre. Y en ese relincho ya no sentía una llamada, sino algo de un cariz distinto. A lo lejos oí cómo su voz respondía a la poderosa voz de Dobry I, según supe más tarde, quien con dos caballerangos, uno a cada lado, iba al encuentro de mi madre.

"No recuerdo cómo salió Tarás de mi celda: estaba yo demasiado contristado. Sentía que había perdido para siempre el amor de mi madre. 'Y todo por ser pío', pensaba, recordando las palabras de la gente sobre mi pelaje. Y de pronto me dio tanta rabia, que me puse a golpearme contra las paredes de mi celda, con la cabeza y con las rodillas, y estuve golpeándome hasta acabar empapado en sudor y completamente agotado.

"Al cabo de un rato, mi madre volvió. Oí cómo se acercaba a nuestra celda trotando por el corredor con un paso que no era el de costumbre. Le abrieron la puerta, y no la reconocí, estaba mucho más joven y más bella. Me olisqueó, dio un resoplido y luego lanzó unos gritos entrecortados. Por su manera de comportarse me di cuenta de que no me amaba. Me hablaba de la belleza de Dobry y del amor que sentía por él. Estos encuentros se prolongaron, y entre mi madre y yo las relaciones eran cada vez más frías.

"Pronto nos permitieron salir al prado. A partir de ese momento conocí nuevas alegrías que me compensaron de la pérdida del amor de mi madre. Tenía amigas y compañeros, juntos aprendíamos a comer la yerba, a relinchar como relinchaban los adultos y, con la cola levantada, a brincotear dando vueltas alrededor de nuestras madres. Fue una época feliz. Todo se me perdonaba, todos me querían, me miraban con agrado y eran indulgentes conmigo hiciera yo lo que hiciera. Pero esto duró poco. Muy pronto me ocurrió algo terrible."

El castrado lanzó un suspiro tremendamente hondo y se apartó de los caballos.

Hacía rato que el alba había despuntado. Las puertas rechinaron, y Néster entró. Los caballos se dispersaron. El pastor arregló la montura del castrado e hizo salir a la manada.

VI

Segunda noche

En cuanto guardaron a los caballos, éstos volvieron a ponerse alrededor del castrado.

"En agosto nos separaron de nuestras madres —continuó el castrado—, y yo no sentí un dolor demasiado profundo. Me daba cuenta de que mi madre ya llevaba en sus entrañas a mi hermano menor, el célebre Usán, y yo ya no era lo que había sido antes. No tenía celos, pero me notaba más frío con ella. Además, yo sabía que cuando me separaran de mi madre, me llevarían al establo reservado para los potros, donde seríamos dos o tres en cada celda, y que cada día todos los jóvenes saldríamos en tropel al aire libre. Yo compartía celda con Mily. Mily era un caballo de silla, que en adelante sería montado por el emperador, y representado en cuadros y estatuas. Entonces todavía era un sencillo mamantón, con un pelaje suave y lustroso, un cuello de cisne y unas patas rectas y delgadas, tensas como cuerdas. Siempre estaba contento, tenía buen corazón y era amable; siempre estaba dispuesto a jugar, a dar lengüetazos y a bromear con los caballos y con las personas. Sin proponérnoslo, nos hicimos amigos por el hecho de vivir juntos, y esta amistad se prolongó durante todos nuestros años mozos. Era alegre y despreocupado. Por aquel entonces ya empezaba a enamorarse, a cortejar a las yeguas, y se reía de mi inocencia. Y yo, para mi desventura, empecé a imitarlo por puro amor propio; y muy pronto me enamoré del amor. Y ésta, mi temprana

afición, fue la causa de un cambio enorme en mi destino. Sucedió que me enamoré.

"Viazopúrija era un año mayor que yo, éramos muy amigos; sin embargo, para finales del otoño me di cuenta de que me evitaba... Pero no les voy a contar ahora la triste historia de mi primer amor, ella se acuerda de mi pasión enloquecida, la que terminó para mí en el cambio más importante de mi vida. Los pastores se apresuraron a llevársela y a mí me pegaron. Al anochecer, me recluyeron en una celda especial; relinché la noche entera, como presintiendo lo que ocurriría al día siguiente.

"Por la mañana llegaron al corredor donde estaba mi celda el general, el caballerizo, el mozo de cuadra y los pastores, y se produjo un griterío terrible. El general le gritaba al mozo, el mozo se justificaba diciendo que él no había ordenado que me soltaran y que lo habían hecho los pastores por sus pistolas. El general dijo que los haría azotar a todos, y que ni hablar de conservar ahí a los calaveras. El mozo prometió ocuparse de todo. Se calmaron y se fueron. Yo no entendía nada, pero me di cuenta de que se estaba tramando algo que tenía que ver conmigo."

"Al día siguiente dejé de relinchar para siempre, me convertí en lo que soy ahora. El mundo entero cambió para mí. Nada me resultaba grato, me encerré en mí mismo y me sumí en la reflexión. Al principio todo me parecía abominable, dejé incluso de beber, de comer y de andar y, por supuesto, ni pensar en el juego. A veces se me ocurría lanzar alguna coz, dar un salto,

relinchar; pero de inmediato surgía la terrible pregunta: ¿para qué?, ¿con qué objeto? Y las fuerzas que me quedaban se desvanecían.

"En una ocasión me sacaron por la tarde, a la hora en que arreaban a la manada de vuelta del campo. En lontananza vi una nube de polvo en la que se columbraban las siluetas de nuestras madres. Oía la alegría de sus voces y el ruido de sus cascos. Me detuve, a pesar de que la cuerda del cabestro, del que me tiraba el mozo, me cortaba la nuca, y me quedé mirando a la manada cada vez más próxima, como se mira la felicidad que se ha perdido para siempre, que no volverá jamás. Se iban acercando y yo distinguía cada vez mejor una por una a todas esas figuras que tan bien conocía, bellas, majestuosas, saludables y bien alimentadas. Una que otra también volteó a verme. No sentía ni el dolor de los tirones que el mozo daba al ronzal. Perdí la noción de las cosas y, sin proponérmelo, por pura costumbre, relinché y corrí con un trote ligero; pero mi relincho sonó triste, ridículo y absurdo. Ninguna se rio, pero yo noté que muchas de ellas, por delicadeza, desviaron la mirada. Era obvio que verme les provocaba repugnancia y compasión y vergüenza y, sobre todo, risa. Les daba risa mi largo cuello inexpresivo, mi cabeza grande (había adelgazado en ese tiempo), mis patas largas y torpes y el estúpido trote con el que, por pura costumbre, daba vueltas alrededor del mozo. Nadie respondió a mi relincho, todas miraban hacia otro lado. Y de pronto lo entendí todo, todo; entendí lo lejos que estaba, y estaría ya siempre, de todas ellas. No recuerdo siquiera cómo llegué a casa siguiendo al mozo.

"Ya antes había manifestado cierta tendencia a la seriedad y a la profundidad de pensamiento, pero entonces se operó en mí un cambio radical. Mi pelaje, que tan extraño desprecio despertaba en la gente, mi extraña e inesperada desgracia y la situación particular que yo tenía en el acaballadero, algo que percibía pero no había logrado explicarme todavía, hicieron que me encerrara en mí mismo. Pensaba en la injusticia de la gente que me condenaba por ser pío, pensaba en lo veleidoso del amor materno, y en general, del amor femenino y en cuánto dependía de las condiciones físicas. Pero sobre todo pensaba en las características de esa extraña raza de animales, con los que estamos tan estrechamente ligados y a los que llamamos personas, características de las que se derivaba la particularidad de mi situación en el acaballadero, algo que yo intuía pero no lograba entender. Descubrí el significado de dicha particularidad así como de las características humanas en las que se basaba, cuando ocurrió lo siguiente.

"Fue en invierno, durante las fiestas. En todo el día no me habían dado de comer ni de beber. Según supe más tarde, aquello había ocurrido porque el mozo se había emborrachado. Ese día, el caballerizo había entrado en mi celda y, al ver que no había comida, comenzó a insultar con las peores palabras al mozo ausente, y luego se fue. A la mañana siguiente, el mozo entró en nuestra celda con un compañero a ponernos el heno, y yo noté que estaba especialmente pálido y triste; su larga espalda, sobre todo, tenía una expresión particularmente grave que movía a compasión.

"Enojado echó el heno a través de la reja; yo quise alargar

la cabeza para apoyarla en su hombro, pero me dio un puñetazo tan doloroso en la quijada, que me aparté. Volvió a golpearme con su bota en el vientre.

"—Si no fuera por este sarnoso —dijo—, no habría pasado nada.

"—¿Qué pasó? —preguntó el otro mozo.

"—A los del conde ni los va a ver, pero a su potro viene a verlo hasta dos veces al día.

"—¿A poco le regalaron el pío? —preguntó el otro.

"—Vete a saber si se lo regalaron o se lo vendieron. Los del conde pueden morirse de hambre, le da igual; pero ¡cómo pude atreverme a dejar a su potro sin pienso! 'Échate ahí', me dijo, ¡y venga a azotarme! No sabe de cristianismo. Tiene más compasión por un animal que por una persona; seguro no ha de llevar una cruz al cuello: él mismo iba contando los latigazos, la mala bestia. El general no azota así, me dejó toda la espalda marcada, se ve que no tiene alma cristiana.

"Lo que decían de los azotes y del cristianismo, lo entendía yo bien; pero lo que entonces todavía me resultaba incomprensible era el significado de las palabras *su*, *su potro*, a través de las cuales yo me daba cuenta de que la gente asumía un vínculo entre el caballerizo y yo. Lo que no lograba entender era en qué consistía ese vínculo. Sólo mucho más tarde, cuando me separaron de los otros caballos, entendí lo que aquello quería decir. Pero en aquel momento, no lograba entender qué significaba que yo fuera propiedad de una persona. Las palabras: 'mi caballo', referidas a mí, un caballo vivo, me parecían tan extrañas como las palabras: 'mi tierra, mi aire, mi agua'.

"Pero estas palabras me afectaron considerablemente. No podía dejar de pensar en ellas y sólo mucho después de las más diversas relaciones con los hombres, comprendí por fin el significado que la gente confiere a esas curiosas palabras. Y es éste: que los seres humanos no se rigen por los actos, sino por las palabras. No aman la posibilidad de hacer o no hacer algo, sino la posibilidad de referirse a diversos objetos con ciertas palabras convenidas entre ellos. Esas palabras, que entre ellos se consideran muy importantes, son: *mío*, *mía*, *míos* que aplican a todo tipo de cosas, seres y objetos, incluso a la tierra, las personas y los caballos. El acuerdo es que sólo una persona pueda decir de un objeto determinado: *mío*. Y aquel que conforme a ese juego diga *mío* del mayor número de objetos posible, es considerado como el más feliz. ¿Por qué es así? No sé; pero es así. Durante mucho tiempo intenté explicármelo suponiendo en ello alguna ventaja directa, pero resultó que no estaba yo en lo cierto.

"Muchas de esas personas que a mí, por ejemplo, me llamaban 'su' caballo, nunca me montaron; en cambio, me montaban otras totalmente distintas. Tampoco eran ellas quienes me alimentaban, sino otras, totalmente diferentes. No eran ellos, los que me llamaban 'su' caballo, quienes me procuraban, sino los cocheros, los caballerangos y, en general, personas que nada tenían que ver conmigo. Más tarde, cuando el círculo de mis observaciones se había ensanchado, me convencí de que no sólo en relación con nosotros, los caballos, el concepto *mío* carece de otro fundamento que no sea un instinto humano bajo y animal, que ellos llaman sentimiento o

derecho de propiedad. El hombre dice: 'mi casa' pero nunca vive en ella, sólo se preocupa de su construcción y su mantenimiento. El mercader dice: 'mi tienda'. 'Mi tienda de telas', por ejemplo, pero no tiene una prenda de la mejor tela que haya en su tienda. Hay personas que llaman 'suya' a una tierra que no han visto ni han pisado jamás. Hay personas que llaman a otras personas 'suyas' pero no las han visto jamás; y toda su relación con ellas se reduce a hacerles daño. Hay personas que dicen que las mujeres son 'sus' mujeres o 'sus' esposas, y estas mujeres viven con otros hombres. Y las personas no aspiran a hacer lo que consideran que está bien, sino a llamar *suyas* al mayor número de cosas.

"Ahora estoy convencido de que ahí radica la diferencia primordial entre las personas y nosotros. Y, por eso, aun sin mencionar las demás ventajas que tenemos sobre ellas, sólo por ésta, podemos decir sin temor a equivocarnos, que en la escala de los seres vivos, ocupamos un lugar más alto que los seres humanos. La manera de proceder de las personas, en todo caso de aquellas con las que yo he tenido que ver, se rige por las palabras, la nuestra, por los actos.

"Y el caballerizo fue quien recibió el derecho a llamarme *su* caballo. De ahí los azotes que le había dado al mozo. Ese descubrimiento que me causó un gran asombro, aunado a los pensamientos y las apreciaciones que en las personas suscitaba mi pelaje pío, y a las cavilaciones en las que la traición de mi madre me había sumido, me llevaron a convertirme en el castrado serio y meditabundo que soy.

"Era tres veces desdichado: tenía una capa pía, estaba cas-

trado, y las personas imaginaban que yo, en vez de pertenecerle a Dios y a mí mismo, como es propio de todo ser viviente, le pertenecía al caballerizo.

"Que imaginaran esto tuvo numerosas consecuencias. La primera fue que me mantenían aparte, me daban mejor de comer, me hacían trotar más a menudo atado a una cuerda y me engancharon antes. Me engancharon por primera vez cuando aún no había cumplido los tres años. Me acuerdo de cómo, la primera vez, el caballerizo en persona, ese que se imaginaba que yo le pertenecía, se dio a la tarea de engancharme ayudado por un montón de mozos, esperando que me resistiera o que me rebelara. Me retorcieron el labio. Me enredaron en cuerdas y me metieron entre las varas. Me pusieron sobre el lomo un atelaje ancho de correas en forma de cruz que ataron a las varas, para que no pudiera dar coces; cuando yo lo único que esperaba era la ocasión de mostrar mi buena voluntad y mi amor por el trabajo.

"Se sorprendieron de verme caminar como caballo viejo. Comenzaron a acostumbrarme a la silla, y yo empecé a ejercitarme en el trote. Mis progresos eran cada día más grandes, tanto que al cabo de tres meses, el general en persona y otros muchos alabaron mi paso. Pero, es curioso, precisamente porque ellos imaginaban que yo no era suyo, sino del caballerizo, mi paso adquirió un significado muy distinto para ellos.

"A los potros, mis hermanos, los acostumbraban a la silla corriendo, medían su paso, salían a verlos, los enganchaban a dorados carruajes, les echaban encima elegantes caparazones. Yo tiraba el sencillo carruaje del caballerizo e iba por asuntos

suyos a Chesmenka y a otras aldeas. Y todo porque mi pelaje era pío, y sobre todo, porque no era, en su opinión, del conde, sino que era propiedad del caballerizo.

"Mañana, si aún seguimos con vida, les contaré cuál fue la principal consecuencia que tuvo para mí este derecho de propiedad que creía tener el caballerizo."

A lo largo de ese día los caballos trataron a Jolstomer con respeto. Pero el trato que le dio Néster fue tan tosco como siempre. El caballito gris del campesino, cuando estuvo cerca de la manada, relinchó, y la yegua alazana de nuevo coqueteó con él.

VII

Tercera noche

Apareció la luna y su delgada hoz iluminó la figura de Jolstomer, que estaba en la mitad del patio. Los caballos se habían agolpado a su alrededor.

"La consecuencia principal, inesperada, que tuvo para mí no ser propiedad del conde, ni de Dios, sino del caballerizo fue —continuó el castrado— que aquello que constituye nuestro principal mérito, el paso ligero, se convirtió en la causa de mi destierro. Estaban haciendo correr en círculo a Lébed, y el caballerizo, que desde Chesmenka había venido a lomos míos, se detuvo delante de la pista. Lébed pasó frente a nosotros. Trotaba bien, pero con cierta fanfarronería; no había en él esa exactitud en la que yo tanto había trabajado, para que

en el instante mismo de rozar con una pata el suelo, la otra se levantara y no se perdiera inútilmente ni el más mínimo esfuerzo, sino que los esfuerzos, todos, sirvieran para avanzar. Lébed pasó frente a nosotros. Yo hice ademán de entrar en la pista y el caballerizo no me detuvo. '¿Qué? ¿Vemos de qué es capaz mi pío?', gritó, y cuando Lébed volvió a llegar hasta donde estábamos, me soltó. Aquél ya iba a cierta velocidad, y por lo tanto yo me quedé atrás en la primera vuelta, pero en la segunda comencé a acelerar, me fui acercando a su carro, me emparejé con él, lo rebasé y lo dejé atrás. Lo probaron una segunda vez: lo mismo. Yo era más ligero en la carrera y esto los horrorizó. Decidieron venderme cuanto antes y al lugar más alejado posible, para que no se oyera hablar del asunto. '¡Porque si esto llega a oídos del conde, vaya tragedia!' Eso decían. Y me vendieron a un tratante de caballos en Korenna. Ahí, con el tratante, estuve poco tiempo. Me compró un húsar, que había acudido por cuestiones de la remonta. Todo esto era tan injusto y tan cruel, que fui feliz cuando por fin me sacaron de Jrénovo y me separaron definitivamente de todo lo que me era familiar y querido. Me resultaba demasiado difícil estar entre los caballos. Ellos tenían por delante el amor, los honores, la libertad. Yo, el trabajo y las humillaciones, las humillaciones y el trabajo, ¡y así hasta el último de mis días! ¿Por qué? Porque yo era pío y eso me condenaba a convertirme en el caballo de alguien."

Aquella noche Jolstomer no pudo continuar su relato. En el establo tuvo lugar un acontecimiento que alarmó a todos los caballos. Kupchija, una yegua en avanzado estado de gestación

que hasta entonces había escuchado el relato, de pronto volvió grupas y, andando muy despacio, se retiró al cobertizo. Ahí comenzó a gemir tan fuerte, que llamó la atención de todos los caballos. Luego se echó, se levantó, se echó de nuevo. Las yeguas que habían sido madres comprendieron qué le ocurría, pero las jóvenes se alarmaron, abandonaron al castrado y se apresuraron a rodear a la enferma. Por la mañana había un potrillo nuevo que se tambaleaba sobre sus patitas. Néster llamó al caballerizo, y se llevaron a la yegua y al potrillo a una celda aparte. A los caballos los sacaron a pastar sin ella.

VIII

Cuarta noche

Por la tarde, cuando cerraron las puertas y todo quedó en silencio, el castrado prosiguió de la siguiente manera:

"Durante el tiempo que fui pasando de mano en mano, pude hacer múltiples observaciones a propósito de las personas y de los caballos. La mayor parte del tiempo fueron dos mis amos: un príncipe, oficial de húsares, y después una viejecita que vivía cerca de la iglesia de San Nicolás de Myra.

"La época que pasé con el oficial de húsares fue la mejor de mi vida.

"Aun cuando la causa de mi ruina, aun cuando él no amaba nada ni a nadie, yo a él lo amaba y lo sigo amando precisamente por eso. De él me gustaba, justamente, que fuera guapo,

feliz, rico y que, por lo mismo, no amara a nadie. Ustedes entienden lo sublime de ese sentimiento equino. Su frialdad, su crueldad y la dependencia que yo tenía de él daban una fuerza particular al amor que le profesaba. 'Mátame si quieres, agótame, llegaba a pensar en nuestros buenos tiempos, sólo me harás más feliz.'

"Me compró al tratante de caballos a quien, por ochocientos rublos, me había vendido el caballerizo. Me compró porque nadie tenía un caballo pío. Fue la mejor época de mi vida. Tenía una amante y yo lo sabía porque todos los días lo llevaba a verla y a veces la llevaba a ella o a los dos juntos. Su amante era muy hermosa y él también era hermoso y el cochero que tenía era hermoso. Y yo los amaba a todos por eso. Y estaba contento de vivir. Mi vida transcurría así: por la mañana llegaba el caballerango a limpiarme, no el cochero, el caballerango. El caballerango era un muchachito muy joven, que venía de una familia de campesinos. Abría la puerta, dejaba que salieran los vapores equinos, tiraba el estiércol, me quitaba el caparazón y se ponía a cepillarme todo el cuerpo con una almohaza, y echaba con la bruza cerdas blanquecinas sobre los tablones del suelo, arañados por los cascos. Yo, por jugar, le mordisqueaba la manga y le daba golpecitos con las patas. Después nos llevaban de uno en uno a la tina de agua fría, y el muchachito admiraba mis manchas que su trabajo había dejado muy tersas, mis patas rectas como flechas, mis amplios cascos y lo reluciente de mi grupa y de mi lomo que invitaban a echarse a dormir en ellos. A través de la rejilla alta de la puerta nos ponían el heno, y la avena la echaban en el pesebre de encina.

"Llegaba Feofán, el cochero principal.

"Amo y cochero se parecían. Ninguno de los dos tenía miedo de nada ni amaba a nadie con excepción de a sí mismo, y por eso todo el mundo los amaba. Feofán usaba una camisa roja, unos pantalones plisados y una casaca. Me gustaba cuando, a veces, los días de fiesta, con el pelo embadurnado de pomada y su casaca puesta, entraba en la caballeriza y gritaba: '¡Qué, animalucho, ¿ya no te acuerdas de mí?!', y me daba un golpecito con el mango del horcón, pero no me hacía daño, sólo por jugar. Yo lo entendía de inmediato y, empinando la oreja, rechinaba los dientes.

"Con nosotros vivía un potro negro. Por las noches me encerraban con él. Este Polkan no entendía de bromas y era malo como el Diablo. Estábamos juntos, en celdas contiguas, y a veces me lanzaba alguna tarascada. Feofán no le tenía miedo. En ocasiones el potro se le acercaba como para embestirlo, resoplaba, parecía que fuera a matarlo, pero no, se limitaba a pasar a su lado y Feofán le ponía el cabestro.

"Una vez, a Polkan y a mí, a los dos, nos dio por correr a lo largo de Kuznetski Most. Ni el amo ni el cochero se asustaron, ambos reían, le gritaban a la gente, nos sofrenaban y nos dirigían, y no atropellamos a nadie.

"Estando a su servicio perdí mis mejores cualidades y la mitad de mi vida. Me dieron de beber en exceso y echaron a perder mi paso. Y, con todo, fue la mejor época de mi vida. A las doce llegaban, me enganchaban, me engrasaban los cascos, me humedecían el copete y la crin, y me embutían entre las varas.

"El trineo era de junco trenzado, tenía terciopelo, los arneses llevaban pequeñas hebillas de plata, las riendas eran de seda y en una época incluso hiladas. El atelaje ajustaba tan bien que, cuando todas las bridas y las correas estaban abrochadas y aseguradas, era imposible distinguir dónde terminaba el atelaje y dónde empezaba el caballo. Me enganchaban en el cobertizo, junto a la barra. Feofán, con la cadera más ancha que los hombros y la faja roja hasta las axilas sale, revisa el atelaje, se sienta, se arregla el caftán, pone un pie en el estribo, hace siempre alguna broma, por observar las normas levanta el látigo con el que casi nunca me azotaba, y dice: '¡Arre!' Y yo, retozando a cada paso, dejo atrás la puerta. La cocinera, que ha salido a tirar el agua en la que había lavado los trastes, se detiene en el umbral, y los campesinos, que habían llevado la leña al patio, nos miran con ojos desorbitados. Salimos, avanzamos, nos detenemos. Salen los lacayos, se nos acercan los cocheros y se entablan conversaciones. Algo están esperando, a veces nos quedamos hasta tres horas en la entrada, de tanto en tanto avanzamos, luego damos la vuelta y de nuevo nos detenemos.

"Por fin se oye ruido en el portón, con su frac y su barriga sale corriendo el canoso Tijon: '¡Arre!' Entonces no había la estúpida costumbre de gritar: '¡Adelante!', como si yo no supiera que hay que ir para delante y no para atrás. Feofán chasquea la lengua. Se acerca. Y entre apresurado y negligente, como si no hubiera nada excepcional en ese trineo, ni en ese caballo, ni en Feofán que doblaba la espalda y alargaba tanto los brazos que parecía imposible que pudiera mantenerlos así mucho rato,

sale el príncipe con un morrión y un capote con un cuello de castor plateado que oculta su semblante nacarado y bello de negras cejas, que no debería ocultarse jamás; sale haciendo tintinear su sable, sus espuelas y los talones de cobre de sus chanclos, avanzando sobre la alfombra, como si tuviera prisa y sin prestarnos atención a mí y a Feofán, a quienes todos miran y admiran, salvo él. Feofán chasquea los labios, yo comienzo a tirar de las riendas y, poniendo todo nuestro empeño, avanzamos al paso y de nuevo nos detenemos. Yo miro de soslayo al príncipe, sacudo mi cabeza de purasangre y mi delicado copete. El príncipe está de buen humor, a veces hace alguna broma a Feofán, Feofán le responde, volteando apenas su bella cabeza y, sin bajar los brazos, dibuja con las riendas un movimiento apenas perceptible, pero que yo comprendo y entonces... un, dos, tres, dando pasos más amplios cada vez, temblando con cada uno de mis músculos y lanzando nieve maculada de lodo debajo del pescante, troto. Entonces tampoco existía la estúpida costumbre de hoy en día de gritar '¡Ooo!' como si al cochero le doliera algo, sino el incomprensible '¡Ojo!' '¡Ojo!', grita de tanto en tanto Feofán, y la gente se aparta y se detiene, y tuerce el cuello para ver al hermoso castrado, al hermoso cochero y al hermoso señor.

"Me gustaba rebasar a los trotadores. A veces, cuando Feofán y yo divisábamos a lo lejos un tiro merecedor de nuestros esfuerzos, volábamos como el viento y, poco a poco, nos íbamos acercando más y más; ya salpico de fango el respaldo del trineo, ya estoy a la altura del viajero y resoplo sobre su cabeza, ya me emparejo con la silla, con el arco, ya no lo veo y sólo

oigo un rumor que se aleja a mis espaldas. Entonces el príncipe, Feofán y yo, guardamos los tres silencio y fingimos que lo que nos ocupa es un asunto personal, que no reparamos siquiera en aquellos que, viajando en malos caballos, de pronto se atraviesan en nuestro camino. Me gustaba rebasar, pero también me gustaba cruzarme con algún buen trotador que viniera a mi encuentro; un instante, un sonido, una mirada y eso era todo, de nuevo volamos en solitario, cada uno siguiendo su camino".

El portón rechinó y se oyeron las voces de Néster y de Vaska.

Quinta noche

El tiempo había comenzado a cambiar. Estaba cubierto, por las mañanas no había rocío, pero hacía calor, y los mosquitos se pegaban. En cuanto la manada llegó de pastar, los caballos se reunieron alrededor del castrado, que terminó su historia así:

"Esta vida feliz terminó pronto. Sólo fueron dos años. Al final del segundo invierno se produjo un acontecimiento que me procuró la mayor de las felicidades, y al cabo de muy poco, la más grande de mis desventuras. Fue durante el carnaval, un día en que llevé al príncipe a las carreras. En las carreras participaban Atlasni y Bychok. No sé lo que habrá ocurrido en el pabellón, pero sé que salió y le ordenó a Feofán que entrara en la pista. Recuerdo que me llevaron a la pista, me colocaron, y también colocaron a Atlasni. Atlasni iba enganchado a un carruaje, yo, tal como estaba, a un trineo de ciudad. En la curva lo dejé atrás; me aclamaron con risas y gritos de entusiasmo.

"Cuando me despidieron, una multitud me seguía. Y unas cinco personas le ofrecieron al príncipe miles de rublos por mí. Él reía, mostrando sus blancos dientes.

"—No —decía—, para mí no es un caballo, es un amigo; no aceptaría ni montañas enteras de oro. Hasta luego, señores.

"Retiró la manta para los pies, y se sentó.

"—¡A Stózhenka!

"Era el departamento de su amante. Y salimos volando. Fue nuestro último día feliz.

"Llegamos. Él la llamaba 'suya'. Pero ella se había enamorado de otro y se había ido con él. El príncipe se enteró ahí, ya en el departamento. Eran las cinco y antes de que me desengancharan, salió tras ella. Ocurrió lo que nunca había ocurrido: me fustigaron y me obligaron a galopar. Por primera vez perdí el paso, y me sentí avergonzado, intenté retomarlo; pero de pronto oí al príncipe gritar con una voz que no era la suya: '¡Dale!', y el látigo restalló y me lastimó, y yo aligeré el paso, golpeándome la pata contra el fierro del pescante. La alcanzamos al cabo de veinticinco verstas. Lo llevé... ¡por supuesto! Pero estuve temblando toda la noche y no pude comer. Por la mañana me dieron agua. Bebí y para siempre dejé de ser el caballo que había sido. Estuve enfermo, me maltrataron y me dejaron baldado; me 'curaron', como dicen los hombres. Se me cayeron los cascos, me salieron excrecencias, y las patas se me arquearon, el pecho se hundió y aparecieron una languidez y una debilidad generalizadas. Me vendieron a un tratante que me alimentaba con zanahorias y cosas así, y que me convirtió en algo completamente distinto de lo que yo había sido,

pero capaz de engañar a un bisoño. Ya no tenía yo ni fuerza, ni andadura. Además, el tratante me maltrataba: apenas llegaban los compradores, entraba en mi celda y me fustigaba y me asustaba con un doloroso látigo, hasta hacerme enloquecer. Luego borraba las señales del látigo y me sacaba. Me compró una vieja. Era asidua de la iglesia de San Nicolás de Myra pero azotaba a su cochero. El cochero lloraba en mi celda. Entonces supe que las lágrimas tienen un agradable sabor salado. Después murió la vieja. Su administrador me llevó a la aldea y me vendió a un mercader, me di un atracón de grano y mi enfermedad empeoró. Me vendieron entonces a un campesino. Ahí araba la tierra, pero no comía casi nada y me hice un corte en la pata con la reja del arado. Caí de nuevo enfermo. Un gitano me adquirió por trueque. Me maltrató de una manera lamentable y acabó vendiéndome al administrador de este lugar. Y en este lugar estoy".

Todos guardaban silencio. Comenzó a lloviznar.

IX

La tarde siguiente, en su camino de regreso, la yeguada se topó con el amo acompañado de un huésped. Ya muy cerca de la casa, Zhuldyba miró con el rabillo del ojo a las dos figuras masculinas: uno era el joven amo que llevaba puesto un sombrero de paja, el otro, un militar alto, gordo y fofo. La vieja yegua miró de soslayo a los dos hombres y, apartándose ligeramente, pasó al lado de uno de ellos; entre los demás ca-

ballos, los jóvenes, hubo sobresalto, desconcierto, especialmente cuando el amo y el invitado se colaron entre ellos y, al tiempo que conversaban, iban señalándose mutuamente alguna cosa.

—Ésta, la torda, se la compré a Voeikov —decía el amo.

—¿Y esta joven negra con medias blancas qué es? Es bonita —decía el huésped.

Estuvieron pasando revista a muchos caballos, los hacían correr y detenerse. También repararon en la alazana.

—Ésta es la única que me queda de los caballos de silla de Jrénovo —dijo el amo.

Era imposible que pudieran ver a todos los caballos en movimiento. El amo le gritó a Néster y el viejo rápidamente clavó los talones en los flancos del castrado, y éste avanzó trotando. El castrado renqueaba, apoyándose sobre todo en una pata, pero corría de tal manera que era evidente que no refunfuñaría ni aunque le ordenaran que, mientras tuviera fuerzas, corriera hasta el fin del mundo. Incluso estaba dispuesto a galopar y llegó incluso a intentarlo con la pata derecha.

—Mejor que esta yegua, y lo puedo decir sin temor a equivocarme, no hay ningún caballo en Rusia —dijo el amo, señalando a una de sus yeguas. El huésped la alabó. El amo, excitado, iba de un lado a otro, corría, mostraba, contaba la historia y la raza de cada uno de los caballos. Al huésped, era obvio, le resultaba muy aburrido escuchar al amo, y discurría preguntas para que pareciera que a él también le interesaba el tema.

—Sí, sí —decía distraídamente.

—Pero, mira —decía el amo, sin responder—, mírale las patas... Pagué mucho dinero por ella, pero su tercer potrillo ya corre.

—¿Y corre bien? —preguntó el huésped.

Así pasaron revista a casi todos los caballos, y ya no quedaba nada que mostrar. Se quedaron callados.

—¿Qué hacemos, nos vamos?

—Vámonos.

Se dirigieron al portón. El huésped estaba contento de que hubiese terminado aquella demostración y de ir por fin a casa, donde se podría comer alguna cosa, beber un trago, fumar; su ánimo mejoró notablemente. Al pasar junto a Néster que, sentado sobre el pescante, esperaba nuevas órdenes, el huésped dio una palmada con su mano grande y sebosa en la grupa del castrado.

—¡Cuántos colores! —dijo—. Yo tuve un castrado así, ¿te acuerdas?, alguna vez te conté.

Cuando el amo oyó que no se hablaba de sus caballos, dejó de prestar atención; volvió la cabeza y siguió mirando a su yeguada.

De pronto, al lado mismo de su oreja, se oyó un relincho débil, ridículo, senil. Quien había relinchado era el pío castrado, pero, sin terminar, sintiéndose entre desconcertado y confundido, se interrumpió. Ni el huésped, ni el amo prestaron atención a ese relincho y se fueron a casa. Jolstomer había reconocido en el viejo fofo a su amado amo, antaño el brillante, rico y bello Serpujovskói.

X

Seguía chispeando. El establo lucía sombrío, mientras en la casa señorial el ambiente era muy otro. En la lujosa sala había sido servido un espléndido té vespertino. El anfitrión, la anfitriona y el huésped forastero estaban sentados alrededor del té.

La anfitriona, encinta, ocupaba un lugar junto al samovar. Su estado resultaba bastante evidente debido a su vientre crecido, su postura claramente arqueada, su redondez y, sobre todo, sus ojos, sus ojos grandes que miraban con una expresión grave y dulce.

El anfitrión tenía en la mano una caja de cigarros muy especiales, de diez años de antigüedad, que nadie más tenía, según él, y que estaba por ponerse a presumir frente al huésped. El dueño de casa era un hombre guapo, cuya edad frisaría en los veinticinco años, lozano, muy atildado, bien peinado. Para andar por casa se ponía un traje nuevo, amplio, grueso, confeccionado en Londres. De su leontina colgaban macizos y costosos dijes. Las mancuernillas de la camisa eran grandes, también de oro macizo, con una turquesa. Usaba la barba a la Napoleón III, y sus bigotes, cual colas de ratón, estaban tan embadurnados de pomada y tan rectos como sólo ocurre en París. La anfitriona llevaba un vestido de muselina de seda con un estampado de gruesos y variopintos ramos de flores, y en la cabeza, unas grandes horquillas de oro, de una forma especial, metidas entre su bellísima y densa cabellera castaña clara, no del todo suya. En las manos llevaba muchos brazaletes y anillos,

también muy caros. El samovar era de plata, el servicio de loza fina. Un lacayo, soberbio dentro de su frac, su chaleco blanco y su corbata, estaba de pie como una estatua al lado de la puerta, esperando órdenes. Los muebles curvos, arqueados y claros; el empapelado oscuro, con grandes flores. Junto a la mesa se oía el retintín del collar de plata de una perrita lebrel, insólitamente delgada, a la que llamaban con un nombre en inglés insólitamente complicado, mal pronunciado por ambos, pues ninguno sabía inglés. En un rincón, entre plantas, había un piano de cola *incrusté*. Todo emanaba un aire flamante, de lujo y rebuscamiento. Todo estaba muy bien, pero todo tenía la muy particular impronta de la sobreabundancia, la riqueza y la ausencia de intereses intelectuales.

El amo era un amante de los caballos de carreras, un rechoncho-sanguíneo, de aquellos que siempre hay, que viajan en carroza con pellizas de marta cibelina, lanzan caros ramos de flores a las actrices, beben el vino más caro de la marca más nueva en el mesón más caro, otorgan trofeos con su nombre y mantienen a la fulana más cara.

El forastero, Nikita Serpujovskói, era un hombre de unos cuarenta años, alto, gordo, calvo, con grandes bigotes y patillas. Debió haber sido muy guapo. Ahora, daba la impresión de haberse abandonado mucho tanto física, como moral y pecuniariamente.

Tenía tal cantidad de deudas, que se veía obligado a trabajar para que no lo metieran en la cárcel. Estaba de camino a la capital de la provincia donde se desempeñaría como director de un acaballadero. Le habían procurado ese trabajo sus parientes con influencias. Iba vestido con una guerrera militar

y unos pantalones azules. Una guerrera y unos pantalones así sólo podría habérselos hecho un ricachón. Lo mismo la ropa interior, y el reloj, que era inglés. Las botas tenían unas suelas espléndidas, de un dedo de grosor.

Nikita Serpujovskói había dilapidado a lo largo de su vida una fortuna de dos millones de rublos y encima debía ciento veinte mil. De semejante tajada, siempre queda un remanente que permite el crédito y la posibilidad de vivir una decena de años más casi con lujo. La decena de años ya había pasado y el remanente se había acabado y para Nikita la vida se volvía cada vez más triste. Estaba empezando a beber, es decir, a emborracharse con alcohol, cosa que antes no había sucedido. Lo que se dice a beber, jamás empezaba ni terminaba. Su decadencia era palpable sobre todo en la inquietud de la mirada (sus ojos habían comenzado a moverse con enorme rapidez) y en la falta de firmeza de sus entonaciones y sus gestos. Esa inquietud sorprendía porque era evidente que hacía poco que la padecía, que en general, en su vida, nunca había tenido miedo de nada ni de nadie y que sólo recientemente y como consecuencia de duros sufrimientos, se había apoderado de él esa inquietud, tan ajena a su naturaleza.

Los anfitriones lo habían notado e intercambiaban elocuentes miradas que mostraban que cada uno sabía lo que el otro estaba pensando, pero que lo mejor era posponer hasta la hora de acostarse la discusión detallada de este asunto. Toleraban, pues, al pobre Nikita y hasta lo agasajaban. El aspecto feliz de su joven anfitrión humillaba a Nikita y lo hacía sentir una dolorosa envidia, al recordar su pasado irrevocable.

—Dígame, ¿no le molesta el cigarro, Marie? —preguntó, dirigiéndose a la dama con ese tono particular e inasible que se adquiere sólo con la experiencia, un tono de amistosa cortesía, pero no del todo respetuoso, que la gente que conoce mundo utiliza para hablar con las amantes, a diferencia del que se usa con las esposas. Su intención no era ofenderla, al contrario, lo que quería era más bien congraciarse con ella y con su dueño, aunque por nada del mundo se lo habría confesado ni a sí mismo. Pero él estaba acostumbrado a hablar así con las mujeres de esa calaña. Él sabía que a ella le habría sorprendido, más aún, que la habría ofendido que se hubiese dirigido a ella como a una dama. Pero al mismo tiempo debía mantener el consabido matiz de tono respetuoso que utilizaría con la esposa legítima de un su par. Siempre trataba con respeto a ese tipo de mujeres, mas no porque compartiese las llamadas convenciones que suelen divulgarse en las revistas (jamás leía esa basura) a propósito del respeto que merece la personalidad de todo individuo, de la trivialidad del matrimonio y etcétera, sino porque así se comportaban todas las personas decentes, y él era una persona decente aunque venida a menos.

Tomó un cigarro. Pero el anfitrión agarró con torpeza un puñado y se lo ofreció.

—Mira, vas a ver qué buenos son. Acéptalos.

Nikita rechazó con la mano los cigarros, y a sus ojos afloraron un resentimiento y una vergüenza apenas perceptibles.

—Gracias —sacó su cigarrera—. Prueba los míos.

La anfitriona era sensible. Notó lo que ocurría y se apresuró a entablar conversación con él.

—Me gustan mucho los cigarros. Yo misma fumaría, si a mi alrededor no fumara todo el mundo.

Y sonrió con su bella sonrisa llena de bondad. Él le respondió con una sonrisa poco convencida. Le faltaban dos dientes.

—No, no, toma éste —continuaba el poco sensible anfitrión—. Ésos son menos fuertes. Fritz, *bringen Sie noch einen Kasten* —dijo—, *dort zwei.*[3]

El lacayo alemán trajo otra caja.

—¿Cuáles te gustan más? ¿Los fuertes? Éstos son muy buenos. Tómalos todos.

Y seguía dándoselos.

Era evidente que estaba contento de tener frente a quien jactarse de sus rarezas, y no se percataba de nada. Serpujovskói encendió un cigarro y se apresuró a continuar la conversación recientemente comenzada.

—¿Cuánto pagaste por Atlasni? —preguntó.

—Mucho, más de cinco mil, pero por lo menos ahora estoy provisto. ¡No sabes qué hijos!

—¿Corren? —preguntó Serpujovskói.

—De maravilla. Su hijo ha ganado ya tres premios: en Tula, en Moscú y en Petersburgo, donde compitió con el Voroni de Voevikov. Si el canalla del jinete no lo hubiera hecho perder tres veces el paso, lo habría dejado detrás de la bandera.

—Está un poco verde. Y tiene demasiada sangre holandesa, hazme caso —dijo Serpujovskói.

[3] "Traiga otra caja, hay dos."

—¿Y qué me dices de las yeguas? Mañana te las enseñaré. Por Dobrynia pagué tres mil. Por Láskovaia, dos mil.

Y el anfitrión se puso nuevamente a enumerar sus riquezas. La dueña de casa veía que a Serpujovskói aquello le resultaba ya muy pesado y que sólo aparentaba estar atento.

—¿Quiere un poco más de té? —preguntó.

—No —dijo el anfitrión y continuó su relato. Ella se levantó, el anfitrión la detuvo, la abrazó y la besó.

Al verlos, Serpujovskói pareció esbozar una sonrisa para que ellos la vieran, una sonrisa forzada; pero cuando el anfitrión se levantó y, abrazándola, la acompañó hasta la antepuerta, el semblante de Nikita cambió de pronto, lanzó un hondo suspiro y en su flácido rostro se dibujó la desesperación. También se podía ver rabia.

XI

El anfitrión volvió y, sonriendo, se sentó frente a Nikita. Estuvieron un momento callados.

—Me estabas contando que se lo compraste a Voevikov —dijo Serpujovskói, como de paso.

—Sí, sí, te estaba hablando de Atlasni. En realidad yo quería comprarle una yegua a Dubovitski. Pero le queda pura basura.

—Está en la ruina —dijo Serpujovskói y de pronto se detuvo y miró alrededor. Se acordó de que le debía veinte mil rublos a esa persona que hoy estaba en la ruina. Y también de que si

de alguien podía decirse "está en la ruina", era justamente de él. Guardó silencio.

Ambos estuvieron callados largo rato. El anfitrión intentando hacer memoria de las cosas de las que podría jactarse frente a su huésped. Serpujovskói discurriendo el modo de demostrarle que él no se consideraba un hombre arruinado. Pero los pensamientos de ambos a duras penas fluían, a pesar de que intentaban despejarse con los cigarros. "¡A ver cuándo nos echamos un trago!", pensaba Serpujovskói. "Qué falta me hace un trago, con éste uno se muere de tedio", pensaba el anfitrión.

—¿Y qué? ¿Te vas a quedar mucho tiempo? —preguntó Serpujovskói.

—Alrededor de un mes más. ¿Cenamos? Fritz, ¿está listo?

Pasaron al comedor donde debajo de una lámpara había una mesa tapizada de velas y de las cosas más sorprendentes: sifones, muñequitas en los corchos, espléndidos vinos en garrafas, espléndidos entremeses, vodkas. Bebieron, comieron, volvieron a beber, volvieron a comer y, finalmente, se logró una conversación. Serpujovskói se había puesto muy colorado y hablaba ya sin cortapisas.

El tema era las mujeres. Quién mantenía a quién: una gitana, una bailarina, una francesa.

—Entonces, ¿has dejado a Mathié? —preguntó el anfitrión. Era la mantenida que había arruinado a Serpujovskói.

—No fui yo, fue ella. ¡Ay, hermano, cuando uno piensa en lo que ha despilfarrado en la vida! Ahora estoy contento cuando de pronto tengo mil rublos, estoy contento, de verdad, si de

pronto puedo alejarme del mundo. En Moscú es imposible. ¡Qué te voy a contar!

El anfitrión se aburría de escuchar a Serpujovskói. Él quería hablar de sí mismo, jactarse. Pero también Serpujovskói quería hablar de sí mismo, de su pasado brillante. El anfitrión le sirvió vino y esperó a que se lo bebiera para entonces contarle de su persona, de cómo había organizado el acaballadero de una forma en que nadie lo había hecho hasta entonces. Y de que su Marie lo amaba de corazón, y no sólo por su dinero.

—Te quería contar que en mi acaballadero... —comenzó. Pero Serpujovskói lo interrumpió.

—Hubo un tiempo, te lo aseguro —comenzó a su vez—, en que me gustaba y sabía disfrutar de la vida. Tú has estado hablando de carreras, a ver, dime, ¿cuál de tus caballos es el mejor corredor?

El anfitrión se alegró de poder hablar una vez más de su acaballadero y estaba a punto de empezar cuando Serpujovskói lo interrumpió de nuevo.

—Sí, sí —dijo—. Ustedes, los criadores, lo hacen sólo por vanidad, y no por placer o por la vida misma. Pero en mi caso no era así. Hace un momento te contaba que tuve un caballo de tiro, pío, con un pelaje parecido al del caballo que montaba tu pastor. ¡Ah, qué caballo aquel! No lo conociste; esto fue el año 42, acababa yo de llegar a Moscú. Fui con un tratante y ¿qué veo? Un pío castrado. De buena complexión. Me gustó, lo compré y comencé a montarlo. Nunca había tenido, ni tú has tenido ni tendrás jamás un caballo así. Nunca he visto un caballo que corriera mejor, ni más fuerte, ni más

hermoso. Entonces tú eras un muchachito pequeño, no lo habrás conocido, pero habrás oído de él, yo creo. Toda Moscú sabía de él.

—Sí, he oído de él —dijo con desgana el anfitrión—, pero yo quería contarte de mis...

—¡O sea que sí has oído de él! Lo compré así, sin saber su procedencia, sin ningún certificado; después me enteré. Voevikov y yo conseguimos descubrirlo. Era hijo de Liubezny I, se llamaba Jolstomer, date cuenta, El Medidor de Telas. Por su pelaje manchado se lo dieron al jefe de los mozos de cuadra del acaballadero de Jrénovo, y éste lo castró y se lo vendió a un tratante. ¡Ya no hay caballos así, amigo mío! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué juventud! —entonó el principio de una canción gitana. Estaba ya un poco achispado—. ¡Qué buenos tiempos! Yo tenía veinticinco años y una renta de ochenta mil rublos de plata, no tenía ni una sola cana, todos los dientes todos como perlas. Emprendiera lo que emprendiera, todo se me daba. Pero eso se acabó.

—Bueno, pero entonces no eran tan veloces —dijo el dueño de casa aprovechando una pausa—. Has de saber que mis primeros caballos empezaron a correr sin...

—¡Tus caballos! Entonces eran mucho más veloces.

—¿Cómo más veloces?

—Así, más veloces. Me acuerdo como si fuera hoy de cuando competí con mi pío en Moscú. Mis caballos no estaban. Los trotadores no me gustaban. Todos los míos eran purasangre: General, Cholet, Mahomet. Al pío lo utilizaba para trasladarme. Mi cochero era excelente, lo quería. También él se volvió

alcohólico. Pero a ver, llegué. "Serpujovskói —me dijeron—, ¿cuándo vas a adquirir trotadores?" "¡Pero si lo que tienen ustedes no son sino rocines, maldita sea! Yo tengo un pío de varas que les ganaría a todos." "A que no." "¿Apostamos mil rublos?" Los apostamos. Soltamos los caballos. A los cinco segundos los había dejado atrás, gané los mil rublos de la apuesta. Pero eso no es nada. En unos purasangre, una troika, recorrí cien verstas en tres horas. ¡Toda Moscú lo sabe!

Y Serpujovskói se puso a decir tantas mentiras con tanta elocuencia y tan seguidas, que el dueño de casa no podía intercalar ni una sola palabra y, sentado frente a él, con el semblante abatido, sólo para distraerse iba sirviendo vino en su vaso y en el de su invitado.

Comenzaba a clarear. Ellos seguían ahí sentados. El dueño de casa estaba agobiadamente aburrido. Se levantó.

—De acuerdo, vámonos a dormir —dijo Serpujovskói levantándose y, tambaleándose y resollando, se dirigió a la habitación que le habían asignado.

El dueño de casa estaba con su amante en la cama.

—La verdad es que es insoportable. Se emborrachó y se puso a ensartar mentiras.

—Además me hace la corte.

—Y me temo que vaya a pedirme dinero.

Serpujovskói se había acostado sin desvestirse, respiraba con dificultad.

"Creo que he soltado muchas patrañas", pensó. "Pero da igual. El vino era bueno, aunque él, él es un cerdo redomado.

Hay algo mercantil en él. Bueno, yo también soy un cerdo redomado", se dijo, y lanzó una carcajada. "Antes era yo quien mantenía, ahora me mantienen a mí. Sí, la mujer de Winkler me mantiene, ella me da dinero. Claro que él se lo merece. Por supuesto que se lo merece. Debería desvestirme, ¿cómo haré para quitarme las botas?"

—¡Eh, eh! —gritó, pero el criado que le habían asignado hacía mucho que se había ido a dormir.

Se sentó, se quitó la guerrera y el chaleco y dejó que los pantalones se resbalaran, pero con las botas las cosas se complicaban: la panza fofa se entrometía. Mal que bien logró quitarse una, con la otra estuvo batallando un buen rato, pero cada vez le costaba más respirar y finalmente renunció. Y así, con una bota puesta, se desplomó y comenzó a roncar, llenando la habitación de olor a tabaco, vino y sucia vejez.

XII

Quizá Jolstomer habría podido recordar algo más esa noche, pero Vaska lo distrajo. Le echó encima la gualdrapa y partió al galope. Lo tuvo toda la noche a la puerta de una taberna, atado junto al caballo de un campesino. Se lamieron. Por la mañana salió con la yeguada y no hacía sino rascarse.

"Me pica mucho", pensó.

Pasaron cinco días. Llamaron al albéitar que declaró gozoso:

—Es sarna. Mejor vendérselo a los gitanos.

—¿Para qué? Sacrifíquelo, que hoy mismo desaparezca.

La mañana era tranquila, clara. Los caballos salieron al campo. Jolstomer se quedó. Llegó un tipo extraño, delgado, moreno, sucio, con un caftán negro manchado de algo. Era el desollador. Sin mirarlo siquiera, cogió a Jolstomer de la brida que llevaba puesta, y se lo llevó. Jolstomer lo siguió plácido, sin mirar atrás, andando con la misma dificultad de siempre y enganchando las briznas de paja con las patas traseras. Al salir del portón, quiso acercarse al pozo, pero el desollador le dio un tirón y dijo: "Ya para qué".

El desollador y Vaska, que venía detrás, llegaron a un pequeño valle del otro lado del cobertizo de ladrillo y, como si ese lugar ordinario tuviera algo especial, se detuvieron. El desollador, dándole las riendas a Vaska, se quitó el caftán, se arremangó hasta los codos, sacó de la bota el cuchillo y la piedra de afilar y se puso a sacarle filo a su cuchillo. El castrado alargó el cuello hacia las riendas, estaba aburrido y pensó en mordisquearlas, pero estaban lejos, suspiró y cerró los ojos. Su labio colgaba, sus dientes amarillentos y podridos quedaron al descubierto y, con el ruido del cuchillo, se fue adormeciendo. Sólo su pata enferma, la de la excrecencia, de tanto en tanto se contraía. De pronto sintió que lo cogían por debajo de la quijada y le levantaban la cabeza. Abrió los ojos. Dos perros estaban frente a él. Uno olisqueaba en dirección al desollador, el otro estaba sentado mirando al castrado, como si estuviera esperando algo precisamente de él. El castrado los vio y restregó la quijada contra la mano que lo sostenía.

"Han de querer curarme", pensó. "¡Que me curen!"

Y en efecto, notó que le estaban haciendo algo en la garganta. Le dolió, se estremeció, dio un golpe con la pata, pero resistió y esperó a ver qué seguía. Lo que siguió fue un líquido que comenzó a derramarse en abundante chorro por su cuello y por su pecho. Suspiró profundamente. Sintió un gran alivio. Todo el peso de su vida se aligeró. Cerró los ojos y bajó poco a poco la cabeza, ya nadie la sostenía. Después comenzó a doblársele el cuello, las patas comenzaron a temblarle, su cuerpo entero vaciló. Más que asustado, estaba sorprendido. Todo era tan nuevo. Sorprendido, quiso echarse a andar, subir. Pero las patas, al moverse, se le enredaron y comenzó a irse de lado y, cuando intentó dar un paso, cayó de frente y sobre el flanco izquierdo. El desollador esperó a que cesaran los espasmos, ahuyentó a los perros que se habían acercado demasiado, cogió al caballo por una pata, lo colocó de espaldas y ordenó a Vaska que lo sujetara por esa pata: se puso a desollarlo.

—Y era un buen caballo —dijo Vaska.

—De haber estado mejor nutrido, habría dado un buen pellejo —dijo el desollador.

Por la tarde la yeguada pasó por ese monte, y los caballos que iban del lado izquierdo pudieron ver allá, abajo, algo rojo alrededor de lo que se movían atareados unos perros y revoloteaban cuervos y milanos. Un perro, apoyándose con las patas sobre la carroña, sacudía la cabeza intentando arrancar entre crujidos un trozo que se había quedado enganchado. La yegua alazana se detuvo, alargó la cabeza y el cuello y se quedó

olfateando el aire un buen rato. Sólo obligada consiguieron que se moviera.

Al amanecer, en un barranco del viejo bosque, en la hondonada cubierta de yerba, unos lobeznos cabezones aullaban alborozados. Eran cinco: cuatro casi iguales, y uno pequeñito con la cabeza más grande que el cuerpo. Una loba flaca, medio pelada, con las tetillas colgando y arrastrando por el suelo su vientre lleno, salió de entre los matorrales y se sentó frente a sus lobeznos. Los lobeznos se pusieron en semicírculo delante de ella. Ella se acercó al más pequeño y, bajando la cola y agachando el hocico, realizó algunos movimientos espasmódicos, abrió sus fauces provistas de grandes dientes, hizo un esfuerzo y vomitó un pedazo grande de carne de caballo. Los lobeznos se le acercaron más, pero ella dio un paso amenazante hacia ellos y echó todo frente al chiquito. Éste, fingiendo enojarse, se apoderó de la carne con un gruñido y se puso a comer. La loba vomitó también para el segundo, y para el tercero, y para todos, para los cinco, y luego se echó frente a ellos, a descansar.

Una semana más tarde, junto al cobertizo de ladrillos ya no quedaba sino un cráneo grande y dos huesos, el resto había desaparecido. En verano, un campesino que recogía huesos, se los llevó y les dio diferentes usos.

Al cuerpo muerto de Serpujovskói que tanto había comido y bebido y rodado por el mundo, se le dio sepultura mucho más tarde. Ni la piel, ni la carne, ni los huesos sirvieron para nada.

Y así como durante los últimos veinte años su cuerpo muerto había sido un pesado engorro para todos, también el entierro fue una complicación añadida para la gente.

Hacía mucho tiempo que ya nadie lo necesitaba, hacía mucho tiempo que para todos era una carga y, sin embargo, esos muertos que entierran a sus muertos juzgaron indispensable vestir ese cuerpo fofo que ya había empezado a descomponerse, ponerle un buen uniforme, unas buenas botas, meterlo en un ataúd bueno y nuevo, con borlas nuevas en los cuatro extremos, poner luego ese ataúd nuevo en otro, de plomo, y llevarlo a Moscú y ahí desenterrar viejas osamentas humanas para ocultar, justamente allí, ese cuerpo en putrefacción, que hervía de gusanos dentro de su nuevo uniforme y sus botas lustradas, y cubrirlo de tierra.

[1863-1886]

ÍNDICE

LA MAÑANA DE UN TERRATENIENTE
[7]

HISTORIA DE UN CABALLO
[89]

La mañana de un terrateniente / Historia de un caballo, con un tiraje de 2 000 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2016, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo número 244, colonia Paraje San Juan, Iztapalapa, C.P. 09830, Ciudad de México. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Guillaume Apollinaire
Alcoholes

Robert Louis Stevenson
Secuestrado

Alessandro Manzoni
Los novios

Nathaniel Hawthorne
La Casa de los Siete Tejados

Herman Melville
Benito Cereno

Lev Tolstói es una de las figuras más controversiales de su tiempo. *La mañana de un terrateniente / Historia de un caballo* contiene algunas de las principales características de su obra: la observación y la crítica social. En el primer relato, Dmitri Nejliúdov, un joven príncipe, filántropo por naturaleza, ha decidido poner en marcha su propio sistema de explotación, uno en el que él velará por el bienestar de cada uno de sus criados y de los campesinos; pero en poco tiempo su ideal se verá truncado por la desoladora situación nacional. Por otro lado, en "Historia de un caballo" Tolstói hace una alegoría de la sociedad y la vida del hombre, a través de las vivencias y las cavilaciones del viejo caballo Jolstomer.

Ambos relatos tendrán como eje la candidez de los protagonistas: el primero por sus pretensiones humanitarias, el segundo por su discurso franco e indulgente; sin embargo, la realidad se mostrará siempre cruda e implacable. La delicada precisión de las descripciones de Tolstói, aquel realismo del que es el más grande representante (así reconocido, incluso, por su contemporáneo Dostoievski), conducirá al lector, de forma intencionada aunque apenas perceptible, a una profunda reflexión sobre la mente y el comportamiento humanos.

Estas historias, prácticamente desconocidas en nuestra lengua, se presentan aquí en la traducción de Selma Ancira.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

cph
CLÁSICOS PARA HOY

ISBN: 978-607-745-208-9
9 786077 452089